DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

HOMBRES AUDACES 30

EL JOROBADO MISTERIOSO



El jorobado misterioso

Kenneth Robeson
Doc Savage/44

CAPÍTULO I

APARECE EL JOROBADO

LA edición extraordinaria de una revista de extensa circulación, publicó un encomiástico reportaje acerca de Doc Savage. El asunto era dramático, bien escrito y particularmente interesante, porque aportó una excelente fotografía de Doc Savage; las fotografías de este personaje se prodigaban raramente.

El relato hablaba de la extraña misión de Doc Savage, que cual émulo de sir Galahad, se empeñó en llegar hasta las entrañas de la tierra deshaciendo entuertos, ayudando al oprimido y castigando a los malhechores.

Se refería al cerebro del hombre de bronce, científicamente desarrollado y de su igualmente notable musculatura, presentando ejemplos de las hazañas fantásticas que podía acometer, así como algunas de sus impresionantes aventuras. El autor del artículo apenas tuvo que avivar su imaginación y casi todos coincidieron en leer el relato.

Por ello, no era nada notable que John Winer, celador de prisiones, estuviera leyendo esta revista, al momento en que ese ser horrendo e increíble conocido por "El Duende" apareció por primera vez en público, por no decir mejor, que desapareció.

Que John Winer estuviera leyendo el artículo era pura coincidencia, ya que el misterio de "El Duende" iba a mezclar a Doc Savage en una de las más apasionantes aventuras de su destacada misión.

John Winer era uno de los celadores nocturnos de la prisión. Estaba leyendo en un rincón de la torre Noroeste. Eran las tres de la madrugada. Winer tenía el hábito de hablar a solas.

—¿Qué? —dijo repentinamente—. ¿Qué fue eso?

No había nadie alrededor. Simplemente se hizo esta pregunta porque percibió un leve chirrido. Levantóse, fue hacia un potente reflector y lo hizo girar, avizorando el patio de la cárcel y el terreno exterior con el foco de luz.

La luz se diluía como un gran fantasma blanco y mortecino.

Dentro de los muros de la cárcel, en un gran espacio abierto, se hallaba un furgón de tipo corriente, que habían dejado allí temprano la noche anterior y que contenía gran cantidad de complicada maquinaria en grandes cajas y jaulones. John Winer sabía que el furgón no contenía sino esta carga, ya que había sido uno del pelotón de guardias que lo había registrado, además de que la mercancía estaba declarada como conteniendo un nuevo órgano que un filántropo regalaba para la capilla de la prisión. Este filántropo se llamaba Sigmund Hoppel y este hecho dio algo en qué pensar más tarde.

John Winer hizo un mero registro del furgón, sabiendo que no podía contener ningún arma. Además no las hubiera hallado ya que todo furgón o camioneta eran invariablemente registrados en el momento de entrar en los muros de la cárcel, en previsión que contuvieran algo anormal.

Pero un registro más a fondo del furgón, hubiera revelado a John Winer interesantes detalles. Por ejemplo, habría visto una sombra furtiva deslizarse desde el coche a la próxima pared. Alguien había salido del furgón y rondaba ahora por el interior de la cárcel. El ruido que escuchara John Winer fue el de la portezuela al abrirse y cerrarse.

Incluso el observador más atento habría tenido dificultad en comprender qué era lo que andaba buscando el furtivo merodeador. Por algo aquel ser se mantenía donde las sombras eran más oscuras.

Si era un hombre —y no podía existir seguridad sobre este punto — no era un hombre alto, más bien al contrario. En cuanto a estatura, este individuo, apenas había llegado a la de un jovencillo.

Sin embargo el simiesco merodeador, no tenía la esbeltez de formas propia de la juventud. Tenía las piernas arqueadas y el torso grueso y desgarbado.

La extraña apariencia del intruso se evidenció cuando un débil hilillo de luz pudo filtrarse a través de las sombras. Aquel ser tenía una pronunciada joroba.

Tan furtivamente andaba este extraño personaje, que nada más se percibió de su siniestra presencia hasta que un poco de luz apareció en el departamento de la cárcel destinado a oficinas.

Observando el modo en que la luz de su linterna se deslizaba por las oficinas, era evidente que el extraño intruso no había estado antes allí, y no conocía la disposición del local. Finalmente un archivador metálico fue localizado, que contenía las fichas que indicaban las celdas en que los reclusos se hallaban confinados.

El merodeador pareció interesarse por aquellas fichas, concernientes sólo a ciertos reclusos. Un plano de la prisión colgaba de la pared. El intruso lo consultó por algunos instantes, localizando las celdas, que confinaban a los presos por delitos especiales.

El sombrío jorobado extrajo una vara de su parda vestimenta. Los celadores de la prisión usaban un tipo de vara similar por el interior de la cárcel. Las utilizaban como único armamento ya que no se permitía que usaran fusil.

EL jorobado salió silenciosamente de las oficinas, reprodujo su sombra en los muros y unos minutos más tarde, se acercaba al celador situado ante el bloque de celdas que confinaban a los peores criminales.

El encuentro fue súbito. El celador estaba alerta. Pestañeó ante el recién llegado, pero al darse cuenta de la vara que aquel sujeto llevaba, debió creer que el extraño individuo era otro celador. La luz era deficiente.

—Soy un celador del turno diurno —dijo el jorobado—. Estoy dando mi vuelta de inspección. ¿Está todo bien?

—Sí —dijo el celador.

No se dio cuenta que el otro se había detenido, de forma que el extremo de la vara quedara en posición, casi debajo del rostro del celador. Tampoco se dio cuenta que un vaho parduzco emergía del extremo de la vara. Tuvo que aspirarlo mal de su grado.

El hombre se desplomó frente al jorobado, perdiendo el conocimiento casi instantáneamente. Quiso arrastrarse y pernear, quedando a poco inmóvil y absolutamente insensible.

El celador llevaba las llaves del grupo de celdas de las cuales se apropió el jorobado para abrir la puerta enrejada.

Desde el patio central inferior podía verse la puerta de cada celda.

Habitualmente, sólo un simple celador estaba de servicio dentro del grupo de celdas, pero desde que la prisión albergó algunos reclusos de la peor condición, se destinaron dos celadores.

El jorobado merodeador obró con pasmosa rapidez. Los vapores anestésicos de la vara dieron cuenta de ambos celadores cuando insistieron en encararse con el extraño intruso y hacerle preguntas impertinentes.

Una vez en poder de las llaves de las celdas, fue hasta la puerta de gruesas rejas tras de la cual se hallaba uno de aquellos reclusos. Entró y sacudió al que se hallaba allí. El ocupante de la celda enderezóse y dirigiendo una mirada a su visitante, fue presa de mayor asombro.

—¡Una mujer! —barbotó.

—¡Chist! —le atajó el otro—. No adivines en balde. ¿Eres Jules McGinnis?

—Sí, sí —masculló el recluso—. ¿Quién diablos ha podido llegar hasta aquí?

—¿Fuiste sentenciado a quince años por falsificador?

—Sí. ¡Malditos sean! No era culpable.

—Lo sé todo. Y ahora escucha. ¿Quieres emplear un año de tu vida, combatiendo a los que te trajeron aquí si yo te libero?

—¿Cómo?— —exclamó Jules McGinnis.

—¿Harás absolutamente lo que te diga, luchando contra los hombres que te encarcelaron, durante un lapso de un año a partir de esta noche, a cambio de que yo te saque de aquí?

—¿Qué es exactamente lo que me propones? —balbuceó McGinnis.

—Una posibilidad de eludir los quince años que te aguardan aquí.

McGinnis tragó saliva varias veces. Parecía querer reflexionar, encontrando alguna dificultad en armonizar sus ideas.

—¿Tengo... tengo que hacer lo que digas durante un año? —tartamudeó.

—Tardas demasiado en decidirte.

El deforme intruso, hizo entonces un movimiento adrede como si fuera a cerrar la puerta de la celda de McGinnis.

—Espera —imploró McGinnis—. Lo haré. Por el mismo diablo que lo haré.

—Ayúdame a liberar a los demás —le ordenó el jorobado—. Hay exactamente veinte hombres aquí, incluyéndote a ti, a los cuales necesito llevarme. Fueron encarcelados por los mismos que te enviaron a este sitio.

McGinnis parecía hondamente impresionado.

—¡Veinte hombres! Quieres decir que hay veinte individuos sólo en esta prisión. ¿Tantas son sus víctimas?

—Exactamente veinte —dijo el otro. McGinnis podía apenas balbucear algo y sus exclamaciones eran admirativas en el esfuerzo de hablar.

—Nunca presumí que la combinación fuera tan extensa —pudo finalmente murmurar.

—La combinación, como tú la llamas, ha creado una industria de mil millones de dólares —dijo el jorobado—, y ha elevado a un Juggernaut.

Había una vibrante y metálica viveza en la extraña evocación de aquellas cifras. Un actor la hubiera calificado como la expresión del odio más profundo. McGinnis dirigió una mirada hacia aquel extraño bienhechor.

—¡Dios mío! —balbuceó—. Eres exactamente el brujo más horrible que vi en mi vida.

EL jorobado pareció no percatarse en absoluto de aquella ofensa. En voz baja fueron cursándose órdenes tajantes y celda tras celda fue abierta. A cada recluso se le confrontaba la identidad y se le hacían idénticas proposiciones para la fuga.

El ser humano es por naturaleza un tunante desconfiado y esto quedó palpable por el hecho de que ningún recluso accedió instantáneamente a ser liberado. Incluso dos de ellos, rehusaron abiertamente al oír que quedaban libres para luchar contra un enemigo común.

EL jorobado pareció no percatarse los que rehusaban salir de sus celdas.

—Sacadlos fuera —ordenó vehementemente—, si no quieren venir de buen grado, los llevaremos a la fuerza.

La mayor parte de los libertados habían ya dirigido una mirada agradecida a su bienhechor. Varios de ellos temblaban. Un director cinematográfico hubiera contratado a aquel monstruo para impresionar una película fantástica..

—¿Quién demonio eres? —le preguntó uno de los recién rescatados.

—Soy tu cerebro para el año próximo —le dijo el ser con la giba de camello. Era ésta una respuesta sobre la que luego habían de recapacitar.

Algo después, otro de aquellos criminales, después de observar durante algún tiempo al jorobado, dijo:

—Después de todo no creo que seas una mujer…

El jorobado no respondió.

—Seguramente es una mujer —dijo McGinnis. Pero su afirmación parecía incierta.

El último recluso de la lista fue extraído de su celda y los veinte libertados con su admirable patrón, salieron del grupo de celdas. Vieron a los celadores inanimados y empezaron a temblar.

—Estamos ante lo peor —gruñó uno—. No podemos salir de estas paredes.

Otro añadió:

—Nos van a castigar con la incomunicación por todo esto.

El jorobado habló con perfecta calma:

—¡Callaos! Id hacia aquel furgón y entrar en él.

Los reclusos miraron hacia allá incrédulamente.

—Escucha —masculló alguien—. No hay forma de conseguir que el furgón salga de estos apuros. ¡Ni aun en el caso de que fuera una locomotora, podría destinarse a pulverizar estas paredes!

El jorobado extrajo un revólver de gran tamaño.

—Entrad en el furgón —les ordenó.

Los veinte hombres entraron. Lo hicieron muy cuidadosamente sin producir ningún ruido y cuando estuvieron dentro, el fantástico personaje de deforme torso, sacó una linterna cuyos destellos producían una tenue claridad.

Esta luz se desparramó por el suelo del furgón iluminando sucesivamente una cantidad de bultos. Jules McGinnis quedó deslumbrado al salir a la luz. No podía hablar de emoción.

—Santo Dios —murmuró—. ¿Por qué están esos hombres aquí?

El individuo jorobado contestó con un murmullo violento y fanático:

—Vamos a dejados en las celdas de las que acabáis de salir.

Los recién liberados se mantenían en silencio.

Jules McGinnis inició una carcajada, algo parecido a la locura que flotaba en el ambiente. No pudo seguir con su risa, por cuanto el jorobado le cerró la boca con brutal severidad: ¡Imbécil! ¡Estate quieto!

McGinnis recobró su sangre fría al respirar la libertad.

—No comprendo nada de esto —dijo con voz ronca.

—Ni falta que te hace —carraspeó el jorobado—. Este es el primer paso de mi extraño plan.

CAPÍTULO II

UNOS HOMBRES ATÓNITOS

DEBÍA haber transcurrido una media hora cuando John Winer, el celador de aquella prisión, en la torre del muro más cercano al furgón, percibió un ligero eco. Miró hacia el lado de la torre. De momento no vio nada, pero poco después al lado de dicho vehículo, distinguió una silueta fugitiva.

La torre estaba equipada con un reflector. John Winer lo volvió y apuntó al foco, viendo la fantástica silueta de un jorobado. Este individuo llevaba un fusil. Se oyó un disparo y el reflector quedó inútil. Fue un buen tiro.

John Winer apreció que sucedía algo anormal. Cogió su rifle, lo dispuso y empezó a disparar. Pudo distinguir bien al individuo jorobado en las tinieblas del patio de la cárcel.

Winer no tuvo tiempo de considerar que su silueta ofrecía un excelente blanco gracias a la luz de la luna. Un balazo disparado por el jorobado, le alcanzó casi exactamente en la mitad del pecho.

Otros celadores se presentaron corriendo y hallaron a Winer moribundo.

Yacía en una posición grotesca, por lo cual se apresuraron a levantarle.

Algunas palabras salieron de los labios de Winer. Cual un moribundo acostumbra a hacerlo, balbució fragmentos de palabras acerca de algo que últimamente había estado en su mente.

—Doc Savage —murmuró John Winer—. Hombre de bronce… gran apuro…

—¿Qué es lo que dices? —le preguntó uno de los celadores—. ¿Quién te disparó, Winer?

John Winer no pudo oír ya esta pregunta. Sus murmullos

incoherentes seguían.

—Doc Savage —murmuró—. Hombres que luchan... fuera de la ley...

El celador se enderezó mascullando:

—¿Doc Savage te disparó? ¿Quién es ese Doc Savage?

—Si yo fuera tan bruto como tú, procuraría al menos callar —dijo otro celador—. ¿No lees nunca los periódicos?

—No. La lectura me perjudica la vista.

John Winer, en ese instante, se estremeció profundamente, perneó y lanzó un profundo suspiro. Cuando los otros celadores le miraron de nuevo, había muerto.

—¡Pobre Winer! —dijeron.

—Fue ese que llaman Doc Savage quien le mató —gruñó el hombre que nunca leía los periódicos—. ¿No le oíste decir eso?

—Harías mejor en leer la prensa, aunque te perjudique la vista —le aconsejaron—. Así sabrías que ese Doc Savage no es de esos que andan despanzurrando guardias.

Un delegado del director llegó con órdenes concretas. Había que registrar bien la prisión para ver si había algo anormal. Lo registraron todo y apreciaron que existía una multitud de anormalidades.

Hallaron a veinte hombres extraños en la prisión, veinte hombres que nunca fueron condenados por ningún tribunal o enviados a aquella prisión por los trámites ordinarios, veinte hombres a los que nadie había visto antes.

Todos estaban dormidos.

No pudieron ser despertados inmediatamente, por lo que se juzgó que habían sido narcotizados. El médico de la prisión actuó inmediatamente, administrándoles estimulantes en un esfuerzo para despertar a aquellos extraños reos.

Los celadores inanimados fueron hallados en el bloque de celdas. También se averiguó que los veinte verdaderos reos que existían antes, faltaban de las celdas en las que fueron hallados los nuevos reclusos.

Una sirena de máxima sonoridad, que se usaba sólo para denunciar una evasión, empezó a atronar el espacio y pelotones de rastreadores especializados salieron de la prisión en sus coches.

Los guardias inanimados despertaron y balbucieron una

explicación de un jorobado, un embrujado ser que penetró en aquel lugar y les dejó sin sentido.

Expresaron sus dudas respecto de sí aquel jorobado era hombre o mujer.

AL mismo tiempo, algo más extraño acontecía. Los celadores miraron hacia el furgón y escucharon, oyendo un ruido fantástico que, indudablemente, venía del interior de éste. El ruido era poco más o menos parecido al leve tintineo de una caja de música con que juegan los niños.

De momento, los celadores no concedieron gran atención a las notas tintineantes, causantes de la verdadera naturaleza de los sonidos, relacionándolos con algún misterio del furgón no les impresionó inmediatamente, pero poco después, sintieron despierta su curiosidad.

—Hay un órgano en el camión —exclamó alguien—. Es el obsequio de ese tipo que se llama Sigmund Hoppel.

—Ese ruido debe producirlo el órgano —aventuró otro.

—¡Cáscaras! Los órganos no tocan por sí solos, ¿no te parece?

—Pero existen pianos automáticos. Quizá se trata de un órgano automático.

Mientras tanto, las leves y fantásticas notas tintineantes continuaban llegando desde el furgón. Un hombre se adelantó y probó de abrir la puerta sin conseguirlo. Corrió para avisar que el seguro estaba roto y que la puerta parecía estar retenida desde el interior.

—Debe de ser un ratoncillo corriendo por las cuerdas del órgano o algo así —aseguró alguien.

Esto arrancó dos o tres carcajadas.

—Bien, ¿qué es lo que hay en ello? —interrogó el que sostenía esta idea.

—Pues que un órgano no tiene cuerdas.

En la prisión se guardaban varios sabuesos para el caso que tuvieran que perseguir a los fugitivos. Este medio antiguo de rastreo, había podido todavía mantenerse en la era de la radio y los automóviles velocísimos.

Estos sabuesos lanzaron un gruñido. Se dirigieron hacia el furgón y se pararon frente a él. Inmediatamente se montaron unas ametralladoras dirigidas hacia allí y otro pelotón trajo gas

lacrimógeno.

Los cachorros se mantenían en círculo alrededor del vehículo, ladraban hacia él y no buscaban otra pista. Era, pues, evidente que los fugitivos habían entrado en él y que no habían salido.

El delegado del director llamó con los nudillos y conminó a salir a los del interior, no obteniendo respuesta. Este mismo funcionario pidió un hacha y con la mayor fuerza golpeó hasta desquiciar la puerta, haciendo una abertura suficientemente ancha para poder pasar, penetrando en el interior.

Al momento chilló como si hubiera perdido ambas piernas y tan fuerte como pudo. Cayó fuera del furgón, mientras de sus labios salían quejidos. Durante todo el tiempo, señalaba a sus pies.

Los zapatos habían desaparecido de forma que una gran cantidad de carne quedaba como arrancada de sus pies. Los huesillos estaban al descubierto y al transformarse en muñones, cuando rozaron el suelo, se desprendieron.

Los celadores de la cárcel acostumbran ser muchachos curados de sorpresas, pero dos de los presentes se desmayaron ante tan horrible visión.

Naturalmente, hubo un movimiento de vacilación, durante algunos minutos.

Los funcionarios de la cárcel, que pensaban que los reos estaban dentro del furgón, se retiraron a una prudente distancia y cursaron instrucciones de las que resultaron varias ráfagas de ametralladoras sobre el vehículo. Después de este tiroteo, arrojaron bombas lacrimógenas en su interior.

Los celadores se prepararon al ataque, pero éste resultó muy desafortunado.

El primer celador, al trasponer la puerta del furgón, lanzó un grito que amedentró al que le seguía. Sus quejidos aumentaban con terrible intensidad e instantáneamente salió como despedido del coche.

Alguna sustancia corrosiva, en sus zapatos, había consumido no sólo la mayor parte de éstos, sino que también algo de sus pies. Además, la misma materia alcanzaba ya sus manos.

Los celadores de la prisión adoptaron ahora la mayor precaución. Trajeron luces y espejos, manejando los cuales en el interior del furgón lo podían verlo todo sin poner en peligro a nadie

más.

Lo que se presentó a sus ojos, fue como una sacudida eléctrica. No había ningún preso en el furgón, tampoco ningún misterioso jorobado, hombre o mujer y menos un órgano.

El vehículo, para la mayor sorpresa de las autoridades penitenciarias y más tarde para el asombro de los funcionarios ferroviarios, estaba pavimentado con cristal corriente, de tamaño grueso. Este debió cubrirse con el suelo de madera del furgón, según coincidieron todos, pero después había desaparecido.

El extraño tintineo de la caja de música había cesado, seguramente a consecuencia de las ráfagas de ametralladora que habían penetrado en el interior. EL suelo estaba cubierto hasta un fondo de dos pulgadas con una masa corrosiva de mucha fuerza. Cuando arrojaron un bastón en ella, éste se consumió en un cortísimo espacio de tiempo.

Los celadores se mantuvieron alrededor, murmurando enrevesados comentarios, mientras que su compañero, así como el delegado del director, que habían resultado quemados por aquella sustancia, eran atendidos por el médico de la cárcel, sin cesar de emitir sus quejas y gemidos.

El director llegó. Su atención se localizó hacia los veinte extraños reclusos que habían sido hallados en las celdas que dejaron libres los fugitivos.

Aquellos seres comenzaban a revivir.

Los corresponsales de prensa se hallaban presentes y escuchaban, tomando apuntes del interrogatorio a que se sometió a los veinte desconocidos.

Resultado inmediato fue el inaudito asombro de aquellos reporteros.

Ninguno de los veinte hombres podía explicar cómo aconteció que se hallaron en la prisión, en lugar de los fugitivos. Insistían solamente sobre este punto, y no sabían más. Su relato coincidía además en otro extremo.

Se habían acostado extrañamente fatigados después de ingerir varias bebidas en sus respectivas cenas. Se supuso que habían sido narcotizados.

Aquellos individuos fueron, naturalmente, invitados a identificarse, lo que hicieron sin vacilación, sorprendiendo a todos

el resultado.

Algunos eran conocidos financieros, presidentes de varios trusts. Estas sociedades adquirían lotes de valores y los guardaban hasta provocar un alza.

Además de estos valores, compraban edificios, oficinas, líneas de navegación, grupos de haciendas o cualquier cosa que pudiera lograrse fácilmente con ventaja, para ser vendidas más tarde a un precio más alto.

Todas estas compañías eran muy prósperas, entre las que más de su categoría. EL resto de los veinte hombres eran directores de compañías de seguros mutuos. Estas compañías eran importantes si bien no excesivamente propagadas y en sus balances nunca mostraron grandes beneficios.

Varias cabezas se movieron asombradas, cuando estos veinte hombres demostraron su identidad. Era difícil imaginar qué era lo que tenían que ver estas altas figuras de la finanza y la riqueza con aquellos fugitivos. Tal vez existía algún misterioso hilo de unión.

Por fin, un punto se aclaró enseguida, cuando el director tuvo la idea brillante de citar a Doc Savage.

—¿Usted dijo que John Winer, ya difunto, aludió a Doc Savage como el que le disparó? —preguntó el director a uno de las funcionarios de la prisión.

Un general asentimiento de todos los celadores y la relación de las últimas palabras de John Winer, parecieron llevarle a una decisión.

—Avisen a Doc Savage —ordenó el director—. Podrá seguramente ayudarnos. Es presumible que pudiera tener algo que ver con ese asesinato".

El director conocía a Doc Savage por su merecida fama.

CAPÍTULO III

LA MUCHACHA REPORTERA

CUANDO el coche del director de la prisión condujo a Doc Savage a través de sus puertas, se originó un pequeño revuelo. Estaban a plena luz del día, un día brillante y soleado que alumbraba con optimismo la llegada del hombre de bronce.

Los reos habían sido recluidos en sus celdas y, desde sus ventanas, la mayor parte podía ver y asistir a la llegada de Doc Savage. Más de uno de tales observadores sintió un estremecimiento y se apresuró a retirarse, ya que Doc constituía la Némesis de los malhechores.

La sensación de la llegada del hombre de bronce no alcanzó únicamente a los reclusos. Los celadores alzaban el cuello, quedaban boquiabiertos y sus ojos en expresión admirativa. Habían estado preguntándose qué iba a suceder y cuando vieron a Doc Savage, todavía no habían caído en la cuenta.

El hombre de bronce era físicamente un gigante. Una vez que hubo salido del coche, alejándose del mismo, de forma que no estuviera cerca de alguien con quien compararle, no parecía tan alto. Esto se debía a la notable simetría de su desarrollo físico.

Existían otros motivos que llamaban la atención acerca de Doc. Su piel tenía un matiz bronceado poco corriente, como si estuviera pigmentada por los soles tropicales; El pelo estaba alisado y dispuesto como un casquete metálico, de un tono bronceado ligeramente más oscuro que su piel. Lo más relevante de todo, eran quizá sus ojos fantásticos, semejantes a lagunas de dorado rocío, siempre removidas por tenue brisa. Parecían tener un poder hipnótico y facilidad para la inducción.

Doc Savage fue acompañado a la oficina del director, donde

había un cierto número de periodistas y una muchacha reportera. Ellos vestían sus peculiares americanas holgadas que les comunicaban un aire profesional. La muchacha presentaba un aspecto diferente, no pareciendo que fuera del oficio.

Permanecía atrás del grupo y como no preocupándose de lo que sucedía ante ella.

Doc Savage fue introducido en el despacho del director. Este era un hombre testarudo, que no se andaba por las ramas y que hubiera apoyado sus derechos contra el mismo presidente, exactamente igual que con uno de sus subalternos.

—Un celador ya difunto que se llamaba John Winer, declaró que usted le disparó esta madrugada —dijo el director rudamente—. El tiroteo acaeció a las cuatro y cuarto. ¿Tiene usted una coartada?

—No —dijo Doc Savage.

El hombre de bronce tenía una voz apropiada a su presencia. No era alta ni baja, pero su timbre era una mezcla de vibrante fuerza y agradable tono que la distinguía inmediatamente. Era una voz que, sin duda, había sido intensamente entrenada durante varios años.

—Entonces queda usted bajo arresto —dijo el director de la cárcel.

El funcionario de la cárcel del Estado que había ido a buscar a Doc Savage, le empujó hacia adelante.

—Presumo que la orden de arresto no sea lo más apropiado —dijo—. Hallé a Doc Savage dando una conferencia sobre algo que…

—Sobre electroquinéticos —apoyó Doc.

—Sobre electro… electro… bien, el caso es que estaba en una conferencia, —dijo el funcionario—. Este acto reunió a una multitud de científicos de alto copete y este hombre de bronce estuvo hablándoles durante toda la noche.

—¿Está usted seguro? —le preguntó el director.

—Claro que lo estoy. Tanto que los científicos se dieron al diablo cuando interrumpí su conferencia.

—Era una importante conferencia y demostración —dijo Doc Savage secamente—. Esperábamos nos condujera a la solución del problema sobre la transmisión de energía por las ondas hertzianas.

—Parece —dijo el director—, como si tuviera usted ya una coartada.

La muchacha reportera se juntó con los corresponsales

presentes. Sostenía en una mano un pequeño objeto, alguna invención mecánica de raro diseño, que procuraba mantener oculta.

Doc Savage esperaba sin dar ninguna expresión a sus rasgos metálicos y extremadamente atractivos. Sólo sus ojos espolvoreados de oro, desmentían esa fácil actitud, pareciendo estar en continuo movimiento y como no descansando en el escudriñamiento de lo que les rodeaba.

EL director meneó la cabeza.

—¿Por qué no me dijo usted que tenía una coartada?

—Una coartada se explica técnicamente como un alegato de haber estado en alguna parte, mientras se comete un acto ilegal —explicó el hombre de bronce—. La palabra se ha extendido como para tener adherido un estigma y no tiene atractivo ya.

La muchacha reportera estaba todavía mudando de lugar a cada instante.

Parecía como si procurara trabajar en posición que pudiera levantar el objeto que llevaba con sus manos y apuntar con él a Doc Savage.

El director se volvió al entrar en la oficina el portador de un mensaje. Este mensajero llevaba un sobre que entregó al director, que lo abrió, leyendo su contenido. Luego levantó la vista y miró a Doc.

—Es el gobernador —dijo—. Y me sugiere que, ya que se halla usted aquí, sea tan amable de estudiar la situación y procurarnos su ayuda.

—Por supuesto —dijo Doc Savage.

El director pensó repentinamente en algo que afectaba a este sobrenatural hombre de bronce.

—¿Quiere usted permitirnos llamar a uno de sus ayudantes? —le pidió.

—No será necesario —le aseguró Doc.

Los corresponsales de la prensa fueron autorizados para acompañar a Doc Savage y al director, junto con varios celadores, cuando dieron una vuelta de inspección. La inquieta reportera marchó con ellos, manteniendo oculto el objeto que llevaba en sus manos lo mejor que pudo.

Cuando estuvieron a plena luz del sol, se puso de manifiesto que la muchacha era más bien espectadora. Llevaba un raro vestido, sin

estilo alguno, por lo que se deducía que probablemente estaba hecho adrede para desfigurar una flexible figura juvenil de mucho atractivo.

Cubríase con un sombrerillo ridículo que permitía ver sólo unos bucles de su cabello, unas hebras sutilísimas que tenían casi el color de la plata bruñida.

Unas gafas no se avenían mucho con sus ojos fascinadores y la falta de colorete y carmín en los labios, no restaba mucha fuerza al arrebatador efecto de tales atractivos.

El examen hecho por Doc Savage de los detalles en el interior de la prisión, fue lo suficiente rápido para sorprender a casi todos, ya que pareció sólo dar un vistazo acá y acullá. —Este pájaro no va a poder solucionar el misterio— murmuró un reportero al fondo.

—No seas bruto —le dijo en tono de mofa un compañero—. Este sujeto es un brujo.

—Sería mejor interrogar a los veinte hombres que quedaron en las celdas en lugar de los fugitivos —dijo Doc Savage con voz muy clara, para que todos pudieran oírle.

—Los veinte hombres están retenidos en mi departamento —dijo el director—. Voy a llevarle ante ellos.

El director, Doc Savage y los corresponsales de prensa, junto con la muchacha, formaron en una fila al cruzar el patio de la prisión.

Doc pidió:

—¿Tiene usted una lista de los veinte fugitivos?

—Sí —dijo el director.

—Necesito sus fotografías, huellas digitales y un historial de los delitos en virtud de los cuales fueron confinados aquí.

—Iremos a mi oficina para este asunto —contestó el director.

Un momento después, los sensacionales ojos dorados de Doc Savage estaban examinando aquellos datos. Hacía un momento que había empezado a trabajar, cuando un leve y extraño sonido pudo percibirse, como si fuera un murmullo debilitado pero fantástico, recorriendo el pentagrama musical arriba y abajo, sin definida entonación y como una vaga semblanza de la brisa que cruzara suavemente una selva tropical sin follaje.

El murmullo era algo peculiar que habitualmente emitía Doc Savage en algunos momentos de intensa actividad mental.

A base de él podía deducirse la sorpresa de Doc y a veces

indicaba la presencia de una prueba adquirida al azar, cuando a menudo no precedía a algún determinado plan de acción.

El hombre de bronce hacía esto sin darse cuenta.

—Son sonidos como si llegara el invierno —señaló un reportero, no comprendiendo que aquel exótico eco no era el viento.

Doc llamó la atención del director sobre los antecedentes que había estado inspeccionando.

—¿Llamó a usted la atención esto hecho peculiar? —le preguntó.

EL director se acercó y escudriñó los documentos. Empezó a mover la cabeza y cambió este movimiento en una inmediata inclinación.

—Ya lo veo —barbotó—. Cada uno de los reclusos sostuvo desde el momento de su condena que le habían tendido una trampa, sin haber existido delito.

—En parte sí —admitió Doc—. Pero queda todavía algo más.

Un asistente de la prisión entró precipitadamente.

—Se han escapado —masculló—. Los veinte hombres que estaban en las celdas se escaparon.

—Por supuesto que escaparon —le atajó el director—. Pero ya recobraremos a esos fugitivos.

—No comprende usted —gritó el asistente—. Los veinte hombres que ocuparon las celdas de los fugitivos también han desaparecido.

CAPÍTULO IV

UN DISPARO FOTOGRÁFICO

EL director pestañeó estúpidamente, golpeó el suelo de hormigón y recorrió el cuarto a grandes zancadas.

—¡Si no puede ser! ¡Diablo! No han podido hacerlo —exclamó.

Los veinte hombres habían sido recluidos en el departamento del director, que se hallaba contra un muro de la cárcel, no precisamente en el área del edificio, sino dentro de la pared exterior. Ninguno de los peores criminales se encarcelaban en este grupo exterior.

Los veinte hombres no habían sido condenados por ningún delito. Era desde luego extraño que hubieran sido hallados allí, aparte de que sus explicaciones parecían inverosímiles.

Habían sido recluidos bajo la vigilancia de dos celadores.

Ambos celadores fueron hallados inanimados. Las rejas habían sido arrancadas de una ventana de la pared trasera, por cuya abertura los reos escaparon.

Se ordenó enseguida la captura de los veinte hombres que no fueron encontrados. Su desaparición semejaba al hecho de que hubieran sido tragados por la tierra.

Al volver en sí, los dos celadores explicaron vagamente que alguien había, hablado con uno de los veinte hombres desde el exterior de la cárcel, pero la conversación no había podido percibirse, así como tampoco ver bien al interlocutor.

Un celador creyó sin embargo, que los veinte hombres habían recibido instrucciones precisas a resultas de las cuales habían atacado inopinadamente a los celadores, dejándoles sin sentido y haciendo factible su evasión.

Doc Savage, más bien examinaba que participaba en el patente

nerviosismo que siguió al descubrirse la fuga. Pidió y obtuvo una lista de los nombres de los veinte hombres.

También consiguió una colección de fotografías y huellas digitales de cada uno. Todos habían sido fotografiados, como consecuencia de haber sido hallados ocupando unas celdas que correspondían a otros reclusos.

Doc terminó la inspección de la caja del furgón, cerca de la cual el celador John Winer había sido asesinado.

La joven reportera se había mantenido al fondo, procurando pasar sin ser notada. Pero este detalle contribuyó a que llamara la atención de dos periodistas.

—¿Quién es esta señora? —preguntó uno.

—No lo sé. En eso estaba pensando. Es extraño que no la conozcamos. Vamos a ver si conseguimos entablar una conversación.

—Buena idea.

Los dos periodistas, empezaron a moverse, tratando de acercarse a la joven desde donde pudieran llamar su atención para iniciar conversación con ella.

Los otros reporteros dedicaban el máximo de su atención a lo que Doc estaba haciendo cuando se dirigió hacia el bloque de celdas. Los pasos del hombre de bronce estaban intrigando a la mayor parte de los periodistas.

Doc tenía una caja metálica que le habían traído desde el coche. Esta contenía una cantidad de mecanismos, uno de los cuales parecía ser un pulverizador de mano corriente.

Doc roció con una emulsión de sustancias químicas varios extremos del suelo del grupo de celdas, así como las cerraduras y rejas de las celdas.

La materia pareció endurecerse al instante. Vertió otras substancias químicas en la emulsión, las que igualmente se endurecieron. Descortezó el conjunto y colocó los residuos en la caja metálica.

—¿Qué es lo que hace? —quiso averiguar un periodista.

—Está recogiendo una huella microscópica del suelo —explicó un reportero que ya conocía el proceso—. Después analizará la materia averiguando todo lo que necesite.

Doc roció con una substancia química de diferente tipo la

palanca que controlaba las cerraduras de los bloques de celdas. Con ello obtuvo que se reprodujera la huella marcada al roce de los dedos, cambiándola en un color apropiado y rápidamente pudo obtener una serie de varias huellas digitales.

Examinó éstas y concedió especial atención por medio de una potente lupa, a ciertas manchas.

—El que los libertó llevaba guantes —aseguró.

En la torre de los celadores halló la revista, con las páginas abiertas, precisamente en la narración que se ocupaba de él, obteniendo de ello las exactas conclusiones siguientes:

—El celador estuvo leyendo el relato —dijo—. En su balbuceo de moribundo repitió el nombre sugerido por la narración.

El director parecía que tenía sus dudas sobre este particular. La muchacha reportera se dirigía hacia un oscuro extremo como si procurara usar el objeto que llevaba. Los dos jóvenes periodistas la vigilaban cuidadosamente y se mantenían cerca de ella, esperando hallar algo plausible con que llamar su atención y romper el hielo.

Doc Savage fue hacia el furgón. Tuvo buen cuidado de no tocar el líquido del suelo de cristal del vehículo, pero metió su cabeza por un extremo y avizoró el interior con el foco de una linterna.

Esta era uno de sus propios inventos y operaba por medio de un especial generador, en lugar de pilas, proporcionando un reducido pero intenso foco blanco de luz, que podía ampliarse más en cuanto se necesitara.

Una vez examinado el interior del camión, Doc salió hacia el exterior.

—Se trata de un furgón corriente —dijo—. Pero ha sido reconstruido en el interior con la idea de que la cubierta de cristal estuviera en el suelo.

—Pero ¿por qué esta cubierta de cristal? —preguntó el director.

—Debieron de decidir que el contenido del furgón y lo que sucedió dentro permaneciera en el secreto tanto tiempo como fuera posible —contestó el hombre de bronce.

El director vaciló, como si no quisiera aparentar tanto asombro, pero la curiosidad le ganó enseguida.

—Todavía no veo la causa del fondo de cristal —dijo de pronto.

—Para mantener el ácido —explicó Doc.

—¿Ácido?

—Una mezcla de ácidos más bien —dijo el hombre de bronce—. La mezcla fue hecha muy a conciencia y demuestra un enorme conocimiento de la química. La substancia obtenida destruiría muchos metales y otros cuerpos sólidos en un espacio de tiempo sorprendentemente corto.

El director meneó la cabeza.

—¡Qué cosa más increíble! —expresó.

—¿Qué ha dicho usted, director? —preguntó un reportero.

—Sabemos que los reclusos entraron en el furgón —dijo el director—. Y sabemos que el coche contenía un ácido que prácticamente les hubiera quemado vivos.

—Según se ha dicho, el vehículo contenía un órgano —especificó uno de los reporteros.

—Sí. ¿Y qué más?

—¿Podemos estar seguros de que contuviera un órgano? —añadió otro.

—Contenía grandes cajas, en las que se presumía que venía embalado un órgano —explicó el director—. Se registró, por supuesto, cuando este furgón fue situado en los patios de la prisión, ayer.

—¿Puede saberse quién envió el órgano?

—Un hombre llamado Sigmund Hoppel.

—¿Quién es?

—Vamos a averiguarlo.

El director sacudió su cabeza impacientemente y explicó la conclusión que había logrado.

—Alguien llevó a estos hombres a la muerte —dijo—. Alguien vino a esta prisión, les libertó y les condujo hasta este camión lleno de ácido, dentro del cual debieron consumirse vivos.

—Pero alguien les hubiera oído chillar —dijo un celador que recordaba cómo gritó uno de sus compañeros que resultó quemado.

Todos se concentraron en este misterio, incluyendo a los corresponsales de prensa, con una sola excepción. Esta era la joven reportera que mostraba detalles de tan apreciable belleza. Se retiró hacia el extremo del grupo, moviéndose hasta que obtuvo una clara visión de donde estaba Doc Savage.

Elevó hasta sus ojos el objeto que había estado guardando en sus manos, hasta entonces. Era una cámara fotográfica de tamaño

miniatura.

Dirigió el foco de la diminuta cámara, con el punto de mira precisamente hacia el pecho del hombre de bronce, de manera que obtuviera una fotografía completa y disparó el objetivo…

La detonación de un disparo de fusil emergió de la pequeña cámara.

CAPÍTULO V

EL RETRATO DE LOS CINCUENTA DOLARES

EL orificio de una bala, nítido y redondo, apareció en el traje pardo de Doc Savage, exactamente sobre su corazón. La bala era evidentemente de tamaño grande y el retroceso de su descarga, arrancó de las manos de la muchacha la pequeña cámara, produciéndole un ligero rasguño en la tez.

La cámara cayó al suelo, en tal posición que demostraba que el cristal de la lente no existía. En su lugar aparecía el extremo redondo de un cañón de pistola, disimulado desde dentro y desde la cual se disparó la bala.

La muchacha pudo ver el orificio encima del corazón de Doc Savage, que empezaba a desplomarse. Una inexplicable expresión se retrató en el rostro de la muchacha.

Esta se volvió y empezó a correr, pero pronto tuvo que advertir que ya un celador estaba allí cerca, llevando un fusil ametrallador. Estos fusiles cargados, se guardan corrientemente en las torres de rejas y donde no pudieran ser alcanzados por los reclusos.

Cuando estos fusiles se transportan de un lugar a otro, primero se descargan, se transporta el fusil al nuevo lugar y más tarde las municiones separadamente, para que no puedan tomarse ambos al mismo tiempo. Pero los reos estaban todavía en sus celdas, cuando apareció este fusil ametrallador en el patio. Y el celador que lo tenía era más bien un tipo distraído, lo que permitió a la muchacha arrebatarle el arma.

Pudo arrancársela fácilmente porque era fuerte. Así que tuvo el fusil se volvió rápidamente y amenazó a todos.

—¡Quietos! —gritó.

Permanecieron inmóviles. La muchacha saltó rápidamente al

coche que había llevado a Doc Savage a la prisión y entró en él; dio vuelta a la llavecilla de ignición y arrancó a toda velocidad pisando el acelerador a fondo.

EL coche era pesado, a pesar de lo cual alcanzó la puerta enrejada a cerca de cuarenta millas por hora.

La puerta no cedió porque era de acero fuerte. Pero hizo una abertura suficiente para que pudiera pasar la joven. Se escabulló por ella, apuntó al aire con el fusil ametrallador y disparó el gatillo.

Las detonaciones atronaban y cada celador, en las torres, mantenía prudentemente su cabeza fuera del blanco. Dejó a un lado el fusil ya que era lo suficientemente pesado para impedirle la fuga.

Agachó la cabeza y empezó a correr de una forma sorprendente. Al llegar al primer rincón se volvió. La persecución no había sido iniciada todavía; la muchacha siguió corriendo.

Atravesó varios rincones, pareciendo no tener una idea de dónde se hallaba, fuera de que era necesario alcanzar una calle de poco tráfico. Pudo lograrla y corrió rápidamente durante algunos minutos. Empezó a resollar, mostrando hallarse muy fatigada.

Un coche apareció en la calle desierta y se aproximó despacio. La muchacha se volvió y le dirigió un vistazo. El conductor estaba agachado al volante y no parecía mostrar ninguna atención a nada.

La muchacha inclinó su sombrerillo, casi por encima de sus ojos, con lo cual su rostro quedaba totalmente oculto. Esperó hasta que el coche estuvo cerca, al mismo tiempo que se ajustaba un chal alrededor del cuello y cubría con él su mano derecha.

Cuando el coche estuvo de frente, súbitamente saltó hacia el vehículo, tiró de la puerta y se dejó caer en el asiento, empujando hacia fuera su mano oculta por el chal.

—¡Sigue adelante! —gritó—. ¡Y si quieres tragar plomo, no tienes más que pedir auxilio!

El conductor no reaccionó como ella esperaba. Alcanzó el chal de la joven y al asirlo, mostró la mano vacía de la reportera. Cuando ésta quiso gritar y salir del coche, la asió y retuvo dentro del mismo. La joven pudo ahora lanzar una mirada hacia el individuo que tenía ante sí.

—¡Doc Savage! —chilló.

Doc Savage conducía el coche silenciosamente. La joven hizo un esfuerzo para salir de nuevo, pero Doc la retuvo. Advirtió que el

gran hombre tenía una fuerza poco usual y los dedos bajo su piel semejaban no menos que acero caliente.

La joven notó que el dispositivo de ignición del coche colgaba bajo el guardabarros, como si hubiera sido arrancado y luego añadido adrede. Supuso que era un coche particular y que Doc Savage se lo había apropiado para su uso personal.

También se dio cuenta del orificio producido por el balazo, encima del corazón del hombre de bronce. Ante esto, pestañeó como si no lo creyera.

Entonces con una rápida reacción, extendió su índice hacia el orificio.

—¡Oh! —dijo—. Un traje acorazado.

Doc Savage no contestó.

Corrían en silencio. El hombre de bronce conducía como un experto y se hallaron pronto en pleno campo, tomando sendas poco frecuentadas y acelerando cuando cruzaban otros coches, aunque nunca excesivamente, con el fin de no llamar la atención más de lo corriente.

Sus rasgos metálicos eran inexpresivos, al parecer reposados, excepto para lo que vivía en sus ojos dorados.

—¿Alguien le quitó el habla? —le dijo la joven.

Doc no respondió.

—¿Cómo me descubrió? —le preguntó.

—Por la abertura que dejó usted en la puerta —dijo—. Lo demás, era cuestión de verla a usted y no ser visto.

La muchacha se quitó el sombrero. Su cabello plateado, no totalmente platinado, era muy abundante.

—¿Adónde me lleva? —preguntó.

—A buscar a uno de mis ayudantes que cuidará de usted —respondió Doc Savage.

Monk era un ser humano, aunque alguien expresara sus dudas sobre este punto. Pesaba más de doscientas cincuenta libras. Su pelo tenía una longitud aproximada de una pulgada, era corto y crespo, casi idéntico al resto de su cuerpo. Su nombre verdadero era teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair.

Usualmente, tenía la voz de un chiquillo, pero en plan de discusión, gritaba y bramaba como un simio, y era uno de los más famosos químicos industriales del mundo.

Era un millonario que poseía un laboratorio instalado en un tejadillo, cerca de Wall Street. Tenía un animalito llamado Habeas Corpus, un cerdo de Arabia con orejas de elefante, con patas de perro y un hocico ex profeso para la pesquisa. Habeas, el pequeño cerdo, poseía una pocilga en el tejadillo, llena de barro perfumado y esterilizado artificialmente cada día.

Monk era uno de los cinco selectos ayudantes de Doc Savage. Una de sus grandes aficiones, era la emoción, siendo una de las causas por las que se asoció con él. Las emociones y el hombre de bronce eran constantes compañeros.

Monk permanecía al lado de un sedan parado en un pequeño camino; este coche aparecía evidentemente disimulado, no dando sugerencia alguna de que estuviera construido con chapa de armadura y el cristal a prueba de bala.

Monk estaba distraído cogiendo a Habeas, el cerdito, por las orejas, balanceándolo y levantándolo así. AL animal le placía esto.

Similar a las emociones, la afición de Monk era atraída por las mujeres bonitas. A pesar de sus miradas de gorila, corrientemente se manejaba muy bien en este sentido. El extraño químico, inició su mejor saludo cuando la joven rubia salió del coche de Doc Savage.

—¿De qué árbol se ha descolgado usted? —le preguntó la muchacha poco cortés. Monk contrajo su cara en una mueca.

—No me juzgue usted por el primer efecto —le dijo. Luego, dirigiéndose a Doc, preguntó:— ¿Quién es?

—Una joven que quiso suprimirme —explicó el hombre de bronce.

—¡No lo hice! —chilló la muchacha.

Doc Savage posó un dedo distraídamente en el orificio de la bala, encima de su corazón.

—Fue un error —declaró la muchacha.

Monk preguntó:

—¿Puedo permitirme una carcajada?

La muchacha, empezó a indignarse.

—Presumo que me hallo mezclada en todo esto hasta las orejas. ¡Pero cuando se disparó la bala, nadie quedó más sorprendida que yo misma!

—Quisiera que nos explicara todo lo que sepa —le pidió Doc.

Ella asintió.

—Soy fotógrafo profesional y detective al mismo tiempo. Esta mañana un sujeto requirió mis servicios.

—Es poco corriente la combinación de fotógrafo y detective como profesión —interrumpió Monk.

—Bien. Ejecuto ambas cosas —gritó la muchacha—. Siempre pensé que la fotografía y las funciones de detective particular podían ir juntas. Después de todo, ya sabéis que nada hay mejor que unas buenas fotografías para presentar pruebas concluyentes en un tribunal.

—Continúe usted con el relato —le rogó Doc.

—Esta mañana alguien me dio una cita —siguió diciendo ella—. Me dijo que necesitaba una fotografía de Doc Savage. Añadió que Doc no le tenía buena voluntad y que lo sacaría de la cárcel si le viera. Me ofreció cincuenta dólares para obtener la fotografía con su cámara. Insistió sobre el punto de que usara su propia cámara. No vi en ello nada sospechoso.

—¿No sabía usted que era una cámara con trampa? —le preguntó Monk en son de mofa—. ¡Y usted dice ser fotógrafo profesional!

—¡Tanto si lo cree como no, es la pura verdad! —objetó la muchacha.

—La cámara estaba perfectamente preparada —dijo Doc—. Hubiera confundido incluso al más experto.

Monk miró al hombre de bronce.

—Me telefoneaste para que nos encontrásemos aquí, Doc. No tengo idea de lo que se trata.

Doc Savage no contestó tan pronto como parecía que iba a hacerlo.

—¿Presumes que alguien asesinó a esos veinte reos? —le preguntó Monk. Doc no contestó a esta pregunta.

La muchacha había estado mirando a Habeas Corpus.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué? —gruñó Monk.

La muchacha señaló a Habeas.

—¡No puedo figurarme qué clase de animal es ése!

Monk le dirigió su inquisitiva mirada y dijo:

—Tanto Habeas como yo estamos acostumbrados a estas chifladuras.

—¿Cobró usted los cincuenta dólares? —le preguntó Doc.

—La mitad. El resto lo debía tener más tarde.

Monk aclaró:

—Por fin hay algo ya. ¿Dónde debía usted recibir la otra mitad?

—En el hotel de Igor de Faust —respondió la muchacha.

—¿Quién es ese Igor de Faust?

—El que me comprometió para este trabajo —dijo atinadamente —. Al menos, éste dijo que era su nombre.

—¿Tiene usted su dirección?

—El hotel de los Bellos Artistas.

Doc Savage dijo:

—Vamos.

Montaron en el coche que Monk había dejado en el lugar. El sedan era uno de los coches más veloces, de especial construcción, atendido por Doc Savage, el cual conducía.

Monk miró hacia atrás y dijo sin darle importancia:

—Veo acercarse como una nube de polvo. Debe ser otro coche.

Doc puso el coche en movimiento. El motor no hacía apenas ruido, además que el lastre y excelente suspensión, hacían que funcionara fácil y levemente.

—¿Puede usted decirnos su nombre —pidió Doc a la muchacha.

Esta contestó sin inmutarse: —Syrmanthe Yell.

Monk, que estaba vigilando el camino, hacia atrás, rióse de buena gana al oír el nombre.

El coche torció por una esquina y arrancó en dirección a la ciudad.

—Si es lo mismo, preferiría que me llamaran ustedes Sandy —dijo la muchacha—. Sandy Yell.

—Para mí, se llamará usted Syrmanthe —le dijo Monk.

El químico seguía vigilando la retaguardia. Señaló con su velloso pulgar gritando:

—¡Nos siguen, Doc! —Doc Savage miró hacia atrás. Un coupé pequeño y oscuro, semejante a un veloz sabueso seguía sus huellas. El hombre de bronce aumentó la velocidad.

El sedan se balanceaba a pesar de su suspensión y excelente equilibrio, alcanzando los desmontes del camino, y parecía como si volara por el aire buscando más velocidad todavía. Monk estiró el cuello para ver en qué cifra se mantenía el contador de velocidades.

—No creo que haya nada que pueda ir más aprisa —chilló.

Doc Savage asintió.

—Aquel coupé nos sigue. Pararemos para ver qué es lo que quiere.

Al llegar a un cerro, el hombre de bronce frenó. Los neumáticos chirriaron y el coche, al parar bruscamente, obligó a cabecear a los que iban en él.

Monk hundió su mano en el bolsillo y extrajo un arma parecida a una pistola automática de alcance. Era una pistola de excelente clase, perfeccionada por Doc Savage, que tiraba a una distancia enorme.

Estaba cargada con el tipo de proyectiles, comúnmente conocidos por "balas de misericordia", cuya carga producía el desvanecimiento por medio de un compuesto de drogas contenidas en una cápsula inofensiva.

El coupé vino hacia el desmonte y frenó patinando. AL acercarse al otro coche paró definitivamente. El individuo que salió de él, tenía amplias espaldas y delgada cintura.

Su rostro era grande, la boca enorme como la de un orador y la frente ancha.

Su porte, sin embargo, constituía algo que no se olvidaba fácilmente. Su atavío matinal era impecable, tanto en corrección como en nitidez. Las rayas de sus pantalones podían cortar un papel. Llevaba un bastón negro que manejaba hábilmente, acabando de dar la impresión de su sencillez y riqueza.

—¡Ham! —gruñó Monk—. Ahí está el mejor picapleitos, el que amenaza la seguridad de la constitución americana. ¿Qué te pasa para perseguirnos así?

—Tú, Monk, monstruo de la naturaleza —dijo Ham como horrorizándose—. ¿Qué es lo que he hecho para que huyas de mí?

Los dos se miraron ferozmente como si fueran a luchar hasta la muerte.

Monk y Ham eran buenos aunque extraños amigos. Ham era el brigadier general Theodore Marley Brooks, uno de los más astutos abogados que la universidad de Harward había formado, además, de uno de los cinco ayudantes de Doc.

Doc le preguntó:

—Ham, ¿cómo se te ocurrió venir hasta aquí?

Monk respondió:

—Le dejé un aviso, Doc, diciéndole que necesitabas que yo me reuniera contigo en las afueras y que algo podía suceder.

—¿Sucede algo? —preguntó Ham.

—No lo sé —dijo Monk—. Vamos a un lugar llamado el hotel de los Bellos Artistas para interrogar a un sujeto llamado Igor de Faust, y saber por qué quería asesinar a Doc.

CAPÍTULO VI

PETROLEO EN MÉJICO

EL hotel de los Bellos Artistas parecía a cierta distancia como si estuviera en una hondonada. Al examinarlo más cerca, mostraba una limpieza inesperada de su parte delantera y la pulcritud del conserje, en su uniforme. En cuanto a su vecindad no había nada que señalar.

Monk y Ham, cuando avistaron el hotel, estaban disputando. Siempre disputaban. Ham había estacionado ya su coupé e iba a entrar en el sedan.

—Voy a desmontarte para ver si bajo ese vello queda algo parecido a un hombre —declaró Ham.

—¡Siempre metiéndote conmigo! —rechinó Monk en forma indignada.

—¡No me ocupo absolutamente de ti! —dijo Ham—. Pero no me negarás que mi macaco Química es más guapo que tú.

Química, causa de la verbal refriega, se destacó del suelo del sedan y dirigió una mirada hacia Habeas, el cerdito. Química era probablemente un mono, aunque se hubiera necesitado espacio para tal argumento.

Excepto en tamaño, era casi el sosías del desgarbado químico Monk. Química era el niño mimado de Ham, adquirido no hacía mucho. La rubia muchacha Sandy Yell se dirigió a Doc Savage, que conducía, diciéndole nerviosamente:

—Esta discusión altera mis nervios.

—Ya se acostumbrará usted —le sugirió el hombre de bronce.

—Pero pueden matarse mutuamente.

—No han llegado todavía a ello y hace años que están así —dijo Doc.

Paró el sedan enfrente del hotel de los Bellos Artistas y entraron en él. Un esmerado empleado les dijo que Igor de Faust ocupaba un departamento en el noveno piso.

—Pero temo que no encuentren en él al señor de Faust —añadió.

—¿No?

—Me dijo le reservara un billete de avión para Méjico —explicó el empleado—. Hace poco salió con su equipaje, retirando este billete.

—Daremos un vistazo a su departamento —dijo Doc.

—Bien, aunque no sé para qué...

Doc le enseñó una autorización como inspector de la brigada policíaca. Era un nombramiento que Doc poseía desde tiempo atrás con todos los efectos legales, aunque fuera honorario. Persuadió al empleado que no había inconveniente para subir.

Igor de Faust parecía ser un caballero de gustos corrientes. Habían varias prendas y trajes en las alacenas. Doc Savage se acercó a la muchacha, preguntándole:

—¿Qué tipo tenía ese de Faust?

—Tenía el pelo amarillento —dijo la muchacha.

Más tarde, Doc preguntó también al empleado del hotel qué apariencia tenía de Faust.

—Tenía el pelo amarillo —declaró éste.

De Faust era un hombre delgado, de regular altura, a juzgar por sus trajes. Doc Savage, escudriñando todos los rincones, descubrió un papel plegado, emergiendo de debajo de un diván.

Era un cablegrama. Se había expedido en Méjico el día anterior. Estaba dirigido a Igor de Faust, hotel de los Bellos Artistas, y decía así:

Verificada la propiedad petrolífera valorada millones. Hay un sujeto que aquí va tras ella intentando aproximarse Doc Savage para ayuda financiera. Es necesario apartes a Doc Savage, luego ven inmediatamente a Méjico.

El hecho de que el cablegrama no estuviera firmado, no era extraño, ya que estas misivas se envían a menudo sin ese detalle.

—Pienso —dijo Sandy Yell—, que esto lo aclara todo.

—Seguro —asintió Monk—. E hizo participar a usted en la combinación para librarse de Doc.

En el dormitorio hallaron una pequeña cantidad de

herramientas, como si hubieran sido usadas para montar un cañón de fusil, reduciéndolo para que cupiera en una cámara miniatura. Las herramientas estaban muy bien engrasadas y envueltas en un papel que las preservara de la humedad.

—Este Igor de Faust debe de haberse dirigido a Méjico —dijo el vivaracho Ham.

Bajaron las escaleras, dando por resultado que el examen del departamento no podía mostrarles nada más.

Doc preguntó al empleado:

—¿Qué línea de aviones pidió de Faust al encargar su billete?

—Las Líneas Aéreas Ammex.

Entonces se dirigió al teléfono, llamando al aeropuerto de la Ammex.

—Ordenes de la policía —dijo—. ¿Puede usted detener al avión para Méjico, o bien ha salido ya?

—El autobús que lleva a los viajeros está ya a toda velocidad camino del aeropuerto —contestó el empleado a través del hilo,— y no podemos detenerlo a menos que se trate de algo oficial.

—Es oficial, muy oficial —dijo Doc.

Se dirigieron a toda prisa por entre el tráfico de la capital, hacia el aeropuerto de la Línea Ammex, que se hallaba en Long Island, al sur de la playa. El sedan de Doc llevaba una sirena de tono fuerte y alto que les ayudó a atravesar ese tráfico.

El excelente conocimiento que de la capital tenía el hombre de bronce, se manifestó por el modo de acortar el camino. Un asistente corrió hacia ellos una vez en el aeropuerto. Al minuto de conversar, se vió que era el que les había hablado por teléfono y sabía a qué atenerse.

—¿A quién necesitan ustedes detener entre los viajeros del avión que sale para Méjico? —pidió.

—A un hombre que se llama Igor de Faust —contestó Doc Savage.

El asistente dijo como maldiciendo:

—¿Por qué no dijeron esto por teléfono? Este es el segundo avión para Méjico. De Faust era un pasajero del primer avión y salió hace una hora.

La rubia Sandy Yell se balanceó sobre sus tacones, murmurando:

—Toda esta persecución no ha servido para nada.

El vivaracho de Ham la miró ceñudamente.

—¡Doc! —gruñó—. Podemos obtener la ruta de ese avión y radiar al piloto que retenga a ese de Faust, hasta el primer punto de aterrizaje.

—Sí. Podríamos radiar al piloto para que detenga a de Faust en el avión, bajo orden de arresto —especificó Monk.

—¡No digas tonterías! —regañó Ham—. No quisiéramos causar ninguna alarma en un avión de pasajeros.

Sandy Yell dijo irónicamente:

—Mientras ustedes, señores, se quedan discutiendo, voy a ver si hallo un asomo de desayuno, que todavía no he tomado.

Se volvió y fue hacia el comedor del aeropuerto. Era un edificio cuadrado, situado en una parcela de terreno, absolutamente carente de vegetación. Era un edificio que podían vigilar muy atentamente Doc y sus ayudantes, por lo que permitieron marcharse a la muchacha.

—Salchichas del país, dos huevos, tostadas con manteca y un teléfono —dijo Sandy Yell a la camarera del comedor.

—¿Qué prefiere antes?

—El teléfono.

La camarera señaló hacia un rincón. —Allí está.

Sandy Yell notó que el teléfono no era visible a través de las ventanas delante de las cuales permanecían Doc Savage y sus dos ayudantes. Marcó un número.

La voz que contestó era muy rara. Había algo anormal en ella. Las palabras se emitían despacio y con el máximo cuidado; incluso era difícil comprenderlas.

—¡Tú, loco demonio! —dijo Sandy Yell roncamente.

—Obras como si estuvieras bajo las sospechas de Doc Savage, según parece —dijo la extraña voz.

—El matar a ese celador de la cárcel no fue casualidad, como dijistes —dijo Sandy Yell ceñudamente—. Ahora me entero de eso.

Algo parecido a una risa contenida vino del otro lado del teléfono.

—Se ha hecho público que una chica rubia tiró contra Doc Savage con un fusil oculto en una cámara fotográfica y después huyó…

—¡Condenado! —chilló la joven rubia—. ¿Cómo me hiciste caer

en la trampa de este crimen?

La risa contenida llegó otra vez a través del teléfono: —Era necesario.

Sandy Yell dijo roncamente:

—Si hubiera asesinado a Doc Savage, me hubieran colgado.

—¿Crees tú que hubiera corrido este riesgo, con una ayudante tan valiosa e inteligente como tú? —preguntó aquella voz en tono irónico—. Doc Savage lleva siempre el chaleco acorazado y sabía que no hubiera sido herido.

La muchacha profirió:

—¿De verdad? No es necesario que insistas en ello.

—¿No piensas, por casualidad, que has de recibir mis instrucciones?

La respuesta de la muchacha fue lenta.

—No —dijo—. No me engañaría a mí misma.

La voz imperceptible adoptó un tono más aplacado al preguntar:

—¿Va Doc Savage hacia Méjico?

—Parece que sí. Va en pos de ese Igor de Faust, el cual…

—…, es un agente preparado para, representar la personalidad del verdadero Igor de Faust —dijo la voz por el teléfono—. Nada sabe de la importancia nacional de este asunto.

—¿Quieres decirme —suplicó Sandy Yell—, qué es lo que hay detrás de todo esto?

—Hay un viejo proverbio que dice que ningún veneno es tan mortífero como el saber algo sobre un error. Y el extraño interlocutor colgó el auricular.

El individuo de la extraña voz retiró una mano de sus labios una vez terminada su conversación con Sandy Yell. Esa mano puesta sobre la boca era lo que había desfigurado de tal forma la voz.

Para conseguir hablar coherentemente por entre las ventanas de la nariz, debió haber practicado mucho tiempo articulando palabras de este modo.

Efectivamente, el timbre natural de la voz era irreconocible.

El cuarto estaba oscuro. Se respiraba una especie de humedad dentro, como si fuera el interior de un recipiente que hubiera estado sin descorchar desde hacía mucho tiempo. El ocupante del cuarto abrió una puerta y un tenue hilo de luz entró a través de ella.

Aquel individuo ostentaba una joroba y caminaba encorvado. El

vestido había sido cuidadosamente escogido para que realzase el tipo desgarbado del que lo que llevaba.

El rostro era particularmente llamativo. Estaba colmado de arrugas, demasiado rojizo y de aspecto saludable, y el pelo canoso colgaba de la frente, ocultando las orejas, si éstas existían.

Este monstruo, único en su clase, se arrastró hasta un cuarto adyacente, que estaba iluminado por una sola y diminuta lamparilla eléctrica. El cuarto era grande, tenía el suelo de hormigón, paredes de cemento y carecía en absoluto de mobiliario.

En el suelo, en hilera, yacían veinte hombres; los reclusos que tan misteriosamente desaparecieran de la prisión del Estado. Parecían estar dormidos.

El jorobado rebuscó en el interior de su extraña vestimenta, con una mano metida en un guante de goma y extrajo un pequeño saco impermeable con un tapón especial El saquito parecía contener gruesas píldoras de color negruzco, semejantes a pequeños pedazos de carbón. Introdujo una de estas píldoras en la boca de cada uno de los dormidos. Diez minutos más tarde, todos los reclusos despertaron, mirando a su alrededor como aturdidos. Sus ojos se dirigieron hacia los muros de cemento. Se imaginaban hallarse de nuevo entre la prisión, y esto les enfurecía.

—¡Sabía que volveríamos a las celdas! —gruñó McGinnis.

—E incomunicados —añadió otro.

—No te pongas nervioso, McGinnis —dijo el jorobado, tranquilamente—. No estás en la cárcel. De hecho, te hallas en un lugar situado a cincuenta millas de la prisión y en un estado diferente.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo hemos llegado hasta aquí?

—Esto —dijo el jorobado—, es algo que espero será un misterio por mucho tiempo.

—¿Para qué estamos aquí? —volvió a preguntar el perplejo McGinnis.

—Estáis empezando un año de intensa lucha a mi favor, en pago de haberos liberado de la prisión.

Los atónitos reclusos estudiaron esta respuesta. Varios apoyaban la cabeza en sus manos, mientras pensaban. O tal vez esta postura era debido a la jaqueca.

—Esto quiere decir que nos sacaste de la prisión para

proporcionarnos una pandilla —dijo de nuevo McGinnis.

—Algo parecido.

—¿Y ahora supongo que vamos a saquear Bancos, asesinar y darte el producto del pillaje?

El repulsivo jorobado estaba silencioso, mientras se volvía despacio hacia el grupo completo de aquellos reos.

—¿Pensáis que quiero que saquéis para mí? —les preguntó.

La pregunta obtuvo varios asentimientos para indicar las opiniones.

—¡Estáis equivocados! —explotó el jorobado—. Os necesito para "barrer" las consecuencias de un gran error.

—Entonces, ¿qué diablos quiere de nosotros? —preguntó uno de los hombres, que tenía adquirida una triste reputación de experto en la preparación de venenos mortíferos.

—Vais a luchar contra la organización que os envió a presidio —gruñó el jorobado—. ¡Vamos a pulverizarla!

Un reo miró de cerca a aquel ser deforme y después balbuceó:

—¡Hombre o mujer, lo que seas, estás bien loco! ¡No puede ser de otro modo!

La reflexión acerca del estado mental del jorobado arrancó sólo una estridente carcajada de la extraña criatura.

—Debido a un ligero contratiempo, al extraeros de la prisión, hemos de estar unos días quietos —señaló el jorobado—. Como podéis recordar, fuimos vistos por uno de los celadores al entrar en el furgón. Yo maté a este sujeto (en un difícil momento, estoy de acuerdo en ello); al morir balbuceó el nombre de Doc Savage, no sé todavía por qué, pero, de todas formas, esto tuvo como consecuencia que Doc Savage entrara en escena.

Uno de los reos se alzó del suelo, donde había estado yaciendo. Estaba mucho más pálido que sus compañeros.

—¿Estamos entremetiéndonos con Doc Savage y hay, además, un asesinato consumado?

—Sí.

—¡No cuentes conmigo!

—He tomado mis medidas para disponer de Doc Savage el tiempo que sea necesario —dijo el jorobado—. Ha sido engañado, siguiendo una pista falsa hacia Méjico, y cuando se dé cuenta del engaño, tendremos nuestro plan tan adelantado, que incluso el

mismo Doc Savage no podrá impedirlo. De hecho, los esfuerzos de Doc Savage solamente se agregarán a su inquietud.

—No me importa ser el objeto de sus esfuerzos, frenesí u otra cosa —explotó uno de los hombres.

La recalcitrante actitud de aquel sujeto pareció ser contagiosa, porque los otros individuos empezaron a violentarse. Parecieron no parar mientes ni en ellos mismos, ni en su libertad y menos en el jorobado, considerándole bien mezquina cosa.

—Gracias, por habernos sacado de las rejas —dijo uno irónicamente—. Pero si piensas que vamos a abatir a Doc Savage, estás tan loco, como creemos que lo estás. ¡Y vamos a irnos!

El jorobado no hizo ningún esfuerzo para retirarse o extraer un arma. La desgarbada silueta aparecía lastimosamente empequeñecida ante aquella lamentable reunión de rostros patibularios.

—Soy un alquimista en cierto modo —dijo el jorobado—. O quizá haríais mejor en llamarme un brujo previsor.

—¡Tú lo que eres es un pajarraco! —gruñó una voz—. ¡No dices más que tonterías!

—Di a cada uno de vosotros, hace cinco minutos, una píldora negra —dijo el jorobado—. La píldora os hizo despertar de un sueño, que, de haber continuado otras dos horas, os hubiera causado la muerte.

Una mano enguantada de negro, extrajo y les mostró el saquito de las píldoras.

—Podéis hallar en él una de estas píldoras como muestra.

—Para qué —interrumpió alguien.

—Porque moriríais, si no ingerís estas píldoras de un modo regular —contestó calmosamente el jorobado—. Podéis creer en mi palabra o marcharos para averiguar si digo la verdad.

Los reclusos vacilaron; ya era algo en que pensar seriamente.

—¡Ya conozco este truco de antes! —resolló alguien al fin—. Es una fantasía.

—No se trata de una mentira. Nadie más que yo tiene la fórmula de estas píldoras. Y no creáis que podéis ir a un químico o farmacéutico para salir del paso. Ninguno de ellos tiene capacidad para auxiliaros.

Había decisión en la voz que intentaba dar un tono verídico a

aquellas palabras. Los reos se movieron como si se hallaran molestos.

—No obtuve ninguna ventaja al tomaros conmigo —dijo el nuevo patrón.

Jules R. McGinnis repuso tranquilamente:

—¿Crees realmente que tenemos una buena oportunidad de ir contra esa organización?

—Estoy seguro de ello —replicó el jorobado—. Tengo un plan que llega hasta las lindes de lo terrorífico.

—¿El dejar aquellos veinte hombres en la prisión, en nuestro lugar, formaba parte de este plan terrorífico?

—Desde luego.

—Pero habrá que hacer más para fustigar a esa organización.

—Tengo preparado algo más que eso. Muchísimo más.

—¿De verdad? —dijo McGinnis, escépticamente.

—Tengo —dijo el desgarbado ser—, un arma que es del efecto más inesperado y efectivo que se ha conocido.

McGinnis sacudió ligeramente la cabeza.

—Más que nunca creo que tu mentalidad está contrahecha como tu cuerpo. No puedes poseer un arma que fustigue así a esa organización.

EL jorobado adelantóse repentinamente y balbuceó algo, no pudiendo ser percibido este balbuceo mas que por McGinnis. Este reaccionó como si hubiera sido alcanzado en los ojos por un martillo invisible.

Pestañeó incrédulamente, friccionó su frente con el extremo de los dedos, aspiró aire en sus pulmones y lo expelió poco a poco.

—¡Esto es imposible! —masculló.

—Puedo asegurarte que es perfectamente posible —dijo el jorobado levemente—. ¿Qué piensas de ello, pues, como arma?

—¡Increíble!

—¿Cumplirá su cometido?

—¡Sin duda! —dijo McGinnis, mirando al jorobado—. ¿Pero quién eres exactamente?

—No creas que voy a decírtelo.

—¿Eres quizá uno de los perseguidos de la organización?

—En efecto, lo soy.

—¿Y no tienes ningún otro motivo?

—Ninguno.

—¡Dios mío! —masculló McGinnis—. ¡Eso me satisface! Con esa arma que tienes, podríais tener todo lo que has deseado en este mundo.

El jorobado rió. Desde luego, su risa no era ni mucho menos agradable.

CAPÍTULO VII

APARECE DE NUEVO LA CAJA DE MÚSICA

DOC Savage expresaba la misma opinión de un intelectual ante el misterio.

—El genio guiador, quienquiera que sea, puede pensar rápidamente —dijo el hombre de bronce—. El vulgo difícilmente creerá que he sido mezclado en la fuga de los veinte reos, cuando el celador asesinado murmuró mi nombre y todo se preparó para despistarnos en una falsa persecución tras de un imaginario campo petrolífero, aparentemente en Méjico.

Doc, Monk y Ham, no estaban en ruta hacia Méjico. Se hallaban en el sedan de Doc, rodando por las afueras de la ciudad. La rubia Sandy Yell estaba con ellos.

—Debería usted avergonzarse de sí misma —dijo Monk amonestando a la joven.

—Yo lo estoy —dijo Sandy Yell—, y a un punto que no podría usted apreciar.

—¡Querer engañarme así! —reprochóle Monk.

Sandy Yell suspiró profundamente.

—Lo que quisiera saber es cómo lograron saber cada palabra de la conversación telefónica con el jefe.

—Usted pidió un teléfono a la camarera del comedor del aeropuerto —díjole Monk—. Doc tenía puesto el ojo en usted, como era natural. Puede adivinar hasta un movimiento de sus labios. Usted quiso separarse de nosotros, por lo cual supuso que buscaba un teléfono.

—Esto no aclara cómo intervinieron mi conversación.

—Vamos por partes —dijo Monk pacientemente—. En este mismo coche, Doc lleva algunos de sus aparatos. Uno de ellos es un

concentrador que puede intervenir una conversación por teléfono. No precisa conectar el alambre, sino sólo conducir el coche cerca del circuito u onda telefónica y abrir el conmutador de nuestra radio. Nuestro interventor telefónico forma parte del radio receptor del coche. Óigale.

Monk abrió el conmutador y un enjambre de voces masculinas y femeninas emergieron del altavoz, debajo del guardabarros. Las voces eran demasiado numerosas y entremezcladas para comprenderse bien.

El feo químico señaló a un cable telefónico suspendido a lo largo de la calle que cruzaban.

—Las voces vienen de allí —dijo—. Hay una gran cantidad de hilos. Si quisiéramos interceptar alguno, no habría más que añadir un hilo a nuestro concentrador, trasladarlo entonces cerca de la onda telefónica y conseguiríamos este espionaje. ¿Comprende usted cómo se hace?

—Sí —contestó la joven.

Monk contemplaba su pálida belleza con admiración. Se veía claramente en la expresión del químico, que consideraba a Sandy Yell como el más atractivo modelo de feminidad que se había cruzado recientemente en su camino. Y Monk tenía algo de buen catador.

—Es usted una mujercita demasiado deliciosa para mezclarse en algo como esto —dijo Monk a la joven—. ¿No habría sido mejor confesárnoslo todo y ayudarnos a solucionar este misterio?

Sandy Yell preguntó con calma:

—¿Desde cuándo puede usted decir lo que contiene un paquete con sólo mirar la cubierta?

—Tiene razón —arguyó Ham vivamente.

—¿Quién le pidió su opinión? —le gritó la joven.

—¡Eh, tú, picapleitos! —gruñó Monk—. ¿Quién te dio vela en este entierro?

Doc Savage dijo:

—Llamaremos a la compañía telefónica, y así sabremos el lugar donde se halla el teléfono que ella marcó.

En la compañía de teléfono les informaron que el teléfono en cuestión se hallaba en el número seiscientos diecisiete de National Avenue, en Norwalk, Connecticut, y la dirección era una ironía del

destino: el manicomio del lugar.

—El juego se vuelve peligroso murmuró Monk.

El manicomio no era grande y no parecía tampoco que marchase muy prósperamente. Una discreta investigación permitió saber que no pertenecía a nadie, sino que era atendido a base de los donativos públicos. No había más que una línea telefónica en el lugar, que Doc localizó enseguida.

El hombre de bronce conectó ciertos instrumentos a la línea en cuestión.

Cuando terminó de ajustar los reóstatos y bobinas de resistencia, obtuvo lo que se llama un efecto de Wheastone, que medía adecuadamente la resistencia del hilo del teléfono.

Doc Savage dijo a Ham:

—Vete hasta un teléfono cualquiera y llama al manicomio, pidiendo por el intendente y cuando lo tengas al habla, cuelga.

Ham partió. Doc estaba interesado en escuchar esta conversación.

Una voz embozada y extraña contestó a la llamada y Ham pidió hablar con el intendente.

—Sólo un minuto de espera —dijo la extraña voz.

Hubo una pausa. Doc vigilaba los instrumentos que había preparado.

—Hello, bello —dijo una nueva voz—. Aquí el manicomio al habla.

Ham pidió nuevamente por el intendente. Este acudió y entonces colgó. Volvió hacia ellos.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Muy fácil —le dijo Doc—. El hilo está cortado. Alguien contesta y si la llamada es para el manicomio, entonces conectan con esa institución.

—¿Dónde queda exactamente cortado el circuito? —quiso saber Ham.

—Sin saber la resistencia normal y capacidad del circuito es en extremo difícil asegurarlo —dijo Doc—. Pero no tardaremos mucho en saberlo.

Efectivamente, no tardaron mucho. Sus pesquisas les llevaban a un decrépito edificio de ladrillos, que ostentaba esta leyenda en su parte delantera:

Destilerías Nacionales Asociadas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Monk, cuando hubieron escudriñado la vecindad sin notar nada sospechoso.

—¿Estás preparado a actuar? —preguntó Doc.

Monk hizo una mueca.

—¡No estoy esperando sino eso!

Sandy Yell intervino:

—¡Mejor sería que tuvieran cuidado! Están ustedes entremetiéndose en algo más serio de lo que se figuran.

—Dígalo todo acerca de esto —insinuó Monk—. Quizá nos asuste usted antes de lanzarnos a esta empresa.

—Allá ustedes —dijo en tono despreciativo—. Sigan adelante hasta que salgan desgreñados.

No se habían arriesgado a acercarse mucho a la destilería, que parecía como abandonada, con el fin de no llamar la atención. Doc guiaba el sedan en la calle que daba frente a la vieja construcción, llevando una velocidad de cerca de treinta millas por hora.

—¡Bajad! —ordenó Doc.

Monk y Ham se tendieron en el suelo del coche, arrastrando con ellos a Sandy Yell.

—Tengo otra idea —dijo Monk, extrayendo una cuerda con la que empezó a atar las muñecas de la muchacha. Esta luchó, mordiendo y clavando sus uñas por doquier, al tiempo que su llamativo cabello rubio se deslizaba hasta sus ojos. Murmuró algo, pero no despotricó ni les dirigió ningún insulto. Doc estrelló el sedan contra el edificio.

La puerta de la destilería era grande, sin duda destinada para permitir la entrada de los camiones tanques.

Y aunque era una puerta efectivamente sólida, nunca pudo pensarse que no fuera construida para resistir el choque con el sedan, el cual tenía un armazón casi tan pesado como las barreras de un ferrocarril y el conjunto de chapa acorazada tan gruesa como la que recubría a algunos tanques del ejército.

La puerta se arrancó de cuajo y el sedan penetró en la destilería. El fuerte encontronazo tiró abajo una columna y una parte del techo se desplomó llenando la estancia de polvo.

Ham había abierto las puertas del sedan, un instante antes del choque, para que no quedaran aprisionados. El y Doc se abrieron

paso entre el polvo, y Monk les siguió dejando la muchacha en el vestíbulo. Desde luego, podía libertarse por si misma, pero habría tardado algunos minutos.

Doc tenía un pequeño objeto dispuesto en sus manos cuando salió del sedan.

Lanzó este objeto lejos de sí, emergiendo una tenue llama que iluminó con una luz blanca y brillante los oscuros ámbitos de la destilería. Sólo había un hombre en el cobertizo. Daba la impresión de que había querido huir, y la inesperada brillantez de la llama le cogió de sorpresa, y tal como Doc había supuesto.

Aquel sujeto tropezó con una de las defensas del tejado. Doc le atrapó.

Estaba un poco pálido y algo asustado. Llevaba un traje de mediana calidad, que no le sentaba muy bien. Doc lanzó al hombre hacia el lugar en que estaba Monk.

—Guárdalo bien —le dijo.

—¡Ajajá! —exclamó Monk, recogiendo al cautivo con un manotazo de oso.

La muchacha, alzando el cuello, vió al prisionero, pero ninguno de ellos lo notó, ya que estaban demasiado febriles; después cerró los ojos y pareció como si fuera a desmayarse.

Doc siguió adelante, descubriendo una amplia escalera que conducía hacia abajo, a las bodegas, y que bajó asimismo.

En el instante en que Doc desapareció, Monk dijo al cautivo:

—Si piensas que he venido por aquí para dar vueltas, recogerte y malbaratarme en esta partida, será mejor que cambies de propósito.

Monk lo dejó sin sentido al descargarle un puñetazo en la quijada que lo derribó. Después corrió en pos de Doc.

Al alcanzar la escalera, Monk saltó hacia abajo, para volver violentamente arriba impulsado por Doc. Ambos pudieron zafarse a tiempo de dejar pasar una ráfaga de disparos dirigidos hacia ellos.

Ham, que había torcido hacia la izquierda para estar seguro de que no había enemigos espiando en la retaguardia del cobertizo, subió. Notó varias aberturas producidas en el tejado por los impactos, con acompañamiento de mucho ruido.

—Parece como si estuvieran en el sótano —dijo,— con lo que los periódicos denominan una ametralladora Tommy.

Doc no contestó. Introdujo un dedo en uno de los varios bolsillos del traje especial que llevaba y extrajo una de las pequeñas bombas, pero de gran fuerza explosiva, que usaba con frecuencia. Preparó la espoleta y lanzó la bomba hacia abajo, por los peldaños.

Hubo un estallido, un denso torbellino de polvo y pedazos de Hormigón. La bomba no había explotado al fondo, lo que presentaba como inverosímil el hecho de que el que había disparado hubiera muerto; pero la explosión debió estorbarles mucho a juzgar por sus juramentos.

—¡El próximo no llegará vivo! Gritó Doc —. Y para evitar grandes trastornos, sería mejor que salierais uno a uno, sin vuestras armas.

Los juramentos que partían de abajo cesaron y sólo se percibió una voz.

Esta era predominante y emitía instrucciones. Pareció que los hombres se decidían a salir. Entonces llegó hasta ellos un tintineo que semejaba al de una caja de música. Doc dijo astutamente:

—¡Monk! ¡Ham! Vigilad el exterior. ¡Debe haber un túnel desde la bodega!

Monk y Ham corrieron hacia la puerta y desaparecieron en la luz diurna del exterior, con las pistolas súper mecánicas dispuestas en sus manos. Esa parte de Norwalk no estaba muy poblada, a pesar de lo cual el ruido había llamado la atención. Varias personas se aproximaban de todas las direcciones.

Monk y Ham se ayudaron mutuamente a subir y se arrastraron por encima del tejado de la destilería para ver mejor. Sandy Yell avisó a Doc:

—Sus dos sabuesos están perdiendo el tiempo, escudriñando el exterior.

—¿Cree usted? —preguntó Doc secamente.

—Yo sé, camarada, cuando usted está en lo cierto y cuando no —le espetó Sandy Yell—. ¿Oye usted este ruido tintineante?

—¿De qué se trata? —le preguntó Doc.

—Poco más de lo que voy a decirle —contestó la joven—. Nunca podrá usted atrapar a la pandilla que va por abajo. ¡Por esta vez no podrá!

Transcurrieron algunos minutos. El tenue tintineo seguía, tal como si unos ratoncillos estuvieran saltando por las cuerdas de un

arpa. En el exterior, Monk aullaba:
—¡No veo ningún rastro de ese túnel!
Ham añadió:
—Dentro de cinco minutos vamos a tener más espectadores que en un circo.
Doc empezó a bajar los escalones. El polvo levantado por la bomba había cesado ya. La oscuridad era más densa a medida que avanzaba, obligándole a usar su linterna especial. Por todas partes había sólo ruinas. El misterioso eco musical tintineante cesó.
AL pie de los peldaños de la escalera, que había quedado maltrecha por la explosión, había un cuarto subterráneo de regular tamaño, pero con techo bajo. El polvo enrarecía el aire. Al otro extremo había una puerta bastante pesada y como forrada lateralmente, semejando ser de gruesa chapa de acero.
Algunos vinos que guardaba debían de tener gran valor, por lo que aquel cuarto debió ser, evidentemente, equipado para el máximo de seguridad. Una última prueba demostró que la puerta era muy sólida.
Volviendo hacia atrás, Doc lanzó una de sus bombas. Se guareció como pudo, pero la explosión logró derribarle. Levantándose de la posición en que estaba, vió cómo se combaba el tejado sin acabar de hundirse. La puerta metálica se había venido abajo.
Doc fue hacia ella, pero no penetró más. El cuarto interior no tenía grandes dimensiones; de hecho, era del tamaño de un dormitorio en un piso corriente de Nueva York.
El suelo, como el otro pavimentado de las bodegas, era de hormigón, el cual había sido cuidadosamente recubierto con un revestimiento de grueso cristal.
Sobre este cristal, y bajo un espesor de unas dos pulgadas, flotaba, un líquido de naturaleza indeterminada.
Doc extrajo un pañuelo de su bolsillo y, agachándose un poco, dejó que se empapara en el líquido. La parte sumergida del pañuelo se consumió casi instantáneamente.
No había rastro de persona alguna y tampoco se veía la salida de la pequeña cámara del subterráneo. De algún modo, los hombres habían desaparecido misteriosamente sin dejar rastro de su presencia anterior.

Doc examinó tranquilamente el cuarto, con sus ojos dorados. Casi en el mismo momento se produjo aquel peculiar murmullo suyo, demostrando esta vez como si se hallara confuso. Dejó el cuarto, volvió a subir la escalera, levantó al prisionero llevándolo hasta el sedan, al lado de la muchacha, empuñó el volante, probó la marcha del sedan y salió del edificio.

Monk y Ham saltaron del tejado y entraron en el sedan. En el exterior había una verdadera multitud curiosa. Doc divisó a un policía y se asomó para decirle:

—Tenga especial cuidado cuando examine esa bodega, y no ande por el líquido que está sobre el suelo.

—¡Aguarde un minuto! —gritó el policía—. ¿Qué ha sucedido aquí?

Sin contestar, Doc continuó guiando. El policía saltó al coche, se apoyó con una mano, poniendo la otra en el gatillo de su pistola. Sólo entonces reconoció a Doc Savage.

—¡Ah! —dijo, desprendiéndose del vehículo y dejándoles marchar.

El hombre de bronce enfiló hacia las carreteras donde apenas había tráfico.

Guió en silencio durante unos minutos.

—¿Qué ocurrió con esos hombres? —preguntó Monk repentinamente.

—Desaparecieron —explicó Doc.

Monk gruñó:

—Debían existir pasadizos secretos o algo parecido. ¿No nos habremos equivocado al no rodearlo todo, para cazarlos?

—No los hubiéramos hallado —dijo Doc.

La muchacha miró agudamente al hombre de bronce.

—¡Ahora es cuando empieza usted a comprenderlo todo! —murmuró.

Doc la examinó. Sus ojos dorados eran persuasivos y llenos de vitalidad.

—Lo que usted sabe podría ayudarnos mucho —dijo.

La muchacha humedeció sus labios. Había ido demasiado adelante con el trato de aquellos individuos, y su carácter se parecía más al de un hombre que a la acomodaticia feminidad. Pero su desenvoltura exterior no era más que una careta, un disimulo que se

venía abajo ahora y permitía apreciar el interior de un alma aterrorizada.

—¡No puedo traicionarles ahora! —dijo repentina y enérgicamente—. ¡No puedo!

Monk y Ham comprendieron que la muchacha estaba extraordinariamente sobresaltada.

—Ya conoce usted la fama de Doc Savage, ¿no es verdad? —dijo Monk.

Ella no contestó.

—Está usted en un aprieto —siguió diciendo el simiesco químico —, y se preocupa por un grupo de individuos cuya especialidad es el delito. Si alguien puede sacarla del apuro, somos nosotros.

La muchacha abrió los labios, dispuesta a hablar.

—Si al charlar te pones mal con el jorobado, vale más que te calles, chiquilla —dijo el otro prisionero, que, sin que se dieran cuenta, había recobrado el sentido.

—No te apures —dijo la muchacha ceñudamente—. ¡Iba a decirles que no puedo hablar!

CAPÍTULO VIII

SIGMUND HOPPEL

MONK agarró al prisionero por el cuello, como queriendo estrujarlo. El individuo procuró defenderse del ataque de Monk, acabando por golpear el suelo con sus puños.

—La nuez de su cuello se divierte cuando sube y baja contra la palma de mi mano —rió entre dientes Monk.

Cuando el rostro del hombre enrojeció y estaba a punto de no poder respirar, Monk le soltó. Doc condujo el sedan hasta un trozo de arbolado y paró. No se veía ninguna casa alrededor.

Ham, a una seña de Doc, cogió el brazo de la joven.

—Todo esto no será, probablemente, apropiado para que lo vea una mujer —dijo el avispado jurídico—. Y no deseará usted estar tantas noches despierta.

—Usted no sabe lo que realmente pienso —dijo Sandy Yell brutalmente. Pero siguió al vivaracho Ham al salir del coche.

Doc se acercó al prisionero. Aquel sujeto parecía como si no viese muy segura su existencia. Giró la vista hacia donde estaba Monk.

El simiesco químico no era una visión para inspirar alegría, ya que Monk, en aquel momento, escogió su más horrible aspecto. Monk, que interiormente tenía un alma pacífica, sabía sacar partido de esta terrorífica apariencia para inspirar temor en el corazón del enemigo.

—Jules R. McGinnis es tu nombre —dijo Doc,— y eres uno de los veinte fugitivos que desaparecieron de la cárcel.

—¡Estás equivocado! —gruñó aquel pálido sujeto.

—El funcionario de la prisión me facilitó las fotografías y datos —afirmó Doc.

El hombre enrojeció ligeramente; después suspiró como resignado.

—Muy bien —dijo—. ¿Y para qué?

Doc dijo:

—En un tiempo estuviste empleado en una compañía de seguros, cuyo presidente era un individuo llamado Sigmund Hoppel.

—Lo es todavía. Y eso ¿qué? —replicó aquél.

—Sigmund Hoppel era el nombre que dio el donante del órgano, que no estaba en el furgón del patio de la cárcel.

McGinnis hizo una mueca ligera, feroz después.

—¿No es curioso esto, ahora?

Doc preguntó:

—¿Cómo salisteis de la prisión?

—Entramos en un furgón —dijo el otro.

—Entonces ¿qué sucedió?

Aquel sujeto permaneció silencioso algún tiempo.

—Tanto si lo cree o no; quedamos todos dormidos en el furgón, siguiendo a ese jorobado, tan pronto como bebimos la substancia que llevaba en un frasco. Al despertar, estábamos en la bodega.

Monk, resollando, dijo: —¡Vaya qué cuento!

Doc preguntó:

—¿Y qué hay tras de este misterio?

—¿Se figura usted que se lo diría? —preguntó el hombre sarcásticamente.

—¡Ya lo creo! —intervino Monk—. Y ahora verás cómo.

Monk volvió a cogerle por el cuello, como si fuera a estrujárselo nuevamente. Los resultados fueron inmediatos, pues el individuo enrojeció vivamente y algunos espumarajos aparecieron en sus labios.

Los ojos se le salían de las órbitas y parecía como si estuviera a punto de morir. Se quedó enteramente rígido.

Monk se apresuró a soltar a McGinnis.

—¡Diablos! —barbotó el simiesco químico—. ¡No le apreté tanto como para dejarlo así!

Doc Savage volvió a examinar a aquel individuo. McGinnis parecía sufrir un dolor opresivo, un ataque demasiado fuerte para haber sido causado por la suave presión de las manos de Monk.

—¡Corramos con él al laboratorio! —dijo Doc.

Inmediatamente condujeron el coche hacia el centro de Nueva York, donde Doc tenía su oficina principal, que era como una parte de su instalación: un laboratorio tan completo que apenas podía igualársele ninguno de sus similares. El prisionero deliraba ahora.

No era el habla de un hombre sano, sino los espasmos de una mente inconsciente, y no todas las palabras eran inteligibles.

—La organización… yo no era culpable… la organización me envió a presidio. —murmuraba el hombre—. Jefe de contabilidad… no estaba seguro de lo que se trataba… tuvo una sospecha…

Por un momento guardó silencio.

—Fijaos bien en todo lo que dice —previno Doc—. Este hombre fue el jefe contador en la compañía donde estaba empleado. Fue acusado de desfalco y condenado.

McGinnis seguía con su espasmo:

—…sospechas… fueron a un hombre inocente… no sabía nada.

Tuvieron que inclinarse hacia adelante para percibir estas últimas palabras.

Ham no quitaba la vista de la joven, y Monk guiaba el coche.

—…Me delataron… nada sabía… aún… de lo que se trataba… —seguía McGinnis;— la organización… empezó a darse cuenta… por todo el país… inteligente condenado… nadie sospecha…

—Quisiera que fuera esto más definido, ¡canastos! —dijo Ham.

—Algo grande… veinte hombres… en una prisión… —murmuró McGinnis,— todos delatados… se dieron cuenta de lo que iba a suceder… no tenían pruebas… calma… la ley no podía intervenir…

De pronto, como McGinnis cesó en su murmuración.

—Monk dijo:

—Quisiera saber qué es lo que le duele.

McGinnis no volvió a hablar en su delirio hasta que se hallaron cerca de la oficina central de Doc, hacia el bajo Manhattan. Entonces sus palabras ejercieron un repentino efecto en Sandy Yell.

—Sigmund Hoppel en su casa de Washington… un hombre que se llama Max Landerstett —murmuró McGinnis.

La muchacha se tapó la boca con ambas manos, pero no pudo impedir que un grito se escapara de su garganta.

Media hora más tarde, Ham estaba todavía haciendo preguntas a Sandy Yell, esforzándose por hacerle declarar la causa de aquel grito.

—Vamos, vamos —insistía—. AL ocultarnos estos datos, sólo se hace más difícil su situación.

Si la muchacha había oído esta insinuación, sin duda no lo demostró. Era la actitud que había mantenido en todo momento. El nombre de Max Landerstett significaba mucho para ella, pero no quería manifestar la causa.

—¿Por qué no nos la quitamos de encima? —gruñó Monk—. Después de todo, sus razones para mantener tanto secreto pueden ser abrumadoramente favorables para ella.

—¡Quita esa caraza de en medio! —le chilló Ham.

—Pero ella quizá se halla en tal situación que no puede hablar sin poner en peligro su vida o la de alguien más.

Ham pareció indignarse en extremo. Tiró de su aparentemente inofensivo bastón negro, excepto en el mango, con lo que se puso en claro que era un bastón —espada con una delgada y sutil hoja, bañada en su extremo con una substancia viscosa.

La materia adhesiva de la punta era un narcótico que, al ser inoculado por un pinchazo del bastón, producía una especie de inconsciencia casi instantánea y que podía durar bastante.

—Tú —acusó Ham al desgarbado Monk—, estás acabando de descubrirte y probando mostrar a esta bella joven la clase de individuo que eres.

Esta alusión parecía ser verdad, a juzgar por la indignada explosión de Monk.

—¡Tú, picapleitos a la última moda! —aulló—. ¡Tú y tu bocaza! ¡Pienso que voy a tirar de esa larga y acerada lengua y atar un nudo en su extremo!

—¡Vamos a verlo! —le desafió Ham, y acometió la empresa de contar la extensa y chocante lista de los simiescos antepasados de Monk, referencia que no era la más vituperable, ya que fue añadida a una sarta de palabras que no podrían hallarse en la más fina enciclopedia.

Se hallaban en el recibidor de la oficina de Doc, en el piso ochenta y seis de uno de los más impresionantes rascacielos de Gotham. La instalación estaba hecha a prueba de ruidos exteriores, por lo cual era improbable que su querella pudiera atraer curiosidad alguna, de modo que el vocerío apenas podía llegar al laboratorio donde Doc Savage se hallaba trabajando.

El hombre de bronce había extraído residuos sanguíneos de la espina dorsal del prisionero, además de un trozo de tejido, otros residuos del estómago y numerosos clisés de rayos X.

En aquel momento, Doc Savage se entretenía en quemar los pedacitos de tejido físico que había obtenido como consecuencia de haber inferido una ligera herida, y fotografiaba el humo del tejido consumido, por medio de un espectroscopio: un método analítico rapidísimo.

El laboratorio era una enorme habitación, que comprendía la mayor parte del piso ochenta y seis. El recibidor era pequeño, y la única habitación adyacente era la biblioteca, bastante amplia.

Doc se vió obligado a usar su más potente microscopio.

McGinnis, el prisionero que había sido capturado tan extrañamente, estaba sentado en una silla de metal. Se hallaba allí desde hacía largo rato, sin decir nada nuevo. Algo de su palidez había desaparecido, como si ya se sintiera mejor. Sus ojos, que habían permanecido cerrados, ahora se abrían, pareciendo normales.

Doc fue hacia él.

—Voy a dejarte marchar. ¿Puedes hallar a ese ser que te sacó de la prisión?

McGinnis vaciló.

—Sí —dijo finalmente—. Pero ¿porqué me libertáis? ¿Para seguir acaso mi ruta hacia el que me manda?

—No —respondió Doc—. No serás seguido, por la sencilla razón que ello causaría tu muerte.

—No te comprendo.

—Tú —le dijo Doc—, has sido inoculado con una dosis enorme de un microbio mortal, que necesita un antídoto que se toma regularmente con el fin de salvar la vida. La inoculación de este microbio podría hacerse sólo por una razón lógica, la de facultar a alguien un poder sobre ti. En otras palabras, vas a morir durante las próximas cinco horas aproximadamente, si no te inoculan con el otro microbio que frustre la muerte.

McGinnis tragó saliva.

—¡Así el jorobado no mentía!

Doc Savage no dijo nada, pero examinó intencionadamente a McGinnis.

—Estás en lo cierto al imaginar que alguien desea tiranizarme —dijo finalmente McGinnis.

—Es un sistema muy eficiente —dijo Doc—. Tal personaje lleva tu vida consigo bajo la forma de inyecciones hipodérmicas.

McGinnis cerró los ojos y pareció ensimismarse.

—Óyeme —dijo toscamente—, ¿puedes preparar estos microbios reactivos o como se llamen?

—No antes de que murieras —respondió Doc—. Los cultivos de estos microbios no pueden obtenerse sino a base de algunos días.

McGinnis pestañeó despacio.

—¿Me dejas marchar? ¿No vas a seguirme? ¿Por qué?

Doc dijo vacilando:

—Va contra nuestras opiniones disponer de la vida humana. Si te guardamos prisionero, morirás, y si como una consecuencia probamos a inocularte suero real en un esfuerzo para obligarte a hablar, probablemente morirías también, ya que estos sueros resultan algo fuertes para el cuerpo humano.

McGinnis se levantó como sacudido de la silla.

—¿Puedo irme ahora?

—Puedes marcharte.

—¿Y no me seguiréis?

—No —dijo Doc—. Por causa de que tu jefe podría saberlo y abandonarte a tu muerte.

McGinnis cruzó el laboratorio, la biblioteca y el recibidor donde Monk y Ham continuaban querellando, hasta llegar a la puerta de salida. Se detuvo allí, volvióse y escudriñó a Doc durante un momento.

—Ese jorobado dice que estamos trabajando para deshacer un gran error —dijo—. Pero no lo sé de cierto.

Doc estaba callado. Monk y Ham se miraron confusos así como la bella Syrmanthe Yell.

—El jorobado hace cosas bastante extrañas —dijo McGinnis—. Este asunto no puede ser perfecto.

Sus oyentes mantuvieron el silencio. McGinnis suspiró profundamente.

—Gracias por devolverme la libertad —dijo—. Y si veo que el jorobado no está en lo cierto, ya tendréis noticias de mí.

Monk se dirigió hacia la puerta, aullando, cuando McGinnis

salió.

—No debieras dejar escapar a ese fardo.

—¡Déjale marchar! —dijo Doc perspicazmente.

—Le seguiré. Voy a ver dónde va —chilló Monk.

—No —dijo Doc—. A pesar que deseo saberlo vivamente, no hemos de causar la muerte de este sujeto.

McGinnis, reapareciendo inesperadamente en la puerta, desde cuyo exterior había estado esperando y espiando, sonrió pérfidamente.

—Gracias —dijo—. Quería estar seguro de que no me engañabais. —Y se marchó nuevamente.

Monk borbotó:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Vamos a investigar acerca de Sigmund Hoppel —dijo Doc—, y alguien más que se llama Max Landerstett.

Sandy Yell mostró un rostro huraño cuando Doc le dirigió la mirada, pero en el fondo de sus ojos se leía una naciente admiración hacia el gigantesco hombre de bronce.

—Veo que la causa que le hizo dejar libre a McGinnis era sincera —dijo al fin, vacilante.

CAPÍTULO IX

LA CONFUSION

SIGMUND Hoppel no estaba en el listín de teléfonos de Nueva York.

—Washington D. C. dijo McGinnis en su delirio —adujo Doc. Una vez hallado este nombre en el listín correspondiente a Washington D. C. y sus suburbios, se elevaron en el velocísimo avión de Doc Savage, cubriendo un promedio de tiempo que habría sorprendido a cualquier viajero acostumbrado al excelente servicio de las líneas aéreas comerciales.

El avión de Doc era un trimotor aerodinámico, silencioso, podía aterrizar y amarar indistintamente y había sido concebido como un modelo de los adelantos aeronáuticos más expertos.

Doc amaró en el río Potomac, al Sur de Washington D. C. Cruzaron las blancas columnas majestuosas de Mount Vernon, las casas de los esclavos, los invernáculos, el panorama de los jardines y el promontorio de la tumba de George Washington, unos minutos antes que amarasen en el Potomac.

—Sigmund Hoppel vive en una finca al lado del Potomac y debajo de Mount Vernon, según dice el listín —dijo Doc.

Mientras se hallaban oscilando sobre el río, no demasiado cerca de la vecindad, sino dos millas más allá, desde donde el avión no pudiera ser objeto de atraer la atención, Ham miró ceñudamente en son de crítica a Syrmanthe Yell.

—¿No le soy muy simpática, no es verdad? —le preguntó la atrayente rubia.

—No simpatiza sino consigo mismo —dijo Monk sin ninguna cortesía.

Sandy Yell miró severamente a Monk.

—Creo que tiene toda la razón en sospechar.

Monk la miró, asombrado de que ella concediese tanta importancia al avispado y agudo Ham. Este disimuló una sonrisa de suficiencia, mirando el exterior por una de las ventanillas de avión.

Ham había practicado la psicología, para comprender mejor el carácter de Monk. El simiesco Monk era un sujeto tan poco agraciado, que las mujeres instintivamente habían de sentir una especie de lástima o algo parecido hacia él, procurando por consiguiente atenuar la impresión que les causaba, tratándole lo mejor posible.

Ham, por el contrario, era tan agraciado comparativamente, que el bello sexo, por instinto, se sentía atraído hacia él. Ham había decidido observar una decidida frialdad hacia la joven a la que ambos pretendían agradar, bajo la teoría que ella le creería un despreocupado absoluto en asuntos femeninos y de esta forma trataría de conquistarle. Tenía su experiencia en este sentido y creyó que esta práctica no fallaría. Todo parecía ayudarle.

Sigmund Hoppel vivía en una finca espaciosa allá abajo, en el río que habían avistado desde el aire. El cuidador de la estación de servicio les informó bien, después que hubieron el avión y desembarcado, decidiendo llegar a pie hasta la finca.

Cuando estaban a la vera de la misma, la bella Sandy Yell se detuvo e hizo esta extraña demanda:

—¿Llevan ustedes algún par de esposas?

—Si —le dijo Monk.

—Entonces, póngamelas.

—¿Qué?

—Pónganmelas, por favor.

Mientras que Monk y Ham permanecían mudos de asombro, Doc Savage dijo tranquilamente:

—Hacedlo.

Sigmund Hoppel pertenecía a la clase capitalista a juzgar por la impresionante presentación de su finca, situada en un terraplén arbolado del Potomac. La casa, que constaba de varios grupos de columnas, mostraba el viejo estilo de la construcción arquitectónica del Sur. Estaba construida según el estilo del Mount Vernon, excepto algunos extremos que habían sido modernizados aquí y allá.

Disponía de un pequeño campo de aterrizaje hacia la parte trasera, así como departamentos dispuestos para una media docena de coches y muchos camiones; más allá una piscina y hacia el Oeste del edificio un campo de golf de nueve agujeros y casi inmediatamente una instalación de varias pistas de tenis. El suelo enfrente de la casa descendía paulatinamente hacia un tinglado, al lado del muelle, a que estaba amarrado un yate crucero de cincuenta pies.

—Este lugar —dijo Monk—, debería estar en el cine.

Doc Savage se dirigió a la muchacha.

—Este Sigmund Hoppel, ¿es el mismo Hoppel que se mencionó varias veces de resultas de investigaciones sobre actividades de ciertas camarillas en Washington?

La muchacha vaciló, después asintió.

—Sí, es el mismo.

Monk dijo, extendiendo el brazo:

—Así, pues este lugar se destina a que algunos políticos estén de juergas, ¿eh?

Doc detuvo a los demás ordenándoles:

—Esperadme aquí.

Les dejó detrás de un grupo de arbustos, a pequeña distancia del borde de la finca y siguió hacia adelante. Dejaron de verle enseguida a cansa de la exuberancia de estos arbustos.

Una finca de estas condiciones requiere un buen número de jardineros para atenderla, pero no había ninguno por allí. No se agitaba ni una hojita, tanta era la calma. El único vestigio de vida era una fila de tubos de riego para el césped que estaban funcionando, percibiéndose su murmullo constante. La neblina del agua brillaba al sol y las bocas de riego silbaban como reptiles.

Doc gateó hacia adelante. Los tubos de riego estaban colocados casi uno al lado del otro y parecían instalados permanentemente, con un canal subterráneo. Buscando un lugar donde la rociada del riego era menor, Doc aceleró su camino hacia adelante, pero aun así no pudo evitar que quedara humedecido ligeramente de pies a cabeza.

Se aproximó a una ventana. Era su propósito reconocer bien el campo antes de hacer nada más, pero cuando estaba todavía a una docena de pies de la ventana más próxima, una voz fría e

inesperada le interpeló:

—Este césped está dispuesto con un sistema adecuado de avisador de escalamiento, consistente en varios hilos rodeados de un alternador de alta frecuencia, el cual, cuando su fuerza queda alterada por la introducción de un lastre como el suyo, obra sobre un dispositivo sensorial por medio de un amplificador que ha señalado la alarma casi en el momento que entró usted.

Doc permaneció totalmente inmóvil. Conocía el método en cuestión, aplicado a las alarmas por escalamiento. Sus ojos dorados giraron en busca del sujeto que le había dirigido tan vaga arenga.

Finalmente le vió. Era un hombre delgado, no muy alto, y tenía el aspecto de un atleta. Tenía cárdenas bolsas debajo de sus ojos y su cabello era abundantísimo. Su voz no mintió, anticipando que se trataba de un hombre joven.

Llevaba un revólver y permaneció detrás de la ventana a que estaba asomado.

Doc le examinó cuidadosamente, deduciendo que el revólver apuntaba hacia su pecho. Esto era preferible ya que llevaba su chaleco acorazado de malla de acero en el cual tenía absoluta confianza.

Con la máxima lentitud, para que el otro pudiera ver que no iba a hacer ningún movimiento rápido, Doc introdujo dos dedos en el interior de su americana y extrajo un pequeño objeto metálico. Dejó que el otro lo advirtiera y cuidadosamente lo levantó frente a él, como si fuera a lanzarlo.

El hombre de los ojos hinchados empezó a decir:

—Siempre se ha de agradecer el apreciar lo que podríamos llamar el sentido común de las personas...

Doc estrujó la esfera metálica y una nube de humo negruzco emergió de la misma. Este humo salía con tal densidad que más bien parecía un halo negro, ocultando a Doc completamente.

Doc saltó hacia un lado, girando hacia atrás. El joven sujeto no tiró, como si estuviera sorprendido. No hubiera conseguido nada con ello ya que la masa de pardo vapor había ocultado por entero a Doc.

Pero de diez hombres, por lo menos nueve, hubieran disparado sus armas.

Doc corría como el mejor. Parecía como si quisiera salir de la

finca. Se aproximó a la fila de los tubos de riego y allí se detuvo. Durante un buen rato permaneció allí, junto al saltarín rocío.

Entonces se apartó y sus ojos dorados se fijaron en la neblina que salía de los tubos de riego, que había cambiado de coloración. Esta era diferente, teniendo un aspecto parduzco y un acre y ofensivo olor.

Una substancia química había sido mezclada con el agua y de arriesgarse hasta el rocío que salía de aquellos tubos de riego, hubiera sin duda significado el quedar sin sentido, cuando no recibir la muerte, quedando ahora bien explicado por qué la casa había sido totalmente rodeada por la instalación de los mismos.

Un momento después, el joven de los ojos hinchados vino hacia la nube de humo, con su revólver preparado. Extendió una mano cuidadosamente, al mismo tiempo que vigilaba donde estaba Doc e introdujo un dedo en los restos de la nube de humo parduzco y pareciendo quedar aliviado al no sentir ningún efecto sobre él.

—Inofensiva —dijo—. No así la substancia que despiden los tubos de riego a la que si usted se hubiera arriesgado, puedo garantizarle que hubiera muerto instantáneamente.

—Este lugar parece estar completamente equipado contra cualquier ataque —respondió Doc sin mostrarse nervioso.

—Lo está, efectivamente, con estas magníficas medidas de defensa —sonrió abiertamente aquel sujeto. La sonrisa no llegó hasta las bolsas bajo sus ojos ni a la inquieta mirada. Observándole atentamente sus rasgos ofrecían un aspecto de dureza.

El joven miró a Doc Savage como si buscara en su memoria. Señaló hacia la casa con su revólver.

—Vaya hacia dentro —dijo—. Y al primer movimiento sospechoso, le tiraré precisamente entre los ojos o tan cerca de ellos como pueda. Tenga en cuenta que poseo una colección de medallas de excelente tirador a pistola, ganadas algunas de ellas no hace muchos años.

Entraron en una sala de recibo de estilo colonial, que contenía una o dos piezas de mobiliario verdaderamente antiguas, además de otras chucherías de la misma época.

El joven de los extensos argumentos, cogió un periódico de la mesa y miró la fotografía de Doc Savage en la página central, bajo el siguiente epígrafe:

DOC SAVAGE ESTA MEZCLADO EN EL MISTERIO DE LA PRISION.

Después dijo:

—Que usted sea Doc Savage, no me sorprende, ya que al leer este artículo supe que estaba usted mezclado en este asunto, que tan embrollado aparece a los ojos del vulgo. La personalidad acrecienta el interés del misterio. Misterio que, si tiene la esperanza de que yo se lo aclare con explicaciones, se equivoca, porque…

Doc renunció a esperar el final de aquella frase.

—¿Quién es usted? —demandó.

—Max Landerstett es mi nombre —dijo el joven hablador.

Doc Savage cambió la expresión de su semblante al aventurar:

—Entonces debe ser usted ése por quien se interesa tanto Sandy Yell.

El joven charlatán quedó inmóvil, sin habla. El débil aleteo de su nariz podía percibirse cuando respiraba.

—El hecho de que sepa usted algo de Sandy Yell —dijo—, me induce a la conclusión de que de algún modo ha tenido contacto con usted desde que fue tan lamentablemente engañada u obligada a asesinar a usted en la prisión, con la cámara fotográfica, procedimiento muy arriesgado para…

—Sandy Yell está esperando ahí fuera —interrumpióle Doc—. ¿Qué dice?

—Podrá oírle si gritara su nombre desde la ventana —siguió Doc —. Pero dos de mis hombres, Monk y Ham, están con ella.

—Tendremos que arreglar eso —dijo el joven de los ojos hinchados—, y en este caso es necesario que yo atrape a Sandy y especialmente a sus dos hombres, aunque en este momento, no se me ocurra cómo conseguirlo.

—Con su permiso, les llamaré para que entren —dijo Doc.

—¿Qué dice usted?

—Sin engaños —dijo Doc— voy a llamarles, les diré que todo está transcurriendo satisfactoriamente, aconsejándoles que entren.

EL joven respondió:

—¿Esto quiere decir que está decidido a que caigan prisioneros?

—Exacto.

—También significa que está bien seguro que podrá escapar cuando lo necesite, ¿no estoy en lo cierto?

—Efectivamente.

Aquel sujeto mostró una magnífica dentadura a través de una sonrisa poco atractiva.

—Cuando menos, es usted franco, pero voy a decirle de una vez que no aprecio la franqueza, aunque en otro tiempo la consideré como un rasgo de nobleza.

—¿Voy a llamarles? —preguntó Doc.

—Bien, hágalo.

Monk, Ham y Sandy aparecieron y empezaron a andar a través de las aceras al lado de la línea de tubos de riego.

—Voy a cerrar los tubos, por un momento —dijo el joven, yendo hacia lo que pareció ser una válvula radiadora y dándole un tirón, sin interrumpir su charloteo—, de forma que el rocío químico quede fuera de su camino y queden a salvo, a condición que sigan la vereda y sus zapatos no tengan ninguna abertura en la suela, lo que espero sea así, ya que sus ayudantes están acreditados como fuertes, particularmente Ham, el de impresionante atractivo… ¡Manos arriba!

El último aviso era para Monk, Ham y la muchacha, que habían llegado cerca de la casa. El ampuloso Max Landerstett permaneció en el dintel y enfáticamente les mostró su revólver. Después de estudiar por un momento la situación, decidieron entrar.

Sandy Yell miró intencionadamente al joven de las cárdenas bolsas debajo de los ojos.

—Max —dijo llanamente—, yo no les traje hasta aquí.

—Cállate —dijo Max—. Ya sé que no lo hiciste.

Monk y Ham miraron primero a Doc Savage y después el revólver que Max Landerstett sostenía.

—Vinimos aquí tras la pista de Sigmund Hoppel —aventuró Monk, probando si con aquella exposición se conseguía algo mejor.

El charlatán Max Landerstett les sonrió con una forzada sonrisa.

—Y también, según creo, para coger a Igor de Faust, ¿no es así?

—¿Qué? —masculló Monk—. Bien, nos agradaría verlo igualmente.

—Una ambición que puedo permitirles realicen —dijo Max Landerstett.

CAPÍTULO X

DOS HOMBRES ATÓNITOS

LOS recién apresados Doc, Monk y Ham, fueron desarmados después de quedar alineados contra una pared de forma que pudiera registrárseles sin posibilidad de defensa. La rubia Sandy Yell hizo el registro, mientras Max Landerstett permanecía detrás con su revólver. Sandy y el joven hablador actuaban de acuerdo entendiéndose únicamente por ademanes.

Cuando terminó de registrar a Ham, la joven intencionadamente le dio un violento puntapié.

—Esto —le dijo—, es por todo lo agradable que dijo usted de mí, ¡petimetre!

Ham bajó sus brazos, tanto para vengarse como para asir sus dolientes piernas.

—Nada de eso —chilló Max previniéndole—. Tenga cuidado, ya que no quisiera tener que tirar hacia usted.. Por otra parte, debe empezar a acostumbrarse a las excentridades de Sandy; si no las prueba ahora, lo hará más tarde.

—Si alguna vez mueres —dijo Sandy a su compañero—, será por un empacho de hablar. ¿Qué hacemos con estos hombres?

Max Landerstett movió su revólver, indicando que los prisioneros deberían trasladarse hacia otra parte del edificio. Lo hicieron así y cuando el grupo empezó a andar, Max le dijo a la muchacha:

—¿Hasta qué extremo te confiastes en ellos, mi dulce amor?

—No les dije absolutamente nada y no me llames así —dijo Sandy Yell—. Ya me conoces lo suficiente para saber que puedo guardar mi boca cerrada.

—Considérame bien reprendido —dijo Max con una mueca—.

¿Qué es lo que saben?

—Aunque Doc Savage tiene sus sospechas —contestó Sandy—, no creo que sepa lo que hay detrás de todo esto.

—Me siento endiabladamente satisfecho con ello.

La joven frunció el ceño a Max Landerstett.

—Si no oí mal, dijiste que tenías en tu poder a Hoppel y a de Faust —dijo.

—En efecto.

—¿No eres de esos a quienes les gusta atacar con rapidez un asunto?

—¿Quieres decir —dijo Landerstett—, que tengo el toro agarrado por la cola? Si esta es tu pregunta, mi respuesta es que tengo y he tenido empeño en hacerlo e incluso podría ir más lejos y atreverme a decirte que en apariencia he conseguido algo...

—Esto es ya demasiado —respondió Sandy Yell—. ¿Has conseguido algo o no? ¡Acaba de una vez tu charla!

—Tengo a Hoppel y a de Faust y nada o nadie más —dijo el joven hablador—. Podría decir que tengo a Doc Savage aquí y a dos de sus ayudantes, pero sospecho que el hombre de bronce puede escaparse o hacer alguna cosa contra mí que no puedo prever...

Sandy Yell miró a Monk y se encogió de hombros.

—El padre de Max era un acreditado charlatán y el hijo corresponde a la herencia.

Max Landerstett abrió una rendija en la puerta e introdujo por ella su pistola y dijo con voz ruda:

—Vosotros, muchachos, volveos con mucho cuidado. —Y después hacia Doc:— Quédese ahí dentro con sus dos sombras. Y maldito si veo la forma en que podáis escaparos, teniendo en cuenta que no tenéis armas y este cuarto es tan sólido que sospecho fue construido todo él para prisión, aunque los que la hicieron hace cuarenta o cincuenta años, no supieran que iban a necesitar un... —Y cerró la puerta tras Doc, Monk y Ham.

Monk miró a otros dos hombres que estaban ya en el cuarto.

—Señores de Hoppel y de Faust, sino me equivoco —dijo.

No podía haber confusión alguna en reconocer a Igor de Faust, siendo un hombre delgado, de peso corriente y pelo amarillento. Muy amarillento. Sus cejas eran casi amarillas, así como su barba, no más crecida que de un día, dándole la apariencia de un hombre

que sufriera de ictericia. Tenía los ojos totalmente azules.

—Ese agente —dijo Monk—, he representado magníficamente a de Faust. Un fantástico papel.

Igor de Faust les dirigió una severa mirada.

—¿Un agente caracterizado?

—Si, alguien que se caracterizó como usted y voló hacia Méjico, esperando atraer a Doc hacia una falsa pista que le apartara de todo esto.

De Faust pestañeó, balbuciendo:

—Méjico… pista… algo pasa aquí que…

—Sí —asintió Monk vagamente.

Monk miró al otro hombre y dijo:

—Creo que usted, Hoppel, se halla muy cómodamente aquí.

Sigmund Hoppel hizo una agradable mueca.

—Muchas gracias, aceptándolo como una gentileza si viene de usted, teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair.

Hizo la pronunciación del título militar muy apropiada.

—Sí —dijo Monk de nuevo con vaguedad—. Bien, muy bien, ¿así qué me conoce usted ya?

—Su retrato ha salido en la prensa —dijo Hoppel—, y me acuerdo de él.

—No podría desde luego olvidarlo —dijo Ham secamente.

Sigmund Hoppel les mostró una mueca como de un perrazo que se hallara ante otros congéneres. Era un hombrón de los pies a la cabeza. Su cara, la boca, sus ojos y su sonrisa, todo era grande. El diamante que ostentaba en el meñique de la mano izquierda era asimismo grueso.

Estaba sudando y esto proporcionaba a su piel un aspecto grasiento, lo que añadido al hecho de hallarse en la oscuridad, le daba un aspecto como si partículas de polvillo de carbón y grasa hubieran alcanzado su rostro.

Tanto Hoppel como de Faust coincidieron en mirar a Doc Savage.

—¡Oooooh! ¡Oooooh! —dijo Hoppel—. Yo sentirme mucho aliviado de que Doc Savage entre en este jueguecito.

Ham hizo una mueca e iba a empezar, según manifestaban sus ojos, a protestar en vista del modo que Hoppel desbarataba el idioma. Monk, con calma, dio con el pie a Ham, lo que resultó un

expresivo puntapié en sus tobillos.

Doc Savage preguntó, puestos sus ojos dorados sobre Hoppel y de Faust:

—¿Qué es lo que sucede exactamente aquí?

Hoppel empezó a hablar atolondradamente, atragantándose con su inglés y tartamudeando.

—¿Por favor, quizá podría usted decirnos algo? —preguntó seriamente al fin.

—Un agente… caracterizado… a Méjico —murmuró vagamente de Faust.

Ham, moviendo ambos pies para reponer sus dolientes tobillos, dijo a Hoppel y de Faust:

—¿Ustedes, señores, quieren decir que no saben por qué se hallan prisioneros en este cuarto?

—Como adivinador, es usted algo serio —dijo Hoppel—. Esa es la verdad.

—Esto es sorprendente —dijo Ham.

—No le sorprende a usted mucho más de la mitad de lo que nos sorprende a nosotros mismos —declaró el grueso Hoppel—. Hace dos semanas que estamos más que sorprendidos. ¿Cómo lo dicen ustedes? ¿Sorpresos? ¿Sorprendentes?

—Asombrados —les aclaró Monk, facilitándole el adjetivo.

—Gracias, señor —dijo Hoppel.

Doc Savage preguntó:

—¿Han estado prisioneros durante dos semanas?

—Espere —dijo Hoppel—. Vamos a contarlo.

Fue hacia el marco de una ventana. Esta estaba cerrada con algo que parecía ser un postigo de acero y señaló hacia dicho marco, que tenía una fila de varias hendiduras marcadas profundamente. —Lo hice con la hebilla de mi cinturón— explicó —. Una hendidura cada vez que nos entraban comida. Déjeme ver. Trece hendiduras. No se puede decir que no tengamos una suerte endiablada, ¿no es verdad?

—¿Trece comidas, pero para cuatro días? —demandó Monk.

—Trece días, si contamos que nos enviaban una sopa una vez al día.

Monk abrió y cerró su gruesa boca, ya que el léxico de Hoppel le quitaba el sentido. Aquel sujeto parecía reunir el conglomerado de la mayor parte de los errores que cometen los extranjeros, cuando

empiezan a aprender el inglés.

—Un agente... caracterizado... a Méjico —murmuró vagamente de Faust.

Monk gruñó:

—Óigame, de Faust, ¿es que está en babia?

—Si lo estoy, seré el menos sorprendido viendo todo lo que sucede —dijo con calma de Faust, muy atinadamente.

Se oyó rechinar la puerta cerrada. El entrepaño se abrió, asomando la cabeza de Max Landerstett, el cual entró con un fusil.

—He estado escuchando con el mayor interés y estoy sorprendido —dijo—, al oír esta rara fábula tan fantástica de haber sido retenidos como prisioneros durante una quincena estos dos caballeros que se llaman Hoppel y de Faust. Aunque éstos no me hayan merecido nunca mucho crédito, lo cual es probablemente anexo a su condición. Bueno, yo voy...

—A sacar a Doc Savage de allá —interrumpió Sandy Yell detrás de Landerstett.

—Sí —dijo Landerstett—. Doc, salga.

Doc salió. Cerraron y corrieron el cerrojo de la puerta, dejando a los otros prisioneros.

Los ojos de Max Landerstett eran claros sobre sus cárdenas bolsas, e hizo un gesto perceptible para llamar la atención hacia el fusil que ostentaban sus manos.

—No olvide lo que le dije acerca de las medallas de buen tirador, ya que puedo asegurarle que ese premio no fue exagerado de ningún modo, sino algo muy merecido...

—Max —dijo la muchacha,— proseguiremos tu conversación cuando hayas terminado.

—Así lo espero, porque me encanta hablar —sonrió burlonamente Max.

—Doc, va usted a bajar por ese pasillo. Puedo llamarle Doc a secas, desde que estamos en un plan de llegar a buenos compadres.

Doc no dijo nada. El corredor estaba artesonado en un color rojo cereza, de un tono natural que demostraba buen gusto. Una alfombra cubría sólo una parte del suelo. AL trasponer una puerta se hallaron en una amplia habitación con el techo tan alto que parecía perderse de vista. Un gran espacio del pavimento de madera estaba encerado tersamente y en el centro había una mesa de caoba

y varias sillas del mismo tipo con brillantes asientos de cuero rojo.

—Instálese donde guste —invitó Sandy Yell.

Max Landerstett movió ampliamente un brazo para llamar la atención de las grandes dimensiones de la habitación y continuó:

—Fíjese en las gigantescas proporciones de nuestro cubil, lo cual me facilitaría comparativamente tirarle uno o quizá más balazos, si decidiera escapar, aunque, por supuesto, no lo hará...

—Chist —interrumpió Sandy Yell. Y mirando a Doc Savage:— Le hemos traído aquí para hacerle algunas preguntas.

Doc la vigilaba, aunque aparentaba no concederle gran importancia.

—Queremos conocer todo lo que sabe —dijo la joven.

—¿Lo que sé —preguntó Doc—, o dar conclusiones que he obtenido?

—Esto, precisamente —dijo la muchacha—. ¿Qué conclusiones ha obtenido?

—No le gustarían —dijo el hombre de bronce, secamente.

—Cree que no me gustarían ¿eh? —exclamó la muchacha.

El eco de una gran explosión llenó los ámbitos de la casa. Empezó con el estrépito del estallido y después el tumulto de ruinas que se desploman, lo que permitió percibir el firme campanilleo de un timbre de alarma.

—No me gusta esto —exclamó Max Landerstett.

El timbre de alarma sonaba monótonamente, con uniforme estrépito, como si no sucediera algo más. Junto con este tintineo llegó a sus oídos un ruido como el que harían varios hombres corriendo y gritando. Estos ecos no parecían muy agudos.

—¿Qué diablos ha sucedido?, Es la pregunta que necesito se me conteste, si alguien tiene preparada una respuesta —dijo Max Landerstett—. EL asunto me deslumbra enormemente y... —pasó rápidamente el fusil a la muchacha—, si quieres hacerte cargo de esta arma, mi bella colega rubia...

Corrió hacia la puerta.

—Lo mejor será que sepa qué diablos ha sucedido —dijo desapareciendo por esa puerta. La muchacha miró hacia allá, moviendo sus labios. Su momentánea distracción fue fatal, ya que facilitó a Doc Savage la oportunidad de saltar sobre ella silenciosamente, clavando una fuerte mano de bronce sobre el fusil

y consiguiendo apoderarse tan prestamente de él como si la muchacha se lo hubiera entregado.

EL suelo estaba demasiado pulimentado para tales habilidades gimnásticas y Doc perdió el equilibrio, arrastrando con él a la muchacha.

Esta era muy ágil. Casi hundió sus dedos en sus ojos, pero él se apartó lo suficiente y sus uñas manicuradas —las llevaba manicuradas hasta el extremo, según la moda— hirieron un poco su piel de bronce.

Doc puso una mano contra su espalda, empujándola y haciéndole girar por el lustrado pavimento, granándola en un esfuerzo para inmovilizarla y obligándole a no lanzar más gritos.

—Ya dije a ese Max que no me dejara sola para vigilarle —dijo ella hablando a borbotones.

Doc se levantó del suelo y la dejó, confiando en que Sandy no llevaría otras armas, ya que su ajustado vestido no podía disimularlas. El suelo era tan resbaladizo que el hombre de bronce dejó que sus pies se deslizaran sobre él como si patinara sobre hielo.

La muchacha gritó advirtiéndole, cuando había recorrido de este modo más de la mitad del espacio de la habitación.

—¡Atención! ¡Mire detrás de usted! —chilló.

Esta advertencia fue algo espontánea. Ello demostraba que el carácter de la muchacha no era malo, que estaba mezclada en todo aquello por alguna inducción, y que no aprobaba la violencia. Pero la advertencia no fue necesaria ya que Doc había oído abrirse la puerta.

Dio un salto, tirándose deliberadamente al suelo, por el que se deslizó gracias al impulso recibido. Al girar su cabeza pudo darse cuenta de la situación.

La puerta que había oído abrirse estaba al otro lado de la habitación.

Parados en su umbral permanecían dos hombres, armados con fusiles ametralladoras. Pertenecían al grupo de los veinte que habían sido recluidos en las celdas en lugar de los fugitivos que tan misteriosamente habían desaparecido de la prisión del Estado. Doc los reconoció por las fotografías obtenidas, antes que hubieran escapado del departamento del director de la cárcel por una ventana.

Sus fusiles empezaron a escupir fuego, con un ruido infernal.

Doc Savage daba vueltas, tratando de escapar. Los agresores habían empezado el ataque con demasiada precipitación. Las balas se incrustaban en las paredes sin alcanzar a Doc.

Entonces la muchacha entró en acción, pretendiendo empujar la pesada mesa de caoba y hacerla llegar resbalando hacia los dos hombres de la puerta.

Pero tropezó y cayó. Uno de los hombres disparó contra ella, sin alcanzarla.

Doc Savage logró por fin huir de la habitación. Esta estaba alumbrada por una araña de la que pendían numerosas luces. El techo era muy elevado.

Sandy cogió una silla alcanzando con ella la araña. Afortunadamente se produjo un corto circuito que causó una lluvia de chispas azuladas que silbaron durante un momento y después se produjo una absoluta oscuridad. A favor de la misma, Doc Savage volvió a la amplia habitación. Las ventanas eran muy altas, cubiertas con unas cortinas. No hubiera estado más oscuro a medianoche.

—¡Maldita muchacha! —dijo uno de los hombres en la puerta—. ¡Hay que apresarla!

—Desde luego —dijo el otro—. Pero no la matemos. Me molestan los graznidos de las mujeres.

—¡Valiente cosa me importa! —gritó el primero, descargando tres balazos hacia el lugar donde se había refugiado la muchacha—. ¡Sal de ahí, si no quieres perder la piel!

El otro dijo roncamente:

—Hay mujeres que se defienden como locas.

Doc Savage salió de la oscuridad y cogiendo al primero de los dos hombres por el cuello, los dedos de bronce apretaron lentamente, ocasionando una fuerte presión.

El otro dejó oír un sonido gutural cayendo al suelo como un pesado fardo.

Doc Savage le soltó.

Había quedado sin sentido debido a la diestra presión sobre sus centros nerviosos. El otro hombre oyó el sordo grito de su compañero.

—¿Qué pasa para que hagas este ruido? —preguntó.

Pocos instantes después conoció por propia experiencia lo que había ocurrido. Luchó fieramente, perdiendo su fusil, tirándose por el suelo en su furor y quedando a poco en la misma inmovilidad que su compañero.

Entonces Doc dejó a este segundo intruso al lado del primero.

—Miss Yell —llamó Doc.

—¿Qué? —desafió la muchacha—. ¿Me toca ahora a mí?

—No —dijo Doc—. Quería hablar con usted.

—Lo siento —dijo secamente,— porque voy a desaparecer de su vista.

Y así lo hizo. Doc corrió a alcanzarla hacia la puerta de enfrente, pero ella, como más diestra, se escapó dándole con la puerta en las narices.

Era una puerta pesada. El hombre de bronce empuñó el tirador, haciendo tanta fuerza que se quedó con él en la mano. Púsose entonces a golpear la puerta furiosamente. Con un fuerte empujón, el entrepaño cedió al fin.

Por el hueco de éste introdujo la mano, consiguiendo apoderarse de la llave.

Cuando la puerta estuvo abierta pudo comprobar que la muchacha había desaparecido.

Parecía oírse a varios hombres corriendo por la casa. Se oyó un sordo disparo. Corrían ahora más rápidamente y algunos chillaban como endemoniados.

Monk se lamentaba en alta voz:

—¡Condenados canallas! —gritó—. ¡Todos son los mismos! Das a uno una oportunidad de escapar y te juega una mala pasada.

Un fusil disparó.

—¡Canastos! —exclamó Monk—. ¿No te das cuenta que pudiste matarme?

Una áspera voz preguntó:

—¿De veras no te alcancé?

—Casi por una pulgada.

—Probaré de apuntar mejor.

El fusil disparó nuevamente y Monk emitió un grito agudo, como el de un hombre que estuviera en la agonía. Después reinó el silencio.

Pero no duró mucho. Se oía un penoso jadear. Alguien cayó

luego al suelo.

—Erraste de nuevo el tiro —dijo Monk—. Te has dejado engañar fácilmente.

Sucediéronse otros disparos. Alguien corría al lado de Doc. Un hombre con el busto algo encorvado y las piernas arqueadas. El químico se acercó.

—¡Monk! —llamó Doc.

—¡Demonio! —exclamó Monk riendo entre dientes—. ¡Acabo de pasar un rato… ¡Pero ¿por qué está este cuarto tan oscuro? No es todavía de noche.

—Las ventanas están cubiertas con cortinas —dijo el hombre de bronce—. ¿Cómo lograste salir de tu encierro?

—Algún tonto abrió la puerta lo suficiente para que pudiera largarme —dijo Monk—. Lo tumbé y pude salir con Ham.

—¿Dónde está Ham?

—Le indiqué el camino a seguir, y lo hizo tan bien que siguió otro —explicó Monk—. Yo estoy aquí, pero no puedo decir dónde se halla él.

Se oyó un nuevo tiroteo y una bala perdida pasó silbando.

—¡Por aquí! —gritó Doc.

Corrieron de puntillas hacia una puerta. Penetraron en una habitación alumbrada por la luz del sol, que entraba a raudales por una ventana alta del lado opuesto.

Un hombre permanecía en el exterior de ésta, teniendo al nivel de la cintura un fusil ametrallador. Apenas vió a los dos hombres, abrió el fuego. Cayeron los cristales de la ventana, haciendo que Doc y Monk se separaran.

Doc cogió una silla, cruzando el cuarto hasta llegar al lado de la ventana, desde donde no podía mirarlo aquel individuo, mientras tiraba nerviosamente mortíferas ráfagas a través de la ventana. No se le ocurrió pensar que los balazos atravesaban el muro de la casa, cuya construcción no era extremadamente fuerte. Pronto había de darse cuenta de ello.

Doc tiró la silla hacía la ventana, procurando no ser visto. El individuo fue alcanzado de lleno por este improvisado proyectil. Cayó inmediatamente.

—¡Uno menos! —exclamó Monk con ruidosa alegría—. Dime, Doc, ¿qué es lo que ha sucedido aquí?

—Parece que los veinte hombres que se hallaron en las celdas de los verdaderos reclusos, han organizado una tertulia —respondió éste.

CAPÍTULO XI

DESFIGURANDO LAS PALABRAS

SE oía blasfemar bajo la ventana, allí donde había caído el individuo del fusil ametrallador Se oían las pisadas de otros compañeros que corrían a auxiliarle.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Monk.

—Procuremos, por de pronto, hallar mi chaleco especial, donde ese tipo de Landerstett lo haya dejado.

—Dondequiera que se halle ese sujeto, estoy seguro que sigue charlando —gruñó Monk mientras seguía al hombre de bronce.

Fue sorprendente que andaran por la casa sin ser vistos ni recibir ningún balazo, ya que los hombres que les habían agredido rondaban todavía por allí.

AL acercarse a una ventana divisaron, a través de ella, un negro agujero abierto en el suelo, al lado de una clara y blanca dependencia, que ahora ya no era sino algo en ruinas.

—¿Para qué abrirían ese agujero aquí? —preguntó Monk.

Doc señaló hacia los tubos de riego. Un líquido pardo estaba vertiéndose en el orificio.

—Volaron los tubos que llevaban el veneno hacia el dispositivo de riegos del prado —dijo.

—¡Ah! —Monk empezaba a comprender—. Han pasado antes por aquí, y sabían cómo estaba todo esto.

Doc no respondió. Ambos personajes entraron en el cuarto donde Max Landerstett había colocado los objetos propiedad de Doc Savage y sus dos ayudantes, cuando fueron registrados. El hombre de bronce se puso su chaleco de grandes bolsillos, que contenían sus objetos científicos.

—Voy a seguir las huellas de Ham —gruñó Monk—. Correremos

tras ese testarudo picapleitos por donde esté. ¡Me gustaría saber que le han propinado un buen porrazo!

A pesar de sus palabras, Monk se mostraba cariacontecido, temiendo que algo malo le hubiera sucedido al avispado Ham.

Doc tiró del cierre de cremallera. El armazón de su chaleco acorazado era de malla, de una aleación metálica de fuerza considerable. Era capaz de detener cualquier clase de balas de rifle moderno de uso militar, con cápsula súper penetrante.

Monk se puso igualmente una pieza interior acorazada y se echó al brazo la de Ham.

—¡Ahora sí que estoy en disposición de salir a paseo! —exclamó.

Se asomaron a una ventana, mirando el paisaje que se extendía frente al río Potomac. Las ondas chocaban suavemente contra las pasarelas del yate —crucero.

—Atractivo barco —dijo Monk—, pero…

Doc le cogió del brazo, en muda advertencia.

—¿Qué pasa? —gritó Monk.

Doc apuntaba hacia algo, sin responder palabra.

Sandy Yell estaba inclinada sobre los arbustos, arrastrándose furtivamente por el césped. No le hubieran divisado, a no ser por un pequeño espacio abierto que tuvo que cruzar.

—No veo a su amigo Landerstett, la máquina habladora —murmuró Monk.

—Tendrás que seguirla —dijo Doc, abriendo la ventana.

—¿Yo? ¡Pero si tengo que buscar a Ham! —dijo Monk en son de protesta.

—Tú, sí —le dijo Doc—. Ya me ocuparé yo de Ham.

Monk dijo seriamente:

—Lo haré. Pero temo mucho que a Ham le hayan matado. ¡Ojalá haya podido escabullirse!

Saltó por la ventana y se agachó, ocultándose entre los arbustos.

Doc Savage permaneció donde estaba, al lado de la ventana. Desde allí podría divisar a Monk. Este no tomaba ninguna precaución, a riesgo de ser descubierto. A poco le perdió de vista. Entonces se retiró de su puesto de observación. En aquel momento se abrió una puerta, en cuyo umbral se detuvo Sigmund Hoppel, asombrado de ver allí a Doc.

El hombre de bronce se lanzó contra él, sacudiéndole sin piedad.

Hoppel no tardó mucho en caer vencido.

—¡Me han prensado! —Hoppel articulaba con dificultad las palabras—. Voy a ser el próximo que muera.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Doc.

—No lo sé. ¡Ay, mi cabeza! Golpearon en ella con un fusil...

De pronto, los dos hombres se irguieron, escuchando. El tiroteo empezaba de nuevo, mientras se oía gritar a varios hombres.

—¡Alguien más ha entrado en lucha! —barbotó Hoppel.

Doc Savage y Hoppel miraron por una ventana, adoptando las debidas precauciones. La lucha estaba en su punto culminante, y una multitud de combatientes se hallaba en liza.

Eran los últimos intrusos en el reducto que había sido batido. Doc sólo tuvo que echarles un vistazo para reconocer que eran los fugitivos. El jorobado iba con ellos, guiándoles. También divisó entre el grupo a McGinnis, el que había sido prisionero de Doc.

Parecían haber luchado con eficiencia y rapidez, con arreglo a un plan preconcebido. Habían conseguido capturar algunos prisioneros.

Estos eran tres, e iban atados con tiras de paño, probablemente trozos de cortinajes, y tan bien amordazados que era dificultoso identificarlos.

—Su ayudante Ham, mi amigo de Faust y ese charlatán de Max Landerstett, son los que van maniatados —dijo Hoppel.

Doc no respondió nada, sin dejar de mirar. Los antiguos reclusos y sus prisioneros corrían hacia el promontorio que se alzaba al lado del embarcadero, y sus intenciones parecían muy claras.

Se encaminaban hacia el yate —crucero. El jorobado cubría la retirada agachándose cada vez más, ya que seguían tirando. Era imposible decir, incluso a plena luz del día, si aquel extraño ser era hombre o mujer.

Cuando todos subieron a bordo, se soltaron las amarras y la embarcación se puso en movimiento sobre el tranquilo Potomac.

Los otros individuos, los que habían sido hallados tan inexplicablemente en las celdas de la prisión, no cejaban en su ataque. Pero los disparos no hacían blanco en el yate crucero, que quedaba fuera de su alcance.

—Esto no me gusta nada —gruñó Hoppel—. Ahora se volverán contra nosotros.

Su conjetura resultó ser exacta. Los hombres dirigieron su ataque contra la casa. Una rociada de balas les rodeó.

—Vuelven ahora por donde salieron —dijo Hoppel—. ¡Esos otros individuos, el jorobado y sus malditos reclusos, no hicieron más que entrar, cogieron a sus prisioneros y salieron de nuevo!

Doc Savage parecía estar deliberando consigo mismo. De pronto, se produjo aquel peculiar eco suyo, como si recorriera el pentagrama musical, hasta definirse claramente.

—¡Vamos! —dijo el hombre de bronce.

Sin esperar respuesta, golpeó el cristal de una ventana con una silla y se tiró de cabeza al exterior. Un momento más tarde, Hoppel aterrizaba junto a él, resollando con fuerza.

—Creo que estamos locos —masculló.

Los individuos que habían sido sustituidos por los reclusos en la prisión, empezaron a tirar más rápidamente. El fuego se hizo más graneado.

Los balazos silbaban alrededor de las cabezas de los dos hombres, sin lograr alcanzarles debido al suave declive del prado que cercaba la casa.

—¡Malditos sujetos! —gruñó Hoppel—. ¿Por qué no se quedaron en las celdas donde les hallaron?

Doc empezó a arrastrarse fuera de la casa.

—Va a conseguir que nos maten —le previno Hoppel.

—Es posible que nos asesinen antes, sí nos quedamos —contestó Doc.

Hoppel siguió a Doc, balbuciendo:

—A veces soy un misterio, incluso para mí mismo. Por qué le sigo, no sé… _

El suelo crepitaba bajo ellos. Un lado de la casa quedó como barrido de la tierra, estrujando los arbustos, como un inmenso monstruo blanco que fuera a echarse sobre los dos hombres.

Doc asió a Hoppel. Saltaron como pudieron, librándose del percance. El polvo, el humo y las llamas se remontaban muy alto, llevándose las ruinas, que estallaban al caer.

—Una bomba —dijo simplemente Doc.

Hoppel tragó saliva varias veces, sin poder recobrar el color. Por último, dijo balbuciente:

—Pues sí que…

Habiendo parado el tiroteo, se reanudó con la terrible explosión.

El plomo se estrellaba en los arbustos entre los cuales estaban tumbados Doc y Hoppel.

—¡Estúpidos —chilló este último—. ¡Dejad de tirar!

Cosa extraña, el tiroteo cesó inmediatamente.

Los individuos que habían estado disparando empezaron a correr, huyendo de ellos.

Hoppel miró a Doc Savage con la boca abierta, muy sorprendido.

—Les dije que pararan —balbució Hoppel—, y lo hicieron. ¿No es para estar sorprendido? ¡Caramba! ¡Va a creer usted que tengo algo que ver con ellos!

El hombre de bronce no respondió.

Un agudo sonido llegaba del Norte, donde se halla Alejandría. Aquel ruido se parecía vagamente al que harían una manada de coyotes aullando. Era muy agudo.

—¡Las sirenas de la policía! —exclamó Doc—. El tiroteo ha inducido a alguien a avisar a la policía del Estado y nuestros enemigos les oyeron, decidiéndoles a huir.

Hoppel asintió. El ruido de unos motores de automóvil llegó hasta sus oídos.

Sin duda, los hombres que acababan de escapar utilizaban los automóviles, en los cuales debieron llegar tranquilamente. Los coches emprendieron la marcha a gran velocidad, tomando una dirección opuesta a la de la policía.

CAPÍTULO XII

LA DESAPARICIÓN DE UNOS MARINOS

HOPPEL se lamentó:

—Huyen. Es una lástima, ¿verdad?

—¿Es que va usted a vigilar la casa? —le preguntó Doc.

—¿De qué me servirá ahora vigilarla?

—¡Vamos! —dijo Doc, y salieron de aquellos lugares de primorosa perspectiva.

Un camino de herradura pasaba cerca de la finca. Echaron a correr por él. Tras ellos, las ruinas de la casa de Hoppel estaban ardiendo y el humo pardo se remontaba hacia las alturas.

Hoppel empezó a jadear pesadamente. Abría la boca respirando con dificultad.

—¡Caspita! Estoy exhausto —dijo finalmente.

Llegaron a la vista del avión, a bordo del cual Doc y sus ayudantes habían llegado desde Nueva York.

—Quisiera saber adónde vamos —dijo Hoppel—. A seguir a los de los coches, ¿no?

—No —dijo Doc.

—Pues ¿adónde?

—AL barco —le respondió Doc—. No podríamos seguir a los coches. ¿Cómo sería posible localizarlos por la carretera, si el tráfico es tan compacto?

El avión osciló cuando Hoppel descargó su enorme peso dentro de la cabina.

También vibró fuertemente cuando Doc entró a bordo, ya que el hombre de bronce era, probablemente, más pesado que Hoppel, aunque no lo pareciera. Doc sabía equilibrar bien su peso.

Los tres grandes motores empezaron a zumbar y las hélices se

transformaron casi en discos transparentes. Doc levó el ancla.

Los hidroplanos son algo difíciles de maniobrar en el agua, pero éste estaba equipado con achicadores que, al tirar una palanca, podían echar el agua al otro lado, facilitando así el viraje del aparato.

Doc hizo girar al hidroplano, maniobró con diferentes palancas, y la nave tembló y emprendió el vuelo.

Hoppel debía estar acostumbrado a volar más que ninguna persona moderna, a juzgar por la escasa atención que dedicó al despegue del avión, pero mantuvo su gruesa nariz chocando contra la ventanilla de la cabina.

Estaba vigilando el yate —crucero, y Doc orilló su avión junto al yate, que se dirigía río abajo, hacia el Sur. Corrían a gran velocidad. Las ondas montaban hasta la cubierta, la popa se hundía y la estela se arrastraba tras del aparato como una gran onda persecutoria que amenazaba en todo momento colarse al interior. En el centro, exactamente detrás de la popa, las hélices arrojaban un amplio y continuo surtidor de espuma y rocío.

Hoppel preguntó:

—Parece como si llevara armamento a popa, ¿no es verdad?

Y parecía evidenciarse que en la cubierta de proa llevaba igualmente una ametralladora. Era una pequeña ametralladora de mano, de tipo moderno, cuyos tambores estaban cargados con balas guiadoras especiales, constituyendo un arma temible. Sus impactos empezaron a resonar en la cabina del avión.

—Me siento tan valiente como el mismo diablo —dijo Hoppel—. ¿Adónde iremos a parar?

Doc no le dijo que la cabina era acorazada, que los motores llevaban una protección y que la bala más inflamable se consumiría en los tanques de gasolina, sin temor a ningún siniestro. El hombre de bronce estaba preparándose para lanzar una bomba, y cuando tuvo afinada la puntería pulsó una palanca y un puntiagudo torpedo aéreo se desprendió, arqueándose hacia abajo.

Explotó delante del yate —crucero, haciendo saltar el agua en una ola imponente que hizo oscilar al barco pesadamente.

En la popa del avión estaba dispuesto un altavoz del tipo corriente y para radiar avisos aéreos. Doc habló por el micrófono que accionaba este altavoz por medio de un potente amplificador.

—¡Vais a parar el barco! —ordenó—. Después, cada uno de vosotros subirá a cubierta, arrojando vuestras armas y tirándose al agua. Si alguno de vosotros no sabe nadar, puede usar salvavidas una vez en la superficie.

Las palabras de Doc constituían una orden perentoria.

Los que se hallaban sobre cubierta corrieron alocadamente hacia el interior, y en un momento no se vió a nadie. El barco empezó a perder velocidad, observándose que las máquinas daban marcha atrás, preparándose para detenerse.

—¡Qué pronto han obedecido! —exclamó Hoppel complacido, riendo entre dientes.

El yate —crucero se detuvo definitivamente, cabeceando algo sobre las aguas agitadas por la bomba. Era una verdadera joya de caoba y cromo.

—Me costó cuarenta mil dólares —dijo Hoppel.

Doc Savage situó el avión no muy alto sobre la superficie, fijando sus ojos dorados sobre el barco. Parecía que volaba inconscientemente.

—Creo que puede usted empezar a inquietarse por su barco —dijo a Hoppel.

—¡No me diga!

—Fíjese en su parte superior, que ya esta hundiéndose.

Hoppel miró, lanzando un aullido de dolor que debió oírse hasta en Washington.

—¡Hundiéndose! —exclamó—. ¡Se va! Primero desapareció mi casa y ahora mi barco.

Y seguía mirando hacia abajo, lleno de desconsuelo.

—¡Este barco era la niña de mis ojos!

El barco terminó de hundirse. El naufragio fue casi repentino, tratándose de un pequeño barco de cincuenta pies. Desapareció, agitando el agua como si hirviera, al mismo tiempo que aparecía una multitud de burbujas.

Nadie se vió en la superficie.

Se veía flotar un balancín, algunos remos, maderamen, uno o dos salvavidas, así como varios objetos. Una capa de aceite cubría la superficie, pero transcurridos unos cinco minutos se esfumó.

Todavía no se veía a nadie.

Doc Savage amaró el avión, parándolo prudentemente junto al

lugar del naufragio.
—Quizá no sea esto más que un truco —sugirió Hoppel.
Doc no dijo nada, pero paralizó los motores para que el avión se mantuviera quieto en el lugar donde el barco se hundió. El hombre de bronce conocía la profundidad de esta parte del río Potomac. Zambullóse en el agua.
Esta era muy transparente, por lo que no tuvo dificultad en localizar el yate hundido. El buque yacía de lado y tenía un extenso agujero en el fondo, en la mitad del casco.
Doc buceó hacia este orificio sintiendo como si sus ojos empezaran a arder.
El ardor en sus ojos aumentó, por lo que, volviéndose, nadó hacia la superficie.
—¿Qué es lo que ha hallado? —preguntó chillando Hoppel, desde el interior de la cabina del avión.
—EL agua está saturada con un ácido que abrió un orificio en el fondo del buque —dijo Doc—. Es el mismo ácido que encontré en el interior del camión y dentro de la cárcel, así como de nuevo en el sótano de unas bodegas.
—No comprendo —dijo Hoppel.
—Muchos no pueden comprenderlo —dijo Doc, zambulléndose de nuevo.
Sus ojos ardían otra vez al bajar, por lo que de nuevo volvió arriba, esperando. Había una fuerte marea, por lo que al cabo de un regular espacio de tiempo, el ácido pudo diluirse en el agua. Este intervalo fue de quince minutos, poco más o menos, transcurridos los cuales Doc pudo bajar al fondo sin sentir el ácido en sus ojos. EL yate —crucero yacía varado a tres brazas, profundidad en la cual existía sólo una ligera presión. Doc tuvo buen cuidado de no tocar los extremos del orificio del casco que había abierto el ácido, por si algunos restos de aquella substancia hubieran quedado todavía allí. Su linterna de propio mantenimiento podía operar dentro del agua, de modo que se dispuso a usarla.
Había allí un grueso fondo de arena y el agua era muy clara. Residuos de aceite subían a la superficie, saliendo del cuarto de máquinas. Algunos muebles de madera y varios cojines flotaban en el techo de ambos lados de la cabina y algunas conservas habíanse desprendidos de las alacenas y, al empaparse de agua, se disolvían

en espesas masas al tocarlas.

No había nadie dentro del yate, para asegurarse de lo cual Doc se zambulló por cuarta vez.

No se veía rastro de Ham, Max Landerstett e Igor de Faust, y menos de sus posibles cadáveres.

—Estoy haciendo lo posible para creer su historia —dijo Hoppel seriamente, cuando Doc le informó de lo que había visto debajo del agua—. ¡Caramba, estoy esforzándome en creerlo, pero no puedo!

—¿No vió usted a nadie subir a la superficie?

—A ninguno de esos pistoleros, no, señor.

Doc llenó sus amplios pulmones de aire y se zambulló nuevamente. El hombre de bronce había aprendido bien el arte de bucear, entre los verdaderos maestros en la especialidad, los buscadores de perlas de los mares del Sur, quienes podían permanecer bajo el agua de tres a cinco minutos. Por medio de su linterna, empezó a registrar el buque.

Sólo un objeto de a bordo interesó a Doc. Lo halló en la cabina trasera, llevándoselo a la superficie.

—¿Qué es? —preguntó Hoppel curiosamente.

—Una antigua caja de música —dijo Doc.

La caja de música era grande, pero no así el diafragma, que estaba dispuesto para emitir una tonada cuando se alzaba una cubierta o cuando se movía. Se trataba más bien de algo parecido a una caja de música callejera, aunque no se le hubieran ajustado unas tiras para sostenerla.

Doc levantó la cubierta. El mecanismo parecía intacto y había un gran sobre pardo e impermeable, colocado en la parte superior de éste.

Doc puso en marcha la caja de música. Un zumbido mecánico respondió, después un tintineo, un discordante sonido de escasa calidad musical, pero de amplio volumen. Doc abrió el sobre pardo, que contenía una nota escrita a máquina dirigida a él. La tinta de la máquina de escribir era impermeable, permitiendo que la misiva pudiera leerse con facilidad:

"Doc Savage: Ha oído ya usted el sonido de una caja de música en dos ocasiones anteriores, y lo hubiera percibido una tercera vez, si no hubiera sido tan fuerte el ruido de los motores de su avión. Sabía que se interesaría usted por esta caja de música, hasta llevársela a la superficie.

"Por esto me pareció el sitio más apropiado para dejarle esta nota, que quiero lea usted, recapacitando seriamente.

"Estoy comprometido en una misión para el bien del pueblo americano. Que unos cuantos hombres deban morir es sensible, pero no lo suficiente para apartarme de mi objetivo. De hecho, sólo una campaña de terror me asegurará lo que persigo.

"Queda usted en libertad de adoptar contra mí la gestión que crea más pertinente, lo cual hará probablemente, aparte de lo que yo le digo. Desde luego, morirá usted, su ayudante Ham, así como Syrmanthe Yell, Max Landerstett y el resto. Use, pues, su máximo juicio.

"Firmaré esta carta para que pueda reconocerla.

"El Jorobado."

Hoppel se había estado apoyando en el hombro de Doc para poder leer bien, y al fin resolló:

—¡Max Landerstett! Ya no hará sus largos comentarios, ¿verdad?

Doc no dijo nada.

Situaron el avión un poco más allá y Doc se zambulló una vez más hacia el yate hundido, no fijándose esta vez más que en el orificio abierto en el casco, el cual estaba situado en la cabina delantera y parecía como si el casco de doble plancha, las cuadernas y la mayor parte de la cabina interior hubieran sido consumidos por el ácido.

Subió a la superficie, montó en él avión situándolo esta vez cerca del muelle, frente a las ruinas de la finca de Hoppel. Soplaba una leve brisa, suficiente para mantener al avión separado de este muelle, después de haberlo amarrado al extremo de un largo cabo.

Hoppel miró hacia lo que quedaba de su casa y dijo:

—Mis días de ermitaño se terminaron ya.

Había una multitud de curiosos, dos bombas de incendios, los bomberos y varios policías cerca de la casa que en aquel momento acababa de reducirse a cenizas.

Doc preguntó a Hoppel:

—¿Sabe usted por qué le prendió el jorobado?

—Fue Max Landerstett quien me prendió —rectificó Hoppel.

—¿Qué razón pudo tener para ello?

—Ninguna absolutamente.

—¿Tampoco tiene usted idea de lo que hay detrás de todo esto?

—Ninguna —dijo Hoppel—. Estoy despistado.

Doc examinaba al grueso y extraño interlocutor que tenía ante sí.

Cualesquiera fueran los pensamientos del hombre de bronce, no los dejaba traslucir.

—¿En qué se ocupa usted? —preguntó Doc.

—En vivir como un buen muchacho.

—¿Cómo?

—No me mezclo con gente indeseable. Algunos políticos son amigos míos, y como sé esperar, a veces me hacen un favor.

—Alternar con esa camarilla debe de ser provechoso —dijo Doc.

Hoppel suspiró:

—¡Ah! Y, aparte de esto, tengo intereses en una compañía financiera.

—¿Una compañía financiera?

—Claro. Compramos todo lo que se presenta, esperando que suba.

Doc se dirigió hacia el muelle, junto a la playa.

—Esperaremos a Monk para informarnos bien —dijo—. Monk debía seguir a la joven Sandy Yell.

Pero transcurrieron muchas horas sin que nada se supiera acerca de Monk.

CAPÍTULO XIII

EN EL REINO DEL MISTERIO

AQUELLA tarde, a las cinco, un casual observador de lo que sucedió, pudo advertir que el pesado reloj de un Banco estaba sonando en el preciso instante en que un hombre elegantemente vestido salía de un departamento gubernamental de Washington D. C. Este individuo iba a doblar la esquina cuando un jorobado salió de un portal.

El extraño aspecto de todo esto fue que ninguno de los espectadores —y hubo varios que presenciaron el incidente— pudiera asegurar si este jorobado era hombre o mujer. En lo que todos coincidieron fue en asegurar que tenía un horrible aspecto.

El jorobado alcanzó al individuo elegantemente vestido. Le dijo algo, nadie supo qué, algo en lo que el otro puso su atención, ya que se volvió hacia él.

Al volverse recibió un balazo en la boca, y tan pronto como el jorobado pudo apretar de nuevo el gatillo, le disparó sucesivos balazos en la cabeza.

La víctima cayó sobre la acera. Su masa encefálica se desparramó sobre las losas.

El jorobado dejó el revólver sobre el individuo que había asesinado y después siguió andando hacia un camión corriente parado allí cerca. Este camión tenía la parte trasera completamente cerrada. Más tarde se supo que había estado parado allí durante algunas horas.

El camión no arrancó, como podía esperarse. El jorobado había cerrado la puerta trasera después de entrar en él.

Todos los que se acercaron oyeron el tintineo de una caja de música que parecía venir del interior del coche. Los policías,

naturalmente, no perdieron tiempo, rodeando el vehículo con fusiles ametralladoras y bombas lacrimógenas, conminando al ocupante del mismo a que saliera.

La caja de música paró y no hubo otra contestación. Aquellos funcionarios agotaron su paciencia, prepararon sus fusiles y avanzaron. Cualquiera, desde el interior del camión hubiera podido matar a uno o dos policías, pero seguramente hubiera tenido su merecido al mismo tiempo.

El camión no estaba cerrado interiormente. Al abrirlo se vió que estaba vacío, aunque este hecho resultara incomprensible.

Pero así era. No había ningún jorobado en su interior. Sólo había una caja de música de baratillo, exactamente igual a la que podía adquirirse en cualquier bazar. Después pudo averiguarse a través de una pista que una de esas tiendas al detalle habla vendido, no una sola caja, sino cuatro docenas a un jorobado.

Ninguno de los dependientes había podido precisar si este individuo repulsivo era un hombre o una mujer.

Entretanto había podido identificarse a la víctima, pudiendo aclararse que se trataba de un hombre vulgar a pesar de ir tan bien vestido. Cualquier persona insignificante va perfectamente ataviada en Washington.

Este individuo, tan vulgar aparentemente, había sido en vida el mismo demonio. Era una eminencia en el departamento de investigaciones de los Estados Unidos, alguien que había establecido algo así como un record profesional. Había sido un dictador en la organización, un hombre que atendió a todo personalmente. Esto fue altamente perjudicial ya que su muerte dejó al Departamento en lamentable condición.

Ante este extraño asesinato, con la consiguiente desaparición del criminal, y el sonido de las notas de la caja de música, todos quedaron sorprendidos. Era algo parecido a aquel sorprendente caso en que veinte reclusos habían desaparecido de una prisión. El gran público empezaba a familiarizarse con estas misteriosas desapariciones, ya que el asunto ocupó en aluvión las primeras planas de los periódicos.

Doc Savage fue a examinar el lugar del asesinato. Estaba sitiado por los reporteros, fotógrafos y funcionarios de la policía. Habló poco, diciendo que sólo sentía la curiosidad de ver lo que se podía

hallar, añadiendo que no había conseguido descubrir nada.

—Ni siquiera una caja de música —añadió.

No explicó el significado que atribuía a la caja de música.

Algunos diarios llamaron la atención sobre la coincidencia de la presencia de Doc en el lugar de las desapariciones, y uno o dos cronistas criticaban al hombre de bronce, por no confesar todo lo que sabía a la policía.

No se les ocurrió preguntarse qué razón tendría el hombre de bronce para callar. Comentaban amargamente su silencio y con ello tuvieron suficiente materia para escribir un artículo en tono de censura.

Estos artículos de fondo son a menudo más desalentadores que alentadores y éstos no constituían una excepción. Inconscientes del efecto que sus escritos producían, los periodistas extraviaron la opinión del público, dando así ventajas a los verdaderos criminales.

Doc Savage se apartó del vulgo, así como de todo aquél que supiera algo de su paradero personal. Con este propósito se reunió con Hoppel en un hotel de Washington, en el que Doc tenía un teléfono conectado con el de su oficina central de Nueva York.

—¿Nada de nuevo acerca de Monk? —preguntó el hombre de bronce.

—No, señor, ni una palabra —dijo Hoppel—. Todos se olvidaron de llamarnos. Ni siquiera esos periodistas que creí iban a estar llamando sin cesar.

—Este teléfono tiene un número particular —explicó Doc—, y nadie más que mis cinco ayudantes lo conoce.

Hoppel arqueó sus cejas.

—¿Cinco?

—Los otros tres se hallan ahora en el extranjero —contestó Doc —. En Europa.

Los empleados del hotel sabían que Doc estaba hospedado en él, pero omitían el decirlo, porque habían sido advertidos que si alguno de ellos hablaba, sería despedido. Los periodistas anduvieron buscando todas los hoteles de Washington, pero no consiguieron hallar ni rastro de Doc.

Entonces ocurrió algo que tuvo la virtud de llamar la atención de la prensa activa. Por decir mejor ocurrieron varias cosas.

Los corresponsales de prensa de Nueva York recibieron una

llamada telefónica. La voz que les habló sonaba como si el misterioso locutor hablara sólo con la nariz. Ninguno de ellos hubiera podido jurar solemnemente a qué sexo pertenecía éste.

Los periodistas fueron invitados a presentarse en las oficinas de una compañía de seguros e investigar acerca de unos bonos del gobierno por valor de veinte millones de dólares que guardaba esta sociedad en sus arcas.

Se les advirtió que pidieran examinar estos títulos, acompañados de un contador entendido.

Igualmente fueron advertidos para que solicitaran entrevistarse con el presidente de la cámara de directores y se percatasen bien de su personalidad.

Los caballeros de la prensa no hallaron la menor dificultad en examinar de cerca a dicho presidente, que era un pomposo sujeto, con aires de eminencia cinematográfica. En cuanto a verificar la existencia de los veinte millones en títulos de la deuda, se aceptó al principio en tono de broma.

Después de vencer alguna resistencia, gracias a la tenacidad propia de los periodistas, consiguieron examinar los valores, quedando muy sorprendidos al comprobar que la totalidad de los veinte millones en estos títulos, no eran válidos, sino falsificados.

El proceso de esta falsificación no era lo suficientemente perfecta para engañar a cualquiera que hubiera visto antes un título de la deuda de los Estados Unidos. Por otra parte y aunque se lo hubieran hecho jurar por su propia vida, el personal de la compañía aseguradora no podía explicar cómo se habían substituido los títulos verdaderos.

Esto era sólo una parte del hecho sensacional. Los periodistas volvieron nuevamente su interés hacia el presidente de la compañía, aquel pomposo individuo, con el fin de preguntarle algunas cosas más. No estaba visible por ninguna parte y desde luego no pudo hallársele.

Una hora más tarde, el director de turno de la prisión de Sing Sing, dirigió una llamada para declarar que había hallado un extraño recluso en su prisión.

Cómo aquel hombre consiguió llegar allí, era algo que este director no podía explicar; además, este mismo individuo tampoco podía darse a sí mismo ninguna explicación.

Lo único que sabía era que al pasar por delante del edificio de su oficina, un hombre que llevaba un bastón le había detenido para preguntarle algunas direcciones. Mientras estaban hablando le acometió una extraña sensación de desmayo, de la que despertó en la celda de Sing Sing.

El hombre hallado en esta prisión era el presidente de la cámara de directores de una compañía de seguros; la misma que había descubierto veinte millones de bonos falsificadas en sus arcas.

El público tuvo con este asunto materia para reírse a fondo, ya que parecía ser todo una broma.

Pero aquella tarde, los periódicos relacionaron el incidente con el asesinato ocurrido pocos días antes. A decir verdad, no había ningún motivo aparente que indicase que los dos asuntos se relacionasen entre sí. Algunas personas se detuvieron a pensar en esta coincidencia. Tuvieron toda la noche para reflexionar.

A la mañana siguiente, los periodistas recibieron otra llamada, esta vez desde Washington. En ella se rogaba a los reporteros que se presentaran en el domicilio de otro conocido asegurador. Se rogaba a los mismos que se fijaran atentamente en un recipiente de cristal, puesto sobre una mesa, y también se les indicaba la conveniencia de obtener alguna huella digital.

Los chicos de la prensa batieron todos los records de velocidad al presentarse en aquella casa comercial. Hallaron al conocido magnate de los seguros; estaba muerto, asesinado al parecer con una espada antigua que faltaba de una panoplia de su biblioteca, con la cual le atravesaron el corazón.

Se presentó un experto en huellas digitales, él cual dirigió sus pesquisas hacia un cubilete de cristal que hallaron en la mesa al lado del cadáver.

Obtuvo algunas huellas, las cuales comparó con las colecciones de huellas digitales de los archivos de investigación de la Oficina Federal.

Se comprobó que las huellas pertenecían a un hombre quo nunca había estado en casa del asegurador. El cristal fue inspeccionado muy atentamente.

Descubrieron que pertenecía a un juego de cristalería que aquel magnate había estado usando diariamente desde hacía algún tiempo.

El hombre cuyas huellas correspondían a las del cristal, era Doc Savage.

Doc Savage estaba en su hotel de Washington, cuando los periódicos salieron a la calle, voceando el origen de aquellas huellas. El hombre de bronce entró en el cuarto de baño y miró la cristalera que guardaba allí.

Su exótico y murmurante sonido, que emitía inconscientemente en sus momentos de tensión mental, se reprodujo, recorriendo de arriba abajo el pentagrama musical.

Esta vez, sin embargo, el sonido indicaba disgusto. Durante muchos años Doc se había estado entrenando a sí mismo para apreciar cualquier hecho sospechoso que ocurriera a su derredor; era un entrenamiento que había salvado su vida en varias ocasiones.

Pero ahora habíase descuidado en apreciar que el juego de cristal de su servicio personal había sido sustituido por otro parecido.

—¿Cómo se imagina usted que ha sucedido? —dijo Hoppel.

—Nuestro amigo el jorobado —explicó Doc—, sabe que estamos aquí. Un vaso fue escamoteado de la casa del magnate de los seguros y colocado aquí para que yo lo usara, después lo trasladó de nuevo allí para que apareciera que yo lo había usado en el momento del asesinato.

—¡Bah! —resolló Hoppel—. Nadie creería que un asesino es capaz de detenerse para tomar un trago y dejar sus huellas marcadas en el vaso. Es estúpido.

—Pero las huellas estaban allí —dijo Doc—, y eso constituirá algo que debo explicar.

El hombre de bronce empezó a reunir su equipo.

—¿Vamos a escapar? —preguntó el grueso Hoppel.

—No vamos a huir precisamente —le dijo Doc—, se trata simplemente de cambiar de hotel.

La idea del hombre de bronce fue sencillamente ingenua al hacer el traslado de un hotel a otro. Cambiaron de taxi varias veces, una de ellas cerca de uno de los bellos parque de Washington, que tenía una extensa maleza de siemprevivas.

Callejearon por un lado de éste, llevando sus maletas y también lo hicieron por el otro lado, disfrazados como dos caballeros de

color, muy africanos en el porte.

—¡Amigo! ¡Escuche mi acento etíope! —decía Hoppel con una mueca de risa.

Y pronunció efectivamente unas cuantas palabras en etíope, hablando desde luego mejor que en inglés, satisfecho de demostrar su conocimiento de la lengua.

Se dirigieron a un hotel que hospedaba exclusivamente a gente de color.

Parecía muy limpio.

—Usted esperará aquí —dijo Doc a Hoppel.

—Cómo quiera, chico, pero ¿para qué?

Doc no se lo explicó. El hombre de bronce salió del hotel y encaminándose seguidamente hacia el periódico más importante de Washington, en su oficina de anuncios insertó uno para las primeras ediciones de la noche y la mañana.

Este anuncio, decía así:

"ALUCOATL —Sírvase volver y no se repetirá el insulto al sobrino de Nora."

Doc pagó varias inserciones de este simple mensaje en clave, para indicar su paradero a Monk. La palabra "Alucoatl" provenía del peculiar grito de guerra de la lengua maya, que entre ellos usaban, y era un aviso de atención.

El resto era más fácil, ya que sólo debía tomarse la primera letra de cada palabra hasta el final, y formar así una sola, que era la verdadera.

De este modo, al traducir el mensaje del anuncio, se obtenía una palabra que correspondía al nombre del hotel donde Doc había establecido de momento su nuevo cuartel.

El hombre de bronce tomó pasaje en el próximo avión para Nueva York.

La policía estaba vigilando la oficina central de Doc Savage en Nueva York, lo que constituyó una sorpresa para Doc. Durante algún tiempo había estado en las mejores relaciones con la policía, pero últimamente ésta se había apresurado a hacer pesquisas cuando ocurrió algo fuera de lo corriente.

Un cambio de comisarios de policía contribuyó a esto.

Pero a pesar de todo, el hombre de bronce se sorprendió de ver que andaba mezclado en tan sutil evidencia como unas huellas

digitales que contenía un cristal en el departamento de Tesorería de los Estados Unidos. La verdadera razón de aquella vigilancia de la policía en este lugar se evidenció por este casual incidente. Un vendedor de periódicos, pasó gritando:

—¡Léanlo! ¡El máximo suceso del año! ¡Léanlo! Doc Savage sospechoso de dos asesinatos —gritaba el muchacho—. ¡Léanlo!

Doc compró uno de los periódicos y lo leyó en una garita destinada a los empleados del metro.

Una nueva llamada telefónica había avisado a la policía de Washington. Les rogaba que visitaran a otra gran personalidad en el mundo de los seguros, indicándoles que poseía algo de suma importancia relacionado con los títulos del gobierno falsificados.

Al presentarse en su domicilio, lo hallaron con un cuchillo clavado en el corazón. Apenas hacía cinco minutos que había sido asesinado y el peculiar diseño del cuchillo hizo que lo examinaran inmediatamente.

Un experto en museos declaró que se trataba de un cuchillo antiguo usado por los mayas en sus ceremonias sagradas.

Las huellas digitales de Doc Savage estaban también en este cuchillo.

No hubo dificultad en reconocer que eran las huellas de Doc, porque éste como tantas otras personas, tenía registradas sus huellas digitales como un medio de identificación, en caso de accidente.

Doc tiró el periódico, salió y se metió por el túnel del metro, escogiendo un momento en que nadie lo veía. Anduvo por las vías, alcanzó una abertura en el muro, se coló por él y empezó a escarbar la pared con sus manos.

Un momento más tarde trasponía una puerta oculta y atravesando un oscuro pasillo tomó la ruta que seguía debajo del rascacielos de su oficina. El pasillo terminaba en una puerta, que contenía un eje por el cual se accionaba un coche neumático, para la máxima rapidez en el tránsito entre el nido de águilas del piso ochenta y seis y el embarcadero, almacén y hangar de Doc.

Doc manipuló varios resortes de la puerta. Un momento después llegaba el coche. Este estaba construido a prueba de balas y no era muy grande. Entró en él, cerró la escotilla y puso en marcha las guías.

Su laboratorio del rascacielos, cuando entró por la puerta oculta frente a la cual se paró el coche neumático, estaba vacío. Fue directamente hacia el recibidor y a la gruesa mesa de incrustaciones que constituía una pieza importante del mobiliario, buscando un objeto que siempre guardaba allí y que ahora había desaparecido.

Se trataba de un cuchillo maya de ceremonias sagradas, que había traído de un valle perdido en la América Central, en una de sus anteriores aventuras.

Examinó la puerta, que se cerraba por un dispositivo electromecánico inventado por él, accionado por una materia radioactiva, por medio de un contacto electroscópico. La puerta estaba intacta. Doc examinó las ventanas, una de las cuales había sido forzada muy diestramente.

Alguien había llegado hasta el tejado, lo cual era posible, ya que había allí una redonda torrecilla de observación, y se desprendió por una cuerda durante la noche, entrando en el lugar para escamotear el cuchillo marcado con las huellas digitales del hambre de bronce.

Doc Savage empezó a recoger varios mecanismos, para obtener los cuales tuvo el propósito de volver a Nueva York. No pudo terminar enseguida, sino después de varias horas de intensivo trabajo en el laboratorio, colocándolos y probándolos.

Cuando terminó, tres grandes cajas apenas habían sido suficientes para contener aquellos chismes. Doc envió estas grandes cajas metálicas por correo aéreo y él salió en avión hacia Washington.

Apenas le vió Hoppel, le dijo:

—Un caballero llamó, diciendo que contestaba al anuncio de "Alucoatl". Dio un número para que usted le llamara.

Hoppel le alargó un pedazo de papel con un número de teléfono anotado con lápiz y una dirección debajo de él.

—Este sujeto dijo que pidiera usted por un tal Cedric —le señaló.

Había un teléfono en la habitación, por el cual llamó Doc. Una voz masculina, de fuerte timbre e insolente tono, le contestó ordenándole que esperase unos momentos a Cedric. Transcurrió un intervalo hasta que vino al teléfono. Durante este intervalo, Doc pudo percibir el clic de unas bolas de billar y las risas de varios

hombres.

Cedric era Monk.

CAPÍTULO XIV

CERCA DE UNA CAPTURA

—ESCUCHA, Doc, estamos metidos en un gran atolladero —dijo Monk.

—Algo parecido —admitió Doc.

—¡Te acusan de dos asesinatos!

—Cierto.

—¡Y no sabemos lo que ha sido de Ham!

Doc no hizo ningún comentario. Monk gruñó.

—Y esa muchacha, Sandy Yell, en la que empezaba a tener alguna confianza, está confabulada con ese jorobado.

—¿Dónde está?

Esta última palabra de Doc sonó como algo metálico.

—Puedo citarte en las calles Catorce y "G" y te la mostraré.

Doc colgó el auricular.

—Puede usted venir o quedarse —dijo a Sigmund Hoppel.

—Iré —dijo Hoppel—. Me muero por saber qué es lo que hay en el fondo de este embrollo.

Doc recogió las tres grandes cajas que había traído de Nueva York y las expidió fuera del hotel.

En las calles Catorce y "G", un barrendero moreno estaba medio agachado dándole a su escoba y no pareció siquiera fijarse cuando Doc y Hoppel llegaron ante él en un coche de alquiler.

La escoba describía círculos errantes, dos o tres hacia la derecha, uno más a la izquierda, con alguna pausa en el intervalo. Alguien familiarizado con la clave del semáforo y consciente de estar sobre aviso, habría podido traducir los círculos trazados por la escoba, deletreándolos como sigue: S —I— t —ú— a —t— e h —a— c —I— a a —q— u —e— l e —X— t —r— e —m— o.

Doc se dirigió hacia dicho extremo y permaneció allí, donde al cabo de un momento se presentó el barrendero. Bajo la gorra blanca a cuadros, se mostraba el feo rostro de Monk.

—¿Te fijas cómo brilla esta calle? —le dijo—. Estoy haciéndole la manicura desde hace dos horas.

Doc no salió del coche.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En una casa situada en el centro de la manzana —dijo Monk —. Aquella que tiene dos perros de cemento en su parte delantera.

—Tú y Hoppel me esperáis aquí, vigilando el coche.

Doc fue hacia el asiento trasero y abrió las tres grandes cajas metálicas, extrayendo un grupo de aparatos que parecían complicados y debían serlo a juzgar por la aturdida expresión de Monk, cuando se adelantó a mirar.

—¿Tu nueva instalación portátil de alto voltaje silenciosa? —dijo—. Pero, ¿qué son esos otros mecanismos?

Doc no respondió, empezando a acoplarlos. Varias veces tomó medidas en relación a la casa donde Monk decía que la rubia muchacha estaba en conferencia con el jorobado. La exacta situación de la casa parecía tener relación con el montaje de la maquinaria que estaba manejando.

Con marcada desatención hacia la compañía propietaria del coche de alquiler, Doc abrió una serie de grandes orificios en la cubierta de éste, pensando abonar más tarde los desperfectos. Montó luego un conglomerado de tubos metálicos, de diseño parecido a un gran reflector.

Todo este trabajo empleó algún tiempo, por lo que hizo exclamar a Monk:

—¡No es este el mejor momento para perder el tiempo!

Doc le contestó sin separar la vista de su trabajo:

—De los resultados que proporcione este mecanismo pueden depender muchas cosas.

—Bien, ¿pero de qué se trata?

Doc pareció no haber oído, lo que constituía su costumbre cuando no quería confiarse a nadie sobre algún punto. Transcurrió una media hora aproximadamente, antes que se mostrara satisfecho y siguiera adelante.

La casa que había señalado Monk era una antigua construcción

de ladrillos, de tres pisos de altura y un cuarto de ancho, con un grupo de ventanales por toda la fachada.

Se alcanzaba la puerta por un largo tramo de escaleras de cemento, rodeadas por gruesos pasamanos también de cemento, en cuyo extremo inferior se sentaban dos corpulentos mastines de hormigón.

Doc fue hacia la parte trasera, trepando primero por una escalera de incendio, comprobando que todas las ventanas estaban cerradas. Entonces rompió un cristal con un diamante, pegándolo con un puñado de caucho adhesivo para impedir que los trozos cayeran hacia el interior.

La abertura era suficientemente ancha para permitirle entrar, lo que hizo fácilmente, ya que el marco de la ventana era grande.

El interior de la casa olía a polvo, como si se hallara deshabitada. Los hilos viscosos de las telarañas cortaban su rostro al pasar. Doc fue hacia una puerta, abriéndola sin ruido. La luz era débil, pero lo suficiente para mostrarle una litera en el suelo.

Las paredes estaban empapeladas y los ratones habían roído y destrozado una gran parte del mismo, probablemente engolosinados por el gusto de la cola dulce adherida al papel.

Había otra puerta al fondo de esta habitación. Doc se detuvo al oír varias voces que venían de allí.

Sandy Yell decía:

—Voy a reunirme con Doc Savage y a contarle esta historia imaginaria que le conducirá a una trampa. Entonces le matarás, ¿no es así?

—Me has comprendido admirablemente —dijo la voz nasal y desfigurada del jorobado—. Procuraré que parezca que Doc Savage se ha suicidado, antes que dejar que sea capturado por la policía.

—¿Cómo lo conseguirás?

—Telefonearé a la policía, como un aviso amistoso, indicándole dónde puede hallar al hombre de bronce. Tan pronto como ésta se presente, oirán el tiro que matará a Doc Savage.

Hubo una pausa silenciosa. Alguien respiraba lo suficientemente fuerte para que Doc lo oyera, ya que estaba escuchando.

—¡Eres un demonio! —chillaba la muchacha—. ¡Te has vuelto completamente loco!

El jorobado soltó una carcajada.

—Estoy comprometido en una misión para el bien de todos.

La muchacha habló rápida y bruscamente:

—Esto es lo que creí al principio, ya que de otra forma no hubiera participado en ella.

—¡No te excites ahora, amiga mía!

—¿No excitarme? —chilló Sandy Yell—. ¿Cuándo se me engañó tan miserablemente? ¿Cuándo se me dijo que no habría ningún asesinato y que sólo esa organización sería atacada? ¿Cuándo creí que estaba ayudando a la misión de rescatar a mi hermano de la prisión?

—Y ya habrás visto que, en efecto, ayudaste a obtener su libertad.

—¿Libre? ¡Le envenenaste con algo que le matará si no ingiere regularmente esas píldoras negruzcas que tú tienes! ¿Y a eso le llamas libertad?

EL jorobado objetó:

—Chiquilla, creo que estás muy mezclada en este asunto para hablar así.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¿Qué crees que haría Doc Savage si supiera que tu nombre es realmente el de Syrmanthe Yeltona McGinnis?

—Creo que ya lo sospecha —dijo Sandy McGinnis, con voz desfallecida.

—¡Estás loca, amiga mía! —exclamó el jorobado.

—Lo dudo —dijo Sandy—. Y no voy a seguir adelante con ello. ¡Me retiro!

Tuvo una entonación perversa al decir:

—Olvidas que tengo a ese Max Landerstett, buen amigo tuyo. Algo no muy agradable puede ocurrirle si te niegas a tender esa trampa a Doc Savage.

—Yo tengo algo mejor conque amenazarte. ¡Mira! —dijo Sandy.

—¡Un revólver! —gruñó el jorobado.

—Es un pequeño revólver —declaró Sandy tranquilamente—. Pero podrá matar a un hombre o a una mujer, lo que quiera que seas.

Hubo un corto intervalo de impresionante silencio.

—¿Qué es lo que te propones? Preguntó la voz nasal.

—Llevarte hasta donde este Doc Savage, si puedo hallarle —dijo

Sandy McGinnis—. Esto quizá paliará algo del turbio trabajo que me encomendaste al principio, cuando tan neciamente estaba ayudándote para rescatar a mi hermano.

—¡Ah! —exclamó el jorobado.

—Ahora —declaró la muchacha voy a arrancarte esa peluca y esa cara de brujo postiza para ver quién eres. Como disfraz, es de lo más burdo, pero debo admitir que es efectivo.

Hubo un ruido de pasos, después un jadeo y un grito ahogado que era más bien un chillido femenino. Un cuerpo cayó y unos pies corrieron hacia fuera rápidamente. Doc entró de un salto en el cuarto.

La habitación era muy amplia, tan ancha como la casa. Como que estaba en el piso superior del centro del edificio, la luz sólo venía de una amplia claraboya del tejado. En el suelo se retorcía un cuerpo, junto a las huellas de unas pisadas en el polvo.

Aquel cuerpo gruñía y tenía un aspecto grotesco, con su pelo largo, una nariz ganchuda, un rostro fantástico y una joroba en sus hombros. Yacía totalmente inanimado, con una mano enguantada estrujándose la otra.

Doc saltó por encima de la yaciente figura, hacia una puerta que cerraron antes de que pudiera alcanzarla. Doc golpeó el entrepaño, que era más fuerte de lo que podía esperarse. Afianzándose con el pie, apretó el entrepaño cerca de la cerradura, no consiguiendo hacerla ceder, ya que la puerta era muy firme.

Doc se apartó, sacando una de sus pequeñas granadas explosivas de uno de los bolsillos de su traje, pero no la lanzó inmediatamente contra la puerta, más bien pareció que estaba esperando algo. Y lo que esperaba se produjo a poco.

Fue un alarido. Un grito de agonía inacabable y estremecedor.

El grito se hacía cada vez más agudo y podía ser el de una mujer o el de un hombre, indistintamente. Hubo una pausa. Después el grito se reprodujo de nuevo, vacilante. Unos pies corrieron.

Doc lanzó la granada, cuya explosión le dio un ligero golpe en la espalda, pero siguió adelante, trasponiendo la puerta que había echado abajo. Los ecos de las pisadas se percibían ahora como si corrieran hacia la parte delantera de la casa, en forma alocada, después debieron bajar las escaleras.

Doc cruzó pausadamente el cuarto y se detuvo a mirar la

horrible visión que yacía en el suelo, casi en el centro del mismo.

Era una informe piltrafa de carne, carne humana, según se podía observar por la piel que emergía de una de sus partes laterales.

Doc siguió adelante, bajando las escaleras tras los pasos fugitivos. Oyó cómo se cerraba de golpe la puerta delantera, deduciendo que aquel a quien perseguía ya había salido. Alcanzó la puerta, que no estaba cerrada, abriéndola y siguiendo hacia la parte trasera.

Debían haber seis u ocho hombres apostados en la calleja exterior, todos con fusiles y ametralladoras. Empezaron a disparar por la puerta abierta. Ninguna bala, sin embargo, se introducía en las paredes de ladrillo de la vieja casa, y Doc se situó a un lado de la puerta, detrás de los muros. El ruido de las armas era áspero y fuerte. Casi enseguida los inquilinos de la vecindad empezaron a gritar asustados. Sin duda, llamaron a la policía. Doc lanzó unas cuantas granadas anestésicas hacia la calle. No podía considerarse esto como muy apropiado, ya que sólo tenían efectividad en pequeños espacios, tratándose de artefactos de tamaño reducido. Además, ninguno de los pistoleros de la calle estaba cerca de la puerta de la casa.

Estos empezaron a gritarse unos a otros como si hubieran recibido instrucciones para retirarse. Tenían automóviles preparados, a juzgar por los motores que empezaban a ponerse en marcha.

Doc se aventuró a mirar hacia fuera. Los incursores eran los reos que tan misteriosamente habían desaparecido de la prisión, y ahora hacían lo propio rápidamente en sus automóviles de potentes motores.

Doc corrió calle abajo dirigiéndose al lugar donde había dejado a Monk y a Hoppel, esperando poder usar el coche de alquiler para perseguirles, aunque el motor fuera muy mediano y probablemente no pudiera correr más allá de las cincuenta millas por hora, teniendo dispuesta la válvula de paso para esta velocidad máxima.

Las compañías arrendadoras de taxis hacían a menudo esto. Era dudoso que el coche pudiera alcanzar a los potentes automóviles de los reos fugitivos.

Doc llegó a avistar su coche.

Hoppel estaba tendido en la acera junto al coche, con el

magullado rostro sobre un charco de sangre. Monk no estaba, y los cuatro neumáticos habían sido cortados con cuchillos.

Doc Savage corrió hacia Hoppel, lo levantó y se dio cuenta de que sus labios y nariz estaban sangrando. Tenía un corte y un chirlo en su gruesa cabeza. Estaba jadeando y aun no repuesto de su inconsciencia.

—¡Pobre de mí! —se lamentó.

Doc le preguntó:

—¿Dónde está Monk?

—¡Se lo llevaron! —gimió Hoppel—. ¡Luchó como un valiente! ¡El solo contra seis individuos: no pudo resistir mucho!

—¿Se lo llevaron los pistoleros del jorobado? —preguntó el hombre de bronce.

—¡Sí, ésos eran!

CAPÍTULO XV

LA TRAMPA

HOPPEL podía andar. Doc le ayudó y se encaminaron calle abajo y entraron dentro de la casa donde la muchacha había peleado con el jorobado.

Había gente en la calle, vieron a Doc Savage y, naturalmente, le reconocieron, pues los periódicos habían publicado sus fotografías en las primeras páginas.

—¡Doc Savage! —aulló alguien.

—¡Andan buscándole por asesinato! —chilló otra voz.

Doc empujó a Hoppel dentro de la casa y cerró la puerta.

—¡Canastos! —dijo Hoppel—. Esto se va complicando para usted más y más.

Doc le preguntó sin hacer caso del comentario:

—¿Cómo pudo apoderarse esa gentuza de Monk?

—Saltaron a traición sobre nosotros —dijo Hoppel—. Debieron estar vigilando este lugar.

—Debieron cubrirlo para proteger a su jefe —convino Doc.

Había algún griterío por la calle. Un solo policía tocaba el pito de alarma, probablemente después de haber cursado una llamada para que se presentaran automóviles con dispositivo de radio, en aquel lugar. Ningún otro policía parecía haber acudido. Doc subió escaleras arriba.

Hoppel dijo:

—Si me preguntara mi opinión, le contestaría que debemos largarnos de aquí cuanto antes, ya que la policía se alegrará mucho de vernos.

—Sí —convino Doc—. Pero primero hay que ocuparse de algo más.

—¿De qué?

Doc Savage llegó al cuarto donde la informe figura yacía en el suelo, y dijo señalándola:

—De eso.

El efecto que la visión de esta figura causó a Hoppel fue muy apreciable. El amplio rostro de aquel hombre, corrientemente benigno y sonriente, adoptó una expresión de la más honda ferocidad, y embistiendo hacia un lado y tomando un garrote de madera que por allí había, la alzó, descargándolo con fuerza sobre aquella lamentable criatura.

—¡No haga eso! —gritó Doc.

Hoppel no pareció haberle oído, por lo que Doc tuvo que situarse ante él, deteniéndole e impidiéndole que siguiera. Hoppel luchó un poco para desasirse, pero Doc le sostuvo el brazo, inmovilizándoselo de forma que aquél tuvo que mirar la mano de bronce sin querer dar crédito a la fuerza que había en aquella presión.

—¡Ese jorobado! —murmuró Hoppel—. Tiene la culpa de todo este lío. Quemó mi casa. Mató a varios aseguradores que eran mis amigos. Déjeme que le siente las costuras.

—Se olvidó usted de decirme que esos señores, a los que han sucedido cosas tan desagradables, fueran sus amigos —le advirtió Doc.

—Cierto. —El amplio rostro de Hoppel se hizo inescrutable—. Son amigos míos, aunque no muy íntimos. Pero, ¿qué hay en ello?

Doc no hizo ningún comentario. Se agachó y arrancó la repugnante mascarilla del rostro de aquella blanda y jorobada figura en el suelo.

El verdadero rostro pertenecía a Sandy Yell o Sandy McGinnis, según pudo comprender Doc al escuchar la conversación de aquella inteligente cómplice del jorobado.

Hoppel pareció estar demasiado aturdido para pensar coherentemente.

—¡No puede ser! —exclamó al fin.

Doc no contestó. El hombre de bronce estaba encorvado, examinando la sutil figura dentro de aquel disfraz grotesco. La joven parecía estar todavía inconsciente. La cogió en brazos.

—¿Puede usted andar? —preguntó Doc a Hoppel—. Quizá

tendremos que trepar y correr.

—Lo probaré —balbuceó Hoppel.

Se dirigieron arriba, hacia el tejado, y por una ventana salieron a éste.

Las casas estaban construidas unas al lado de las otras, sin ningún espacio intermedio. Aquella en que se hallaban era más alta que las demás.

Abajo en la calle aullaba una sirena de la policía y el eco resonaba con un estridente gemido, peculiar a esos aparatos de alarma. Sólo había llegado un coche policiaco y ninguna otra sirena se dejaba oír.

Doc extrajo del interior de su traje una cuerda de seda, delgada, pero increíblemente fuerte, a la cual se había ajustado un gancho metálico, plegable. Ató esta cuerda alrededor del talle de Sandy McGinnis y la deslizó hacia abajo.

—¿Sabe usted deslizarse hacia abajo? —preguntó a Hoppel.

—Apuesto a que no —dijo Hoppel dudando—. Pero puedo probarlo.

Lo probó, cayéndose cuando sólo faltaban diez píes para llegar al tejado inferior. Su alarido de angustia fue muy agudo, pero afortunadamente había mucho ruido en la calle para que pudiesen percibirlo. Doc enganchó la grapilla por encima de la albardilla, deslizóse y desasió la gafa de un tirón.

Andaron por los tejados hasta el final del bloque de casas y al hallar una claraboya que pudieron abrir se dejaron caer hasta el suelo, andando en medio de una gran multitud y llevando con ellos a la muchacha, a la que habían desposeído de su disfraz de jorobado, envolviéndolo en un paquete que asimismo traían.

Doc inclinó su sombrero hacia adelante y se subió el cuello de la americana.

Hoppel, aunque grueso y más llamativo, le proporcionó una excelente ayuda.

—La chica se ha desmayado al oír este tiroteo —explicó a la gente—. ¡Échense a un lado, señores!

Entraron en un taxi. El conductor les miró fijamente; pareció como si dudaba. AL fin dijo, apretando los labios:

—Ya le conozco, Savage, y sé que estos agentes andan buscándole. También sé que usted ha hecho más bien en este

mundo que cualquier otro viviente; así que cualquier cosa que pueda hacer en su honor, me complacerá. ¡Que estos policías se vayan al diablo!

Doc no dijo nada, pero se fijó en las acciones del conductor, reconociéndole.

—Creo que he dicho bastante —añadió éste.

—Desde luego— dijo Doc entrando en el coche —. Hacia el Praw Inn, por favor —añadió.

Doc tenía establecida en la parte alta de Nueva York una extraña y secreta institución, a la cual enviaba todos los perillanes que apresaba. En esta institución, los criminales sufrían delicadas operaciones quirúrgicas que les causaban una absoluta amnesia, desapareciendo todo recuerdo de su pasado.

Después de lo cual, estos individuos eran sometidos a un período de entrenamiento de honorabilidad ciudadana.

Ninguno de los criminales que había pasado por esta "escuela" sin par de Doc, había vuelto nunca a los caminos del delito. Y el conductor de aquel taxi era, por rara coincidencia, uno de los "doctorados".

Sandy Yell o Sandy McGinnis, para aplicarle su nombre verdadero, debió volver a la realidad con la imagen mental de la escena en que había perdido el sentido. Habría gritado, si la mano de Doc no se hubiera posado en sus labios a tiempo.

Se retorció y luchó hasta que sus ojos se abrieron. En ellos se reflejaba la inteligencia.

—¡Oh! —dijo roncamente—. Todo el tiempo que permanecí sin sentido, he estado soñando que luchaba con ese jorobado monstruoso.

Hoppel se apoyó hacia adelante y preguntó:

—¿No es usted el jorobado?

—¿Qué? —dijo la muchacha pestañeando sorprendida—. ¡Oh! Ustedes quieren decir... debieron hallarme con este repulsivo atavío. Lo habían confeccionado para mí.

—¿Qué dice? —preguntó Hoppel.

—El jorobado —dijo la muchacha—, quería que yo atrajera a una trampa a Doc Savage. Debía llevar un disfraz de jorobado y presentarme ante él, revelarle mi identidad y decirle que sabía la clave de todo este misterio, atrayéndole a un lugar donde

asesinarle.

Y mirando a Doc añadió:

—Rehusé hacerlo. Probé detener a ese jorobado pero él saltó sobre mí y esto es todo lo que recuerdo.

Aquella parte de su relato era en sustancia lo que Doc había oído casualmente.

Hoppel frunció su entrecejo y dijo a la muchacha:

—Señorita, ¿no sería mejor que nos hiciera usted el relato completo?

La muchacha pareció preocuparse.

—Creo que sí —dijo.

—¡Estupendo! —mascculló Hoppel—. Ahora puede ser que sepamos algo.

La muchacha le miró fijamente.

—No le gustará —le dijo—. Soy la hermana de Jules R. McGinnis.

Esto no pareció afectar mucho a Hoppel.

—Bien, ¿y qué importa? —preguntó airadamente—. Puede ser que conozca a McGinnis, ¿verdad? Y puede que…

Se detuvo y tragó saliva varias veces. Se advertía que era presa de una honda emoción. Doc Savage, cambiando de lugar, sin llamar la atención de él, se colocó donde Hoppel no pudiera huir hacia la puerta.

Pero éste no trató de huir, sino que, cogiendo una silla con la rapidez del relámpago, la descargó sobre la cabeza de la muchacha.

CAPÍTULO XVI

EL JOROBADO ACUSA

HOPPEL parecía un grueso tonel incapaz de correr, pero demostró que tenía mucha ligereza cuando la necesitaba.

Doc dio un formidable salto hacia adelante cuando la silla golpeó la cabeza de la muchacha.

Los domadores a menudo entran con una silla en las jaulas para defenderse de las fieras y Hoppel usó lo que había quedado de esa silla para defenderse de Doc Savage, procurando especialmente darle con ella en los ojos. Al mismo tiempo se dirigía hacia la ventana.

Sus pies eran extremadamente ágiles. No pareció que fuera a matarse cuando se acercó a la ventana, ya que simplemente saltó hacia atrás rompiendo el cristal. Hubo un gran ruido de vidrios rotos y Hoppel desapareció de su vista, aterrizando de pie en un patio, tan perfectamente como podría haberlo hecho un gato. Había una puerta y se coló por ella.

Se evidenció que Hoppel tenía preparada esta salida por anticipado, pues utilizó una llave para abrir la puerta. Doc forzó el entrepaño, que resultó ser de hierro macizo, demasiado resistente incluso para su fuerza bien desarrollada. Doc tuvo que escalar la pared hacia la ventana, en lo que empleó algún tiempo, y hubiera resultado casi imposible para otra musculatura de menor fuera.

Cuando Doc se halló en la calle, Sigmund Hoppel escapaba en una motocicleta de un rojo brillante, desapareciendo entre un ruido infernal.

Doc no se preocupó de llamar a ningún coche para intentar la persecución, pues la motocicleta podía competir en velocidad con el vehículo más rápido.

El hombre de bronce entró en una tabaquería y demandó:

—¿Podría usar el teléfono?

—Entre.

—Muchas gracias.

Llamó a la policía, hablando en un tono que el empleado de la tabaquería no pudiera percibir.

—Detengan a un individuo llamado Sigmund Hoppel, jefe de una compañía fiduciaria —ordenó Doc,— e investiguen sobre él, haciéndole cantar. Díganle que Igor de Faust lo ha confesado todo, dejando que toda la culpa recaiga sobre Hoppel.

—¿Quién diablos es usted para mandarnos así? —preguntó el policía.

Doc colgó el auricular, saliendo de la tabaquería y dirigiéndose al hotel Praw Inn, para ver cómo seguía la muchacha. Desde luego, no estaba muerta, pero tenía una contusión bastante grave. Trasladándola, no se le causaría ningún perjuicio aunque habían de transcurrir varias horas antes de que reaccionara para poder hablar. Este período era incierto y ninguna intervención quirúrgica hubiera servido para acortar este espacio de tiempo.

Mientras Doc la colocaba cómodamente en la cama, sonó el teléfono.

—Aquí la Oficina de Investigación del Departamento de Justicia —dijo una voz.

—Bien —dijo Doc.

—Y usted es Doc Savage —especificó la voz.

Algo del incisivo tono de aquella voz convenció a Doc que no debía ocultar su identidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Doc.

—Acabamos de recibir una llamada telefónica de alguien que dio el nombre de Hoppel, diciendo que podíamos localizarlo en ese hotel, disfrazado como un negro —dijo la voz—. EL tal Hoppel sospechó que le íbamos a arrestar.

—¡Ah! ¿Eso hizo? —respondió Doc.

—Escuche —dijo la voz;— la Oficina de Investigación no se desconcierta ante las irresponsables campañas periodísticas. Estamos al corriente de sus pasos y no tenemos la menor duda de que ha sido usted puesto en una trampa, evidentemente mezclándole en estos dos asesinatos. Sin duda, se halla usted

investigando los actos de alguien, y ese alguien desea descartarle, adoptando el sistema de la denuncia para conseguirlo.

—Parece que tiene usted razón —admitió el hombre de bronce.

—Creo que sí —declaró la voz—. Y oiga lo que quiero pedirle. Venga a mi oficina, en el despacho del jefe de investigación, para despachar este asunto con nosotros, en la seguridad de que nos ayudaremos mutuamente. ¿Lo hará usted?

—Por supuesto —dijo Doc sin el menor asomo de vacilación.

Pero había una rara luminosidad en los ojos dorados del hombre de bronce.

—Si es que algo teme, puedo asegurarle que se le permitirá salir de mis oficinas, sin molestarle, cualquiera que sea el resultado de nuestra entrevista —dijo la voz.

—Parece —observó Doc—, que estamos fijando condiciones. Y esto no es necesario. Gracias..

Y los dos colgaron el auricular al mismo tiempo. Doc no salió inmediatamente. Preparó algo para caracterizarse y cambiar el tono de su propia piel, yendo hacia donde estaba la muchacha para aplicárselo también a ella. Oscureció su cabello y su piel, y en el transcurso de unos escasos minutos la había transformado en una mulata muy atractiva.

Doc alquiló otro cuarto, diciendo que era para su hermana, y dejó a la muchacha en él.

El portero del edificio donde se hallaba la Oficina de Investigación, se quedó mirando curiosamente a Doc, sucediendo igual con el chico del ascensor.

—¿Has hecho alguna vez un match de boxeo? —le preguntó este último.

—No, amigo —dijo Doc.

—Pues deberías hacerlo, porque, ¡muchacho!, Tienes todo el tipo.

Doc había estado ya en las oficinas de Investigación, por lo que fue directamente hacia la puerta del jefe, sin fijarse mucho en los gruñidos de censura que dejaba tras sí y alzando el picaporte se coló dentro.

Un hombre de abultadas mandíbulas estaba sentado tras una gran mesa metálica, esmaltada de modo que pareciera de madera. Era un hombre de apariencia corriente, excepto la enorme

mandíbula y el brillo acerado de sus ojos.

—¿A qué viene usted? —preguntó.

—Soy Doc Savage —dijo éste—. Hace un momento recibí una llamada telefónica en la que usted me decía que deseaba hablarme, garantizándome que no sería arrestado al presentarme.

El individuo de la mandíbula abultada pareció sorprendido.

—¿Es que no me llamó usted? —inquirió Doc.

—No —le contestó—. No lo hicimos, pues nunca pactamos con los perillanes.

Doc no demostró darse por aludido, porque su interlocutor sentaba un principio de organización en general, sin particular referencia al caso que tenía ante sí.

Al fin, el hombre de la abultada mandíbula se levantó, haciéndolo despacio, con esfuerzo, y al hacerlo, un pequeño revólver apareció, como por arte de magia, en su mano derecha, pero sin apuntar con él a Doc.

—Sé lo suficiente acerca de usted, para juzgar que esto es apenas necesario —dijo con una ligera inclinación hacia el revólver —. Pero procuremos no correr ningún riesgo.

Doc se sentó en una silla metálica.

—Alguna razón existía para esa llamada —dijo.

—Hay alguna razón detrás de todo esto —murmuró el otro—. Pero es difícil descubrirla.

—¿Necesita usted una teoría? —dijo Doc.

El otro miró al hombre de bronce intencionadamente.

—Viniendo de usted, sí, y es seguro que la consideraría muy aproximada a los hechos. Pero, dígame, ¿su teoría es completa y lo explica todo?

—Casi todo —contestó Doc.

—Excelente, pues. ¡Empiece!

Se oyó una débil voz nasal, que decía: —¡Déjeme salir!

El de la mandíbula enorme se estremeció y miró a su alrededor, intentando descubrir el origen de aquella voz.

—No creo en fantasmas —gruñó—, pero juraría que he oído a uno.

—Abra la puerta, por favor, y déjeme salir —dijo la débil voz.

Doc señaló: —Detrás de usted. Hacia allí.

La habitación tenía otras dos puertas, además de aquella por la

que Doc Savage había entrado. Se hallaban a derecha e izquierda y el hombre de bronce señalaba una.

El de la abultada mandíbula se dirigió hacia ella, con el arma preparada y apuntando con ella empuñó el picaporte.

—No pueda comprender esto —dijo—. Este cuarto no tiene otras puertas y ninguna ventana, pues la utilizamos únicamente para guardar archivos, pero presumo que alguien debió entrar cuando nadie miraba.

Y abrió la puerta.

El misterioso jorobado apareció en el umbral de ésta, permaneciendo a un lado.

—He venido para decir la verdad de todo esto —dijo la extraña figura.

El cuarto quedó en silencio. Sólo se oía el tic —tac de un reloj, que semejaba a un fantasma animado que andara.

CAPÍTULO XVII

DOS HOMBRES ANTE UN DILEMA

EL jorobado no acabó de salir por la puerta abierta. El de la abultada mandíbula se retiró algunos pasos, como si hubiera sido empujado por el asombro y la curiosidad, y aquel rastreador de gangsters no parecía advertir que iba armado.

El jorobado alzó un brazo hacia Doc. Aquel brazo quedaba sin forma dentro de una voluminosa manga que lo ocultaba totalmente. La mano estaba enguantada de negro y una o más dedos faltaban o quedaban disimulados en el guante. Los dedos vacíos del guante colgaban flojos, formando una negra arruga.

—He estado siguiendo a Doc Savage —dijo el jorobado con su extraña voz nasal,— y sé todo lo que ha hecho. Por dos veces les he puesto sobre aviso de los asesinatos que Doc ha cometido.

El funcionario del Departamento de Justicia le preguntó:

—Pero ¿quién es usted?

—Un detective particular al servicio de mí mismo —dijo el otro —. Y comprometido en la misión de lograr que el derecho triunfe y que este avispado demonio, este hombre de bronce, vaya adonde no pueda engañar más al mundo, en compañía de sus infernales aparatos, con los que pretende ser la versión moderna de un antiguo caballero andante.

Doc no contestó y sus rasgos metálicos permanecían inescrutables.

—Esta explicación —dijo el funcionario gubernamental—, no me satisface del todo. Mi jefe fue asesinado por alguien que correspondía exactamente a su descripción.

Una zumbante risa salió de los deformes labios del jorobado.

—Ese asesino era Doc Savage, disfrazado como si fuera yo

mismo —dijo el individuo—. Sin embargo, confieso que tendré dificultad en probarlo.

—¡Necesitará probarlo! —estalló el funcionario.

El jorobado levantó nuevamente un brazo hacia Doc.

—No se inquiete por mí y escuche lo que voy a decirle.

—Siga —le ordenó Doc.

—Savage está aquí preparándose una coartada —gruñó el individuo de la giba.

—¿Una coartada? —preguntó sorprendido el funcionario.

El jorobado movió un brazo.

—Está aquí para no aparecer mezclado en otro crimen que se está cometiendo ahora. —El policía mostró señales de intenso interés. Su mandíbula se hizo todavía más saliente.

—¿Dónde diablos quiere usted ir a parar? —gruñó.

La voz disfrazada del jorobado adoptó un tono presuntuoso y satisfecho de sí mismo:

—La pandilla de Doc está ahora cometiendo un crimen, y el hombre de bronce está aquí para desviar las sospechas…

—¿Qué es lo que está haciendo esa gente? —aulló el funcionario.

—Asaltando las arcas de la Compañía de Seguros Mutuos Internacionales —dijo el jorobado.

—En la cual Igor de Faust es el presidente de la cámara de directores —añadió Doc Savage sin inmutarse.

El jorobado se encogió un poco.

—Espero que obre usted de acuerdo con lo que le digo —dijo la disfrazada voz.

Y entonces la desgarbada figura retrocedió hacia el cuarto, cerrando de golpe la puerta, pudiendo observarse que carecía de agilidad.

El policía golpeó la puerta, pero tuvo que detenerse en su umbral. Probaba de forzar el pestillo, aullando al mismo tiempo:

—¡Abra! ¡Abra!

Como era de esperar, no obtuvo ninguna respuesta. Sacó su revólver apuntándolo hacia la cerradura, pero no disparó, deteniéndose a escuchar.

El sonido de una caja de música llegaba del interior del cuarto, un tintineo débil y vago, de notas que se sucedían rápidamente

hasta transformarse en un eco continuo. La música primaba sobre cualquier otro pequeño ruido que hubiera podido producirse.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el individuo de la enorme mandíbula.

Doc no dijo nada. Rebuscó en los minúsculos bolsillos de su americana, tratando de hallar una de sus pequeñas granadas explosivas. Pero casualmente no llevaba ninguna.

—¡Apártese! —gritó al mismo tiempo que aferraba la mesa metálica, lanzándola contra la puerta, en la que hizo una gran hendidura, mientras volaban los cajones llenos de documentos. Pero la puerta no cedió y Doc la embistió nuevamente con la mesa.

Varios policías, empleados y taquígrafos se presentaron en la oficina balbuciendo nerviosas preguntas, mientras el hombre de la mandíbula abultada los despedía.

—¡Tenemos al jorobado ahí dentro! —dijo—. Ese individuo no puede salir, porque el cuarto no tiene ni puertas ni ventanas.

—No esté tan seguro —dijo Doc. Y arremetió nuevamente contra la puerta haciéndola ceder. Apartó la mesa y se valió de sus hombros.

—Vamos a probar esto —carraspeó el funcionario, disparando su revólver y despedazando la madera alrededor de la cerradura.

Las notas de la caja de música habían cesado de sonar cuando se disipó el eco atronador de los balazos. Doc empujaba la puerta más y más.

Los disparos no habían facilitado mucho el trabajo, pero al fin se pudo abrir el entrepaño. Lanzó un vistazo al interior y después volvió hacia atrás.

La habitación era de sólida construcción, sin ninguna otra puerta, ventana o abertura en el suelo, paredes y techo. Tampoco parecía tener ningún escotillón ni salida secreta, tal como luego pudo averiguarse.

Pero el jorobado había desaparecido y el único recuerdo de su anterior presencia era una minúscula caja de música de baratillo, que permanecía en el centro de la habitación. Se le había terminado la cuerda, pero cuando se la dieron empezó de nuevo su alegre tintineo.

Doc no halla esta vez ninguna esquela en el interior.

El funcionario empuñó un bastón y corrió alrededor del cuarto,

golpeando la pared, seguro de encontrar una puerta disimulada en alguna parte. Levantó las alfombras, removió algunas cajas e incluso extrajo los libros de una biblioteca.

—¡El muy condenado! —gritaba indignado—. ¡Es imposible! ¡No puede ser!

Y seguía en su búsqueda.

—Está usted perdiendo el tiempo —le dijo Doc.

El funcionario se volvió hacia él, furioso.

—¿Puede usted explicar lo que ha sucedido?

Doc le miró:

—Sí —dijo,— pero en su actual estado de excitación creería que le estoy gastando una broma.

—¡En mi actual estado mental no puedo pensar en nada,! —masculló el otro.

Pero pensó, desde luego, en algo. Alcanzó su revólver, que había abandonado en su excitación, y lo apuntó hacia Doc.

—¡Arresten a Doc Savage! —ordenó—. Y veremos si el jorobado dijo la verdad.

La vida que se reflejaba en los ojos dorados de Doc, pareció acelerarse.

—Entonces, yo…

—Usted va a venir conmigo a la Compañía Internacional de Seguros Mutuos, para comprobar si es verdad que sus secuaces están asaltando las arcas.

—Esto no demostrará que yo sea culpable de nada —dijo Doc.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? —El funcionario resolló—. ¡Ya lo creo que puede demostrarse!

En unos minutos cruzaron Washington, tras las sirenas atronadoras de la policía. Dando un vistazo a gran velocidad, la ciudad parecía más activa y más impresionante. El edificio de la Compañía Internacional de Seguros Mutuos, era grande, aunque no un rascacielos precisamente, a pesar de su regular tamaño, habiendo adquirido un efecto de solidez gracias a las columnas que ornaban su pórtico, y por las proporciones y tallado de los bloques de piedra que constituían su estructura.

Era lo suficientemente tarde para suponer que sólo un sereno estaría de servicio. Llamaron, sonó el timbre, pero no obtuvieron respuesta, por lo que forzaron la puerta, aunque con el mayor

cuidado para no hacer demasiado ruido.

Hallaron al sereno cabeza abajo, dentro del departamento de los útiles de limpieza, escasamente suficiente para que cupiera en él, donde le habían dejado amordazado y casi moribundo por la hemorragia que tenía en la cabeza. Lo levantaron, llevándolo hacia otro lugar, y lo desataron y le quitaron la mordaza.

—¿Quién le hizo esto? —le preguntaron.

—No los vi —dijo—. Saltaron sobre mí, aunque uno de ellos llamaba al otro Monk y éste Ham a su compañero.

—¿Los dos? ¿Sus nombres eran Monk y Ham?

—Creo que sí.

El funcionario del Gobierno miró severamente a Doc.

—Sus dos ayudantes que se hallan actualmente en el país, se llaman Monk y Ham —declaró.

Otro agente vino hasta allí, después de haber hecho una detenida investigación.

—El timbre de alarma de escalo no funciona —dijo—. Ha sido taponado.

Dos agentes se colocaron a cada lado de Doc Savage, sin decir palabra.

—Registren bien el edificio —ordenó el jefe.

Fueron hacia la parte trasera, donde se hallaban las arcas con sus gruesas puertas de acero macizas, tachonadas con diversas esferas y dispositivos de increíble firmeza a simple vista.

Un funcionario que parecía estar bien enterado sobre esta clase de arcas, señaló hacia ellas y dijo:

—Han sido abiertas por alguien muy hábil. Fíjense en que el alambre de contacto está desconectado y los orificios cortados con hachas en el mecanismo de la cerradura. Es el trabajo más fino que vi en mi vida, y eso que empecé en esta especialidad policíaca hace tiempo, cuando abrir un arca se consideraba un arte.

Doc Savage no había dicho nada, pero ahora habló.

—Hay alguien en el arca —dijo.

—¿Cómo? —preguntaron, mirándole estupefactos.

—Si escuchan contra la puerta, probablemente podrán percibir el ruido —explicó el hombre de bronce. Los policías continuaron mirándole asombrados, pues no habían oído ningún ruido, ni oían tampoco ninguno entonces.

—Sabía que había alguien adentra —gruñó alguien—. De otro modo no hubiera podido descubrirlo, porque no se oye absolutamente ningún ruido ahí dentro.

El jefe sacudió la cabeza.

—Sé que este hombre se ha adiestrado en la percepción de los sonidos más extrañamente débiles —dijo—. Sigan y escuchen.

Alguien se adelantó, pegando su oído contra la puerta del arca, pareciendo muy sorprendido.

—En efecto, alguien se halla dentro —admitió.

Se inició la labor de abrir la pesada puerta.

—Parece que se ha procurado encerrar bien a los que están dentro y la cerradura saltó dejándolos a buen recaudo —especificó alguien.

Tuvieron mucha dificultad en abrir la puerta del arca.

—Déjenme probarlo —sugirió Doc.

Se apartaron hacia atrás, para que pudiera actuar.

—Digo —señaló el jefe—, que no vacila usted en evidenciarse más y más. Si fuera astuto, hubiera demostrado que no sabía nada acerca de un arca como ésta.

—Esta trampa está tan completa, que un poco más de evidencia va a perjudicarla poco —dijo Doc.

Logró abrir la puerta, y entonces se vió cómo desde dentro del arca asían de él, arrastrándole. No hizo ningún movimiento para resistirse, aunque su fuerza era suficiente para hacer rodar a unos cuantos hombres y además llevaba todavía su chaleco acorazado, contra el cual se detenía el mortífero fuego de las balas.

Monk y Ham salieron dando traspiés del interior del arca, llevando revólveres en sus cintos. Sus manos estaban esposadas.

CAPÍTULO XVIII

ESPERANDO EN LA PRISIÓN

AQUELLA prisión se construyó cuarenta años antes y era, por lo tanto, muy sólida, aunque las cárceles modernas sean tan fuertes hoy como antaño.

La prisión en que se hallaban era roja en el exterior, de unos bloques de piedra dura de las canteras de Pennsylvania, y sus paredes eran gruesas, con ventanas estrechas cruzadas con gruesos barrotes.

EL establecimiento carecía de comodidades modernas, ofreciendo el aspecto adusto de las cárceles de antaño.

Los peores criminales se habían recluido siempre en las celdas del sótano, que eran más pequeñas, oscuras y seguras. Se bajaba a ellas por una única escalera estrecha, cerrada por dos puertas enrejadas que conducían hasta el segundo piso. Un celador permanecía entre estas dos puertas y estaba secundado por dos celadores más en la puerta exterior.

Todos los celadores recibieron instrucciones de estar alerta por si se presentaba un tipo jorobado. AL jefe de la Oficina de Investigación le permitieron pasar sin inconveniente por las dos puertas del sótano.

Se aproximó a la puerta de una celda donde habían recluido a Doc Savage.

—Fuimos al hotel Praw Inn para detener a esa joven que se llama Syrmanthe McGinnis, que usted aseguró que debía encontrarse allí —dijo.

—Estaba allí —dijo Doc desde su celda.

—Bueno. Estaría allí. Pero el caso es que ahora no está y no existe ningún indicio de que haya estado allí nunca.

—El empleado del hotel sabía que alquilé otra habitación y que la coloqué allí —dijo Doc.

—Ese empleado debe de haber sospechado algo —dijo el jefe, escamado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ha sido hallado en el cuarto alquilado por usted —dijo el funcionario—. Con una silla le saltaron la tapa de los sesos y sus huellas digitales estaban en la silla.

Los rasgas metálicos de Doc Savage no variaron de expresión, pero aquel su tenue y exótico murmullo peculiar se dejó oír, penetrando hasta en los más lejanos extremos de la húmeda y antigua cárcel rojiza.

Esta fuerza de penetración era curiosamente apreciable, pues el extraño trino no parecía más alto de tono que un cuchicheo.

—¿Se me acusa de ese asesinato? —preguntó Doc.

—Se le atribuye —contestó el funcionario—. Y con éste van tres.

—Todos ellos son indicios circunstanciales.

—Alguien ha ido ya a la silla eléctrica con menores indicios.

—¿Esto es todo? —dijo Doc.

—No.

—¿Qué más?

—Usted ha estado aquí durante cuatro días.

—Exacto —asintió Doc.

—Durante estos cuatro días, los escalos contra las compañías aseguradoras han cesado completamente. Esto parece asegurar que hemos capturado al que cometía estas violencias —dijo el funcionario.

—El que nos hizo caer en esta trampa es listo —admitió Doc,— lo suficientemente listo para crear un paréntesis que empeore la situación de mis hombres y la mía propia.

—Aquí está su caso. —Y el funcionario empujó varios periódicos por entre las rejas—. Quizá le gustará leer lo que piensan sus adeptos de todo esto.

—¿Mis adeptos? —preguntó curiosamente Doc.

—Los periódicos le consideran absolutamente como la versión moderna de un caballero andante —respondió con ironía.

Y diciendo esto, el funcionario se marchó.

Los que profundizan en la psicología de las masas, han

comprobado de antiguo que nada es más voluble que esta condición estática e impronesticable que es la simpatía popular.

Nada se derrumba con tanta fuerza como un héroe poco antes adulado por todos. El más fuerte, el más famoso de estos héroes, parece como si aventara el eco de los temporales.

"¡El genio loco de Doc Savage!"

Este era uno de los títulos, con tipos de tres pulgadas de grueso, impresos con tinta de un rejo violento, constituyendo un llamativo epígrafe.

Algunos no usaban este color rojizo, pero en cambio subrayaban estos títulos con el mismo color. Publicaban estos artículos en primera página, con un efecto sólo comparable al de las noticias de una guerra, a punto de declararse, u ordinariamente el día antes de las elecciones.

"Existe el temor de que Doc Savage sea un loco. —¡El monstruo de varios asesinatos!"

Parecía como si los periódicos hubieran recibido llamadas telefónicas de misterioso origen, sugiriendo que muchas personas habían desaparecido después de haber estado en contacto con Doc Savage.

—Aunque nos duela, es la verdad —dijo Monk con una mueca —. Deben de ser los que enviamos a esa institución reformativa de criminales que tiene Doc al norte de Nueva York. ¡Chico, esto ha agitado una tempestad en un vaso de agua!

Y sus comentarios terminaron en una risa cordial.

—Escucha, tú, Caballero que el Tiempo olvidó: ¿es que no tienes ya el sentido de la oportunidad? —gruñó Ham con enojo.

—¿Qué oportunidad? —quiso saber Monk.

—¡Las del atolladero en que estamos metidos, eslabón perdido! —estalló Ham—. ¿Cómo puedes estar ahí riéndote como un mono velludo?

—¡Cualquiera se reiría si estuviera delante de ti, mirándote con ese extraño traje a rayas! —dijo Monk con buen humor.

Ham se indignó, porque consideraba: la máxima bajeza que se le hubiera obligado a vestir aquellas ropas en la cárcel. Sabía que tal uniforme era un castigo impuesto a los reclusos especialmente recalcitrantes, en la mayor parte de los penales, pero en su caso se trataba de una precaución para impedir que pudiera circular por la

calle sin ser notado, en caso de que escapara.

Ham, para zafarse del molesto examen de Monk, se volvió a Doc.

—¿Tienes idea de cómo va acabar todo esto?

Doc Savage no contestó inmediatamente, y cuando habló fue para formular una pregunta: ¿Averiguasteis algo durante el tiempo que estuvisteis prisioneros?

—No —dijo Ham—. Nos narcotizaron y despertamos en aquella arca. Esto es todo lo que sabemos.

—Saltaron sobre mí en aquella calleja, donde me hallaba con Hoppel, cuando fuiste en busca de la chica y el jorobado. Antes de que pudiera darme cuenta, ya me habían prendido —dijo Monk.

—Lo que no fue difícil —dijo Ham sarcásticamente.

Monk resopló indignado, cogiendo los periódicos y examinando las páginas interiores. Hizo una mueca, abriendo ruidosamente un periódico y pasándolo hacia Ham para que lo examinara.

—Da un vistazo a esto —le rogó.

Se trataba de una fotografía muy bien lograda de Química, el mono de Ham, y el epígrafe decía así:

"Un prodigioso mascador de tabaco fue lo que halló la policía, siendo este mono el cachorro mimado y uno de los ayudantes de ese genio loco que es Doc Savage. La policía encarga una jaula de gran tamaño para que el animal esté a sus anchas."

Ham aulló indignadamente:

—¡Están corrompiendo a Química!

—¿No le corrompió ya su amo? —gruñó Monk, empezando a leer otro apunte acerca de su cerdito Habeas, que igualmente retenía la policía.

El tiempo volaba y así había transcurrido durante los últimos cuatro días.

Monk y Ham, con su perpetua discusión, habían permanecido así durante largos períodos, pero el más violento altercado se había manifestado cuando no estaban tras estos muros de piedra.

Doc Savage apenas había hablado, guardándose de manifestar lo que pensaba, conducta muy conveniente si quería mantener el secreto, pues sus ayudantes —Monk en particular eran muy habladores. En vano habían tratado de sonsacarle algo, lo que hacían raramente, pues por experiencia sabían que era muy difícil

forzar la reserva de Doc.

Estaban convencidos de que Doc tenía formada una hipótesis sobre el extraño misterio del jorobado y hubieran deseado conocerla. Tanto mayor era su interés cuanto que sabían que el hombre de bronce nunca hacía ninguna vana conjetura.

Empezó a oscurecer en las celdas y un celador llegó con los últimos periódicos de la tarde, lo que constituía prácticamente el único privilegio concedido a los reclusos, el cual fue probablemente previsto para deprimir su espíritu, porque la lectura de los artículos dedicados a su caso mostraba claramente que la opinión del público estaba abrumadoramente en contra del hombre de bronce.

Doc leyó los periódicos, llamando la atención de sus ayudantes sobre un artículo.

—Ninguno de los aseguradores que fueron hallados en la prisión en lugar de los reclusos desaparecidos, ha sido encontrado —señaló —. Sigmund Hoppel, Igor de Faust, Jules R. McGinnis, su hermana Syrmanthe o Sandy… ¿No es esto significativo?

—Yo creo que está ahí la razón de que nos hayan encerrado —dijo Monk—. Parecen creer que se lo podemos explicar todo.

—¡Estaré muy satisfecho cuando salgamos de aquí, creedme! —exclamó Ham.

Muy pronto iban a cumplirse sus deseos.

CAPÍTULO XIX

EL TELEPORTADOR

LOS celadores se mantenían alerta, pues habían sido advertidos acerca de un jorobado, y aunque opinaban que el jorobado había sido el mismo Doc Savage disfrazado, estaban atentos a cualquier sorpresa.

Sin embargo, los hechos demostraron que no lo estuvieron lo bastante, al presentarse un individuo llamativamente bien vestido que entró en la prisión a grandes zancadas y presentó a los funcionarios un papel plegado.

Los dos celadores de la puerta exterior no advirtieron nada anormal en el individuo, por lo que uno de ellos desdobló tranquilamente el papel, mientras el otro miraba por encima de su hombro.

De repente, se oyó un chasquido parecido al que suele hacer la trampa de una ratonera. Se había roto una minúscula redomilla de cristal, y una tenue nube de vapor se elevó hacia los rostros de ambos celadores, que instantáneamente cayeron sin sentido.

Aquel joven siguió el mismo proceso con el celador interior, a quien robó las llaves, abriendo con ellas la puerta de la prisión que conducía al segundo piso. Este joven era uno de los reclusos libertados por el jorobado. Ninguno de los celadores le reconoció.

Una vez hecho esto, el joven silbó suavemente, emitiendo un sonido largo y dos cortos.

—Muy bien —dijo una voz nasal desde la oscuridad—. Quédate ahí vigilando.

EL joven se apostó junto a la entrada de la cárcel, mientras en el interior de ésta se notaba inusitado movimiento. Una espantosa figura jorobada, emergiendo de las sombras entraba en la prisión y

bajaba hacia el sótano.

Un timbre de alarma empezó a sonar en todas las estaciones de policía adyacentes. Este timbre había sido instalado por iniciativa de un previsor oficial de prisiones que sentía un inmenso respeto hacia el talento de Doc Savage y temió que el hombre de bronce se las ingeniaría para escapar.

La alarma había sido instalada secretamente y se trataba del tipo ultravioleta de visión fotoeléctrica, de forma que la campana sonaba al momento que cualquiera atravesara un invisible haz de luz.

Si un celador no hacía funcionar un pulsador secreto para que ésta cesara, la llamada debía interpretarse como de verdadero peligro. En este caso el celador que debió haberla hecho cesar, estaba sin sentido.

Dadas las circunstancias, varios pelotones de policía de reserva se dirigieron apresuradamente hacia el edificio de la prisión, siendo tiroteados por el joven apostado a la puerta, lo que dio motivo a que ellos a su vez dispararan una verdadera rociada de balazos como contestación.

El joven saltó hacia el interior cerrando de golpe la puerta de gruesas rejas, asegurándose de que quedaba bien atrancada, opinando sin duda que tanto cuesta entrar como salir por las puertas de una cárcel.

Hubo un fuerte tiroteo, aullidos de sirenas y el general alboroto propio de estos casos, ya que los policías estaban convencidos de que Doc Savage y sus ayudantes se estaban evadiendo y temían las posibles consecuencias de esta evasión; sin duda los periódicos les censurarían duramente poniéndoles en el extremo de ser despedidos de sus cargos. Esta preocupación hizo que obrasen precipitadamente, originándose algunas confusiones.

Doc Savage, Monk y Ham estaban mirando hacia el exterior de sus celdas, cuando vieron que un horrible ser jorobado aparecía por el pasillo en dirección a ellos.

Las celdas estaban en completa oscuridad, casi tan oscuro como debía estar en el exterior, ya que la noche se había cernido sobre la capital.

Los tres hombres habían tenido diversas ocasiones para contemplar al jorobado a plena luz, a pesar de lo cual se sintieron

estremecidos a su vista.

El jorobado llevaba consigo un par de grandes cajas de metal, al parecer idénticas, que parecían ser muy pesadas, a juzgar por lo encorvado que iba.

Finalmente las dejó sobre el piso de hormigón, enfrente de la celda. La desgarbada figura miró alrededor hasta localizar una bombilla eléctrica. Los dedos enguantados empezaron a desenroscarla.

—Esta derivación de energía facilitará más mi trabajo —dijo entre dientes el jorobado—. Pero ustedes, caballeros, harían mejor en esperar que repentinamente no se quede la ciudad a oscuras.

—¿Qué diablos va a suceder aquí? —gruñó Monk.

—Deténgase —previno Doc—. Si no estoy equivocado, va usted a penetrar en algo que la ciencia no ha llegado aun a sospechar, a pesar de los inventos más modernos.

El jorobado miró al hombre de bronce. Desde aquella corta distancia, se podía comprobar que aquel repulsivo rostro era una máscara, con orificios para los ojos; uno de los labios postizos adhesivos se había desprendido un poco del verdadero labio de quien la llevaba.

—Así pues —gruñó aquel ser—, sabes algo acerca de esta máquina, ¿es verdad? ¡Quizás sepas más de lo que supongo!

Doc no respondió.

El jorobado empezó a abrir las cajas; contenían una gran cantidad de maquinaria. Una combinación de varillas y esferas fue conectada y preparada hasta constituir un aparato que se parecía a un retransmisor de radio de onda ultracorta.

El jorobado se puso unos auriculares y escuchó atentamente con ellos mientras ajustaba cuidadosamente los complicados mecanismos de su aparato.

Estaban aporreando en la puerta de las celdas. Alguien había traído unas hachas. También habían acudido los bomberos, aunque no hubieran tenido ocasión de actuar mucho ya que la prisión era casi inexpugnable tanto desde el tejado como desde los muros.

El jorobado continuó ajustando los aparatos. Las complicaciones de un dispositivo de electrodos portátiles, concentraba toda su atención.

De pronto se adelantó hasta la puerta de la celda, ofreciéndoles

tres pares de esposas a través del ventanillo enrejado.

—¡Alargad vuestras muñecas! —ordenó la voz nasal—. Voy a esposaros encadenándoos a las rejas.

—¡Me guardaré muy bien de obedecerle! —gruñó Monk.

El jorobado sacó un revólver.

—No me importa que estés vivo o muerto cuando haga lo que tengo que hacer. —Monk no se impresionó mucho con esta amenaza. El jorobado no pareció tampoco impresionado por el terrible tumulto que armaban en el exterior, aunque la policía estaba ya a punto de asaltar la cárcel.

—Déjale que te ponga las esposas —aconsejó Doc.

Así lo hizo Monk, después Ham y por último Doc.

—EL teneros ya en mi poder constituye uno de los mejores momentos de mi vida —dijo el jorobado con calma.

Prosiguió su labor, preparando los electrodos. Cuando ésta estaba ya terminada alargó tres pequeñas píldoras a los prisioneros.

—Ingeridlas —ordenó el jorobado—, son inofensivas y sólo contienen una droga que amortiguará algo la sensación preliminar que habéis de experimentar.

—¡Esta vez no! —chilló Monk en tono de protesta.

—Como creas conveniente —dijo el jorobado al tiempo que asía del electrodo por final de una varilla de control, y encorvándose manipuló a la vez varios conmutadores.

La mano enguantada extrajo una caja de música de una de las cajas y al darle cuerda empezó ésta a tintinear.

—Esta música —dijo entre dientes la voz nasal—, establecerá el contacto eléctrico y al mismo tiempo eliminará el ruido de mis aparatos.

El tintineo de la caja de música era suficiente para amortiguar cualquier sonido proveniente del complicado aparato, hasta el extremo que Doc y sus ayudantes podían oír con dificultad el tenue y casi molesto gemido de la electricidad de alta frecuencia.

EL jorobado se aproximó a la puerta de gruesas rejas de la celda en que Doc y sus ayudantes se hallaban esposados. El electrodo se mantenía en tensión.

—Como ya os advertí, debierais haber preferido que la energía eléctrica no hubiera sido cortada —balbuceó aquel ser.

Monk bostezó, con sus pequeños ojos casi fuera de sus cuencas,

tan grande era su asombro. No apartaba su vista de los electrodos. El extraño invento parecía condensar una bruma eléctrica azulada, de naturaleza desconocida.

Después se percibió un acusado olor a ozono.

El misterioso sujeto aproximó uno de los electrodos a Ham, que repentinamente y sin ninguna razón concreta, quedó tan rígido como si se hubiera transformado en piedra. Sus ojos, sus labios, nada de él se movía.

Después le tocó el turno a Doc, que sufrió inmediatamente la misma fantástica rigidez.

Monk chilló sin poderlo remediar. Ibase transformando su entendimiento.

Algo raro le sucedía que no acertaba a explicarse, y como acontece con la inteligencia humana en los momentos de intensa tensión, retenía las impresiones de los pequeños detalles con más claridad que los hechos más importantes.

Por ejemplo, veía volar a una mosca alrededor de la reja de la celda a la que estaba esposado. Era una mosca de tamaño grande, un tábano que no se movió al oír los aullidos de Monk. Este se preguntaba, al tiempo que su cerebro estaba en los lindes de la locura, si el ruido espantaría a la mosca, y para reeducar a su desbocado entendimiento procuraba. Recordar si había visto alguna vez espantarse a las moscas por el estruendo.

Entonces el feo químico vió algo más, algo a lo que sus ojos no podían dar crédito. ¡Ham repentinamente se quedó sin cabeza!

Monk abrió su gruesa boca, tan ancha que su cabeza pareció haberse fraccionado en dos mitades. No podía creer lo que veía, y sintió como si su corazón estuviera absorbiendo plomo, que fuera a trabarse y pararse repentinamente.

Ham no tenía cabeza y a poco se quedó sin brazos, sin torso. En un momento quedaron sólo las dos piernas y un poco más tarde, los zapatos.. Los pies, y al fin, nada absolutamente.

Monk balbuceaba incoherencias, sin poder hablar. Se percató de que los barrotes a los cuales había sido Ham amanillado, habían desaparecido.

Los aparatos del jorobado habían atronado el espacio por un momento, mientras Ham desaparecía, pero ahora su ruido había disminuido. El jorobado trasladó los electrodos hacia Doc y Monk.

Doc continuaba rígido todavía y no se había movido. Monk separó su vista del hombre de bronce, rehusando ver lo que había sucedido. Vió volar de nuevo al tábano, y después el interior de su cerebro pareció oscurecerse profundamente.

CAPÍTULO XX

LA INTRIGA

MONK aulló. El tábano se había posado. Monk agitó levemente una mano y el insecto arrancó el vuelo.

Se oyó un sonido discordante cuando Monk inició un movimiento, mirando estúpidamente hacia abajo para darse cuenta que las esposas estaban todavía alrededor de sus muñecas y el barrote de hierro que debía estar junto a las anillas de la esposa movió un gran estrépito al caer desprendido.

Los demás barrotes estaban también en el suelo.

—Te llevaste contigo parte de la celda, Monk —dijo la voz de Ham.

Monk se estremeció violentamente y miró a su alrededor, viendo algo que le dejó perplejo, algo muy aterrador.

Estaban dentro de algún raro aparato eléctrico, increíblemente complicado a juzgar por el sinnúmero de conductores, electrodos y tubos electrónicos. Aquel aparato parecía estar contenido enteramente dentro del cuarto, aunque había una enorme antena, única en su tipo, encima del mismo.

Doc Savage y Ham estaban tendidos en el interior de la máquina casi tocando a Monk, y cuando éste los vió, un enorme garfio del aparato emergió de algún rincón, asiendo a Monk y lanzándole con rudeza a un lado.

—Podríamos sacarlos fuera —dijo una voz—. Podrían patear y alterar la soldadura atómica del aparato.

Doc y sus dos ayudantes fueron arrastrados al exterior de la concavidad de éste.

Creyeron que habían estado sometidos a una cegadora luz azulada, pero esto sólo era debido a una ilusión óptica que persistía

aún, cediendo poco a poco.

Alrededor del aparato se hallaban unos hombres armados hasta los dientes, sumando aproximadamente una veintena.

Jules R. McGinnis estaba entre ellos; eran los reclusos que tan misteriosamente habían desaparecido de la prisión.

Monk gruñó asombrado, ya que empezaba a comprender cómo aquellos reclusos habían escapado de la cárcel de una forma tan misteriosa.

Ahora estaba seguro que había sido por medio de uno de los fantásticos aparatos del jorobado, oculto en aquel furgón. Después de haber conseguido su propósito el aparato había sido destruido por un dispositivo mecánico que expelía el ácido corrosivo.

Mirando a su alrededor, Monk pudo ver que este receptor, enorme y complejo como era, estaba dispuesto para su destrucción, ya que suspendidos en lo alto, se veían enormes receptáculos, tanques sin duda de cristal, que contenían el ácido que tan rápidamente destruía los metales y los compuestos.

Una exclamación de los reclusos atrajo la atención de Monk hacia aquel receptor, que era una masa de fantásticos aparatos eléctricos. Extraños haces de luz oscilaban a lo largo de una concavidad aislada y al moverse salían por detrás de la figura del joven ayudante del jorobado, que se había arrastrado precipitadamente hacia un lado.

EL jorobado se presentó después. Era algo parecido a un sueño fantástico.

Aquel ser llevaba todavía su indumentaria sobrenatural completa, hasta sus guantes negros y el rostro desfigurado.

Luchando por permanecer erguido, el jorobado vaciló estando a punto de caer. Monk comprendió lo que aquel ser sufría en aquel momento, y su propia envoltura simiesca se estremeció como si la quemaran desde el extremo de las uñas del pie hasta las raíces de sus cabellos.

Sentía vahídos en su cabeza y la terrible luz azul brillaba todavía en sus ojos, aunque debilitándose ya. Cuando el jorobado se descolgó de aquel mecanismo, un gran suspiro de alivio salió de la boca de los reclusos allí reunidos y un poco más tarde se aclaró para Monk la causa de aquella ansiedad. El jorobado controlaba el secreto de los microbios neutralizadores, sin los cuales sus

cómplices no podían vivir, y la desaparición de aquella inteligencia extraviada, significaba la muerte para ellos.

Monk probó de oír el tono de su propia voz:

—¡No comprendo cómo ha podido suceder todo esto! —exclamó.

Su voz era natural, como de costumbre, pareciendo ser lo único que había quedado inafectado en él.

—¡Condenación! —gritó inesperadamente Ham—. ¡Me han robado!

Ham examinaba los gemelos de sus puños, muy valiosos, ya que estaban engarzados en diamantes; éstos habían desaparecido. Era bastante extraño que las púas que sostenían las gemas, no mostraran ninguna traza de haber sido violentadas por una herramienta.

Una voz nasal dijo con calma:

—La estructura atómica de los diamantes es tal, que sus electrones se resisten a disolverse. Por esto es imposible trasladarlos en el tele portador. Los diamantes están ahora en la celda. —Era la voz del jorobado.

—¿Y la celda dónde está? —preguntó Ham.

—A una distancia de dos o tres millas.

Doc Savage intervino diciendo:

—La acción del tele portador no es posible a más distancia con una antena receptora de estas proporciones.

—Más qué mejor para el haz portador, ya que así perderá el receptor —dijo el jorobado. Entonces aquel rostro oculto por la máscara se inclinó hacia adelante—. ¿Así, ya conoce usted un poco de todo esto?

Doc dijo:

—Era claro que tarde o temprano alguien daría con el secreto del absoluto acondicionamiento o detención de todo movimiento electrónico o iónico. Se ha aceptado generalmente que ya se conoce todo acerca de las cargas eléctricas, siendo así que la aparente solidez de la mesa que usted está tocando, por ejemplo, es apenas algo ilusorio y que el espacio se halla realmente vacío de las materias tales como las presumió nuestra ordinaria inteligencia. Esta mesa está realmente compuesta de moléculas que a su vez reúnen los átomos y estos átomos están probablemente compuestos

de protones, electrones y neutrones, circundando a su vez un núcleo. En la vida interior de estos elementos, las cargas eléctricas podrían detenerse completamente, romperse momentáneamente su estructura y ser transportadas en su estado estático. Al ser lanzadas al espacio asumirían dentro del aparato receptor su forma y naturaleza originales. En otras palabras, es el núcleo del átomo lo que ha dejado perpleja a la ciencia deteniendo sus investigaciones. AL lograr la disgregación del núcleo se obtiene la solución del problema.

Doc se detuvo a tomar aliento, luego prosiguió:

—Los núcleos del átomo tienen una naturaleza oscilante. Si se reduce este núcleo a un estado inactivo y entonces se le traslada, tenderá a adoptar su relación original con el núcleo de los otros átomos que le circundan.

—¡Ya siento jaqueca! —dijo Ham.

—Escucha estúpido —dijo Monk—, esto está perfectamente claro.

—¡Sí! —dijo Ham en tono de mofa.—. ¡Clarísimo!

—Los núcleos de estos átomos tienen en apariencia un instinto parecido a la paloma que regresa a su jaula —dijo Doc.

El jorobado interrumpió:

—Esta es la acepción general; para transmitir los núcleos del átomo que resulta de la transmisión del átomo total, desde los protones, electrones, hasta los neutrones del átomo, que son casi inseparables del núcleo, yo uso un haz de transmisión electrónica de gran impacto. Este haz achica simplemente los núcleos y los electrones y los transporta hasta que quedar interceptados por el receptor que produce entonces los rayos electrónicos que desprenden el núcleo y todos los elementos que entonces se juntan de nuevo.

—¡Queda todo perfectamente claro! —dijo Ham en tono sarcástico—. No quiero oír nada más acerca de este extraño problema, considerándolo a pesar de todo como algo imposible.

El jorobado, que parecía haber quedado completamente absorto con la discusión científica, hasta el extremo de olvidarse que tenía prisioneros al hombre de bronce y sus dos ayudantes, al llegar a este punto se irguió haciendo una seña precisa.

Trasladadlos a esa sala grande —ordenó.

Pero pareció cambiar de idea, ya que contradiciendo su orden anterior, creyó más oportuno hacer que los prisioneros fueran primeramente despojados de su ropa, registrándoles cuidadosamente para ver si se hallaban armados.

El poco corriente desarrollo físico de Doc Savage dio ocasión a comentarios. No devolvieron a Doc Savage y sus ayudantes sus propios trajes, en lugar de los cuales les proporcionaron unos guardapolvos corrientes con los cuales se vistieron. Doc tuvo alguna dificultad en ponerse el que le habían dado, ya que era de tamaño pequeño.

—Bien —dijo el jorobado—. Ahora llevados al cuarto grande.

Esta habitación hacía honor a su nombre. Las proporciones del lugar revelaban el origen del edificio al que se había trasladado a los prisioneros.

Era una fábrica actualmente sin funcionar. El suelo estaba cubierto con bloques macizos de hormigón, sobre el cual debió antes de ajustarse alguna pesada maquinaria.

Sobre estos bloques, unas figuras de aspecto desesperado estaban sentadas.

Eran los directores de las compañías aseguradoras y de los trusts que habían sido hallados en la prisión sustituyendo a los reclusos desaparecidos.

La joven Sandy Yell se hallaba en un extremo. También Igor de Faust estaba allí.

Doc y sus ayudantes fueron empujados hacia aquel lugar. El sitio era sombrío, pues aunque existían ventanas, estaban tapadas por la parte del exterior.

Ningún ruido de tráfico podía percibirse, por lo cual se presumía que el edificio de aquella antigua fábrica estaba algo distante de otro lugar habitado.

El jorobado dijo:

—¡Que entre también el resto de vosotros!

El gruñidor individuo se dirigió a los veinte reclusos que entraron en la vasta habitación, sorprendidos de la orden, pero semejantes a seres a los que se ha azotado y temen desobedecer.

El jorobado cerró la maciza puerta; pasando el cerrojo y subiendo poco después a lo que parecía ser un pequeño balcón a lo largo de la pared. Había una puerta que conducía desde el balcón a

la calle. El jorobado descorrió el cerrojo de esta puerta, dejándola apenas entreabierta.

Parecía no existir otra salida en aquel edificio, y ninguna ventilación a juzgar por la impureza del aire.

El jorobado se apoyó sobre un gran caballete de madera que estaba cerca del borde del balcón. Este caballete contenía quizá hasta dos docenas de cántaros de cristal llenos de alguna substancia líquida.

Doc Savage se puso a mirar los cántaros con interés.

El jorobado miró hacia abajo durante largo rato. Tenía un aspecto grotesco.

Nadie decía una palabra, pudiendo percibirse la entrecortada respiración de su emocionado auditorio.

—He dado el primer paso y alcanzado mi primera meta —empezó a decir.

CAPÍTULO XXI

EL DOMINIO DE LA CODICIA

NADIE le contestó. El jorobado agitó un brazo. La voz nasal no llegaba hasta todos los ámbitos de aquella vasta sala y una parte de los presentes se levantó, acercándose para poder escuchar.

—La mayor parte de vosotros ha estado o está relacionada con el negocio de los seguros —dijo—, ya sabéis pues lo que sucedía.

Monk gruñó, como si fuera a oponer algún comentario, pero después lo debió pensar mejor, optando por callar.

—Se trataba de un gigantesco circuito, una organización de pérfidos directores de diferentes compañías de seguros mutuos —siguió diciendo—. Los directores conseguían fácilmente obtener plenos poderes de los propietarios de los títulos, que les permitían votar y dirigir los negocios de sus clientes. Este es un método corriente para dirigir estas organizaciones, siempre que se haga con honradez comercial.

"Era muy fácil para estos directores vender grandes grupos de acciones a compañías fiduciarias y trusts de inversiones, no habiendo visiblemente nada anormal en ello; simplemente decidían esto opinando que unos títulos no cotizables oficialmente no eran buena inversión, debiendo cederlos enseguida para no incurrir en la responsabilidad de tener que cederlos más tarde en peores condiciones.

El jorobado se detuvo un momento y luego prosiguió en sus explicaciones:

—Lo que constituía delito era que las compañías fiduciarias y los grupos de inversiones que compraban estos lotes de acciones se entendían secretamente.

—¡Ya voy comprendiendo! —exclamó Ham.

El jorobado continuó:

—Los directores se limitaban a asegurarse los buenos lotes de las compañías aseguradoras, cediéndoselos a sí mismos, y si bajaba su cotización, los cedían apresuradamente, siempre a aquellas compañías.

Doc Savage no pareció conceder gran interés a todas aquellas explicaciones.

Había visto a un antiguo conocido entre la asamblea y pugnaba por acercarse a él. Aquel individuo era Sigmund Hoppel.

Hoppel pareció inquietarse cuando vió llegar a Doc.

El jorobado seguía diciendo desde el balcón:

—Un cierto número de personas se enteró en diferentes etapas de lo que sucedía, o bien tuvo alguna sospecha de ello; entonces estas personas eran acusadas de desfalco, y terminaban en una prisión, apartándolas así del asunto.

Hoppel se levantó para alejarse, pero Doc apresuró su avance hacia el imponente individuo, que aparecía ahora muy asustado.

El jorobado decía con su voz nasal:

—Soy el inventor del mecanismo que denominaremos un dispositivo tele portador, y que es sin duda el mayor invento de esta era. No quiero que nadie me lo robe, como sucede con otros inventores, y lo usaré para que me haga infinitamente poderoso.

Sandy McGinnis se levantó cruzándose con Doc. Estaba muy bonita.

—¡Escúcheme! —suplicó—. ¡Quiero explicarle algo! Mi hermano era uno de esos condenados y yo me mezclé en el asunto para ayudarle. Max Landerstett estaba bajo el poder de ese demonio jorobado, quienquiera que sea, hombre o mujer. Max vino a mí y me indujo a que le secundara en la...

—¿Dónde está Landerstett? —preguntó Doc.

—¡Le mataron! —dijo la muchacha con voz ronca—. Me lo explicaron todo. Él era... ¡un buen muchacho!

Hoppel parecía que iba, a desmayarse, tan grande era su espanto, cuando Doc fue hacia él.

El jorobado seguía con su relato, que sin duda alguna, tendía hacia algún objetivo.

—Me enteré de estos fraudes y se me ocurrió la idea de aterrorizar a esos directores poco escrupulosos y a sus cómplices en

las compañías, fiduciarias, para lo cual secuestré a veinte de ellos, les narcoticé y los dejé en las celdas de una prisión en lugar de los veinte individuos a quienes habían delatado.

El jorobado se reía siniestramente.

—¡Fue una gran jugada! Hizo temblar de pavor a los pícaros que todavía andaban sueltos. Quisieron luchar contra mí, pero ignoraban qué medidas adoptar. De todos modos no les temía, ya que tenía a mis órdenes a una pandilla de ayudantes en los hombres a quienes ellos habían delatado. Dije a estos individuos que perseguiríamos a sus delatores. ¡Qué imbéciles!

El jorobado hizo una pausa.

—Los muy imbéciles! —Y la voz perdía algo de su tono nasal transformándose en un alarido de satisfacción—. ¡Los muy imbéciles me creyeron!

Doc Savage cogió por las solapas a Hoppel, que temblaba.

—¿Usted y de Faust fueron dos de los principales figurones en esta estafa de los seguros? —preguntó Doc.

Hoppel masculló algo, rehusando de momento contestar, pero acabó por decir:

—¡Sí, caspita, y bien que lo siento!

—¿Y por esto es por lo que se aseguraron el concurso de la muchacha?

Hoppel graznó:

—¡En efecto! Y estaba a punto de descubrirme cuando…

Doc le golpeó. Raramente golpeaba a alguien sin prevenirle, aunque esta vez no ocurrió sin previo aviso, ya que Hoppel se hallaba de pie, precisamente ante él y mirándole de frente; aunque probablemente no tuvo tiempo de adivinar el rápido golpe que le agredió.

El cuerpo de Hoppel fue violentamente despedido por el aire, cayendo después al suelo pesadamente.

Doc corrió hacia él y se inclinó como si fuera de nuevo a golpearle.

—¡Deténgase! —aulló el jorobado.

Doc se irguió. Había conseguido coger una barra de acero, un perno que antes había ajustado una máquina a uno de los bloques de hormigón arenado.

Monk fue el único de los presentes que comprendió lo que Doc

había hecho; agredió a Hoppel para poder coger aquel perno sin atraer sospechas.

—¡Chico, esto se llama matar dos pájaros de un tiro! —le dijo Monk haciendo una de sus muecas.

El jorobado agitó sus brazos y chilló:

—¡Los pícaros aseguradores han entrado en razón!

Reinó el más profundo silencio en la vasta sala.

—¡Por fin han consentido en permitirme que tomara parte en sus negocios obteniendo la mayor parte de los beneficios! —chilló colérico.

Un profundo silencio siguió a esta cínica declaración durante algunos momentos. Era como si repentinamente se hubiera hecho un disparo y la conmoción del mismo durara todavía.

McGinnis, el primero que logró hablar, clamó indignado:

—¡Canalla! ¡Nos has estado mintiendo…!

No mentí —dijo el jorobado—. Simplemente no cuidé de especificar por entero mis intenciones. Vosotros presumisteis que era como vosotros un cliente estafado, ansioso de justicia. ¡AL demonio la justicia! ¡He conseguido poner en práctica el mayor chantaje que han visto los siglos!

El tono de voz del jorobado iba variando con la excitación.

McGinnis se adelantó gritando:

—¡Maldita sea tu perversa inteligencia! Te voy a…

—¡No podrás hacer nada de nada! —chilló el personaje del balcón—. Fíjate en eso.

Eso era el caballete de cántaros de cristal que contenían un líquido corrosivo.

—Es una solución de ácido hidrociánico, con otros ingredientes a los que se agregan las características del gas de mostaza —dijo aquel individuo disfrazado—. De efecto fatal, puedo asegurártelo con certeza.

Nadie habló, y apenas se advirtió ningún movimiento en la numerosa asamblea; el color natural parecía haber desaparecido de todos los rostros.

—Ninguno de vosotros saldrá vivo de aquí —declaró el jorobado —. Hasta hoy me habéis servido para anís fines y ahora que ya no os necesito me será muy fácil obtener una nueva hornada de imbéciles. Dentro de un instante empujaré este caballete, escaparé

por la puerta, cerrándola, y dejaré que el ácido cumpla su misión.

—¿Qué se propondrá al decirnos todo esto? —preguntó Ham.

—Es presunción —dijo Monk—. ¿Hay alguien que no la tenga? Una mente extraviada, como la de este jorobado, está suficientemente engreído para necesitar la admiración de los demás. Muchos pícaros han sido atrapados más por sus mismas jactancias que por cualquier otro método.

—No me des ahora una conferencia sobre psicología criminal. ¡Piensa en algo! —le respondió Ham con rudeza.

—Espero que os guste el ruido que harán estos cántaros al romperse —dijo el jorobado inclinándose sobre el caballete, dispuesto a poner en obra su terrible amenaza.

Doc Savage arrojó su perno, tan fuerte y exactamente como sólo eran capaces de hacerlo sus entrenados músculos y nervios de hierro. Era una tirada a gran distancia y debía ser exacta; por eso no arrojó el perno a la cabeza del jorobado, sino a su cuerpo, que era un blanco más amplio, alcanzándole de lleno.

El jorobado chilló, inclinóse, cayendo sobre el balcón y tropezando. Como el balcón no tenía pasamano, el jorobado rodó por encima del borde, cayéndose al suelo desde unos diez pies y quedando yaciente sobre su joroba.

Aquella joroba estalló. Hubo un ligero brillo y temblor de chispas eléctricas en cortocircuito, mientras que algunos pedazos de cristal, rollos y alambres emergían de la misma.

—¡Ooooh! —exclamó Monk—. ¡El maldito brujo llevaba uno de sus transmisores tele portadores en el interior de esa joroba!

En un abrir y cerrar de ojos, aquel lugar se transformó en un manicomio.

Todos saltaban, aullaban, buscando como locos una salida en aquel lugar cerrado.

Doc saltando obstáculos y esquivándolos logró llegar hasta el jorobado.

Pero no fue el primero en llegar a él. Uno de los reclusos, con sólo dar un paso, llegó antes. Este sujeto se agachó, dio una mirada a la cabeza del jorobado e irguiéndose, chilló:

—¡Está muerto! Su cerebro se estrelló al caer y ahora vamos a morir sin remedio.

—¡Cállate, idiota! —rugió Monk—. ¿Por qué dices que vas a

morir?

—¡Las píldoras negras! —aullaba aquel sujeto—. No podremos obtener ninguna más y..

—¡Tranquilízate! —dijo Doc—. El jorobado guardaba en alguna parte esta materia y podemos tratar de hallarla.

En efecto, la hallaron, y sin gran dificultad. Las píldoras negras, compuestas de cultivos de microbios se encontraron en un coche que el jorobado dejó estacionado allí cerca como un medio de escape.

El suministro era suficiente para que durara hasta que Doc y Monk, combinando sus conocimientos químicos y científicos, conocieran exactamente la naturaleza de los cultivos con el fin de crear un específico cuyas dosis debían ser proporcionadas gradualmente, hasta que las víctimas ya no necesitaran el tratamiento.

Mientras tanto, una terrible lucha se había empeñado en las dependencias de la fábrica abandonada. Los reclusos pugnaban por sujetar a los perillanes afectos a la organización responsable de su condena. Aquellos naturalmente se resistían, y el sálvese quien pueda que siguió, era algo digno de verse.

Monk, a quien gustaba todo tumulto, gozó propinando mandobles y recibiéndolos también en tal abundancia que salió de la lucha con los ojos amoratados, los labios rasgados y una oreja gravemente mordisqueada.

—¡Chico, esos sujetos están tan locos, que incluso no vacilarían en echarnos en cara toda la bajeza que hay en esta sucia estafa! —resolló al llegar frente a Doc, jadeante.

También vino Ham, sosteniendo los jirones de su destrozado guardapolvo.

—Es una lástima; ese transmisor tele portador que llevaba en la espalda el jorobado, se ha destrozado al parecer en la caída —dijo—. El de la prisión se destruyó probablemente con el ácido que dejó allí. ¿Crees que nos será posible hacernos con alguno de esos tele portadores?

Doc no contestó nada.

Más adelante, el hombre de bronce reparó el tele portador que guardaba en su joroba aquel villano y obtuvo una idea exacta de la teoría del invento, haciéndolo funcionar a corta distancia y

descubriendo con ello la limitación del invento, que no tenía más alcance que hasta donde llegaba el ojo humano, y esto, comercialmente, no le daba gran valor. El haz electrónico se prolongaba en líneas rectas, en vez de seguir la curva de la tierra.

Toda vez que el secreto era demasiado costoso para su venta en general y además se mostraba muy peligroso de manejar en manos inexpertas, el hombre de bronce, simplemente lo apartó de sí, sin afirmar ni desmentir que estaba en la clave de este secreto, por lo cual se supuso que no había podido solucionarlo; pero él dejó que los comentarios siguieran su curso, sin hacer ningún caso de ellos.

En el momento en que Doc extraía el tele portador de la espalda del simiesco sabio, se acercó Monk para mirar el rostro de la persona que se había estado ocultando tras aquél.

—¡Diablo! —dijo mirando a Sandy McGinnis—. Según recuerdo, ¿no dijo usted que lo habían matado?

La joven se mordió los labios.

—Hizo que me mintieran. ¡Me engañó!

El hombre que había caído del balcón, destrozándose el cerebro sobre el asfalto, era ni más ni menos que el incansable charlatán Max Landerstett.

—Bien. ¡Que me ahorquen si fui capaz de sospecharlo! —exclamó Monk al recobrarse de su asombro.

—¡Lástima que no te hayan ahorcado ya! —le respondió Ham sarcásticamente.

FIN

Título original: *The Vanisher*